Atlas descrito por el cielo

Goran Petrović

Prólogo de Alberto Manguel



sextopiso

ATLAS DESCRITO POR EL CIELO

GORAN PETROVIC´

Traducción del serbio:
Dubravka Sužnjevic´



Título original:
Atlas Opisan Nebom

Primera edición en Editorial Sexto Piso: 2003
Segunda edición: 2008
Edición E-book: Septiembre de 2015

Traducción:
Dubravka Sužnjević

San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D.F., México

Sexto Piso España, S.L.
c/Monte Esquinza 13, 4º Dcha.
28010, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego
ISBN: 978-84-16358-61-8


Atlas speculi sive
tabulae orbis
neque caeli neque terrae

Bien merece un cáliz de reconocimientos sinceros la buena costumbre de los antiguos cartógrafos de "ensayar" la pluma en la primera hoja antes de comenzar a dibujar los mapas - no sólo para probar su mano y los instrumentos, sino también para ayudar al bienaventurado viajero, con pocas palabras, a que encuentre su camino en el viaje que lo espera. Puesto que la pluma es buena (he aquí, oh, alegría, que ante ella cede precipitadamente el miserable Vacío) queda por descubrirse algo (pero no demasiado) de la idea que la guía. Quizá cuanto cabe en la palma de una mano tendida: los siguientes cincuenta y dos capítulos supraterrenos, cincuenta y dos pasillos de las catacumbas de advertencias y cincuenta y dos cuadros modestamente enmarcados no forman sólo un espacio para leer. A través de la zona indicada, el viajero, además, puede desplazarse por los senderos marcados y sin marcar, adentrándose en las regiones existentes e inexistentes, sumergiéndose a ver el fondo del agua, inclinándose a observar alguna hierba atractiva, poniéndose de puntillas para mirar una nube silenciosa… Y puesto que los ríos también una vez fueron gotas y los caminos en un principio fueron senderos, aquí sólo resta añadir que el viajero en dicha travesía puede componer un pequeño Atlas. Por supuesto, es cosa del compositor de qué manera va a usar el material disponible, en qué orden lo va a construir, dónde va a meter las fugas, dónde abrirá las ventanas y cuánto adornará el Atlas con su propia imaginación. El Cartógrafo espera que de lo ofrecido se pueda levantar una rica posada de vista copiosa. Sin embargo, su satisfacción no se verá mermada por una sonrisa siquiera si el compositor, al menos por un tiempo breve, levanta de lo ofrecido sólo un cálido y agradable lugar para pernoctar.

Cuadro 1. *El Cartógrafo, El ensayo de la pluma*, tinta sobre papel, 21 × 12 cm, 1991, Archivo de la Secreta Asociación del Panal dispersado por todo el mundo de la Biblioteca de Babilonia.

UNA PALABRA DE AGRADECIMIENTO

El Cartógrafo quiere usar este espacio del comienzo, mientras los ojos del viajero están descansados, como un lugar idóneo y un momento de obsequio. El ramillete primaveral de la más primorosa gratitud es lo menos que se merecen todos aquellos que apoyaron la preparación del material incluido en este Atlas.

Los espacios delante expuestos, ofrecidos al compositor para su agrupación, los enriquecieron o completaron con diligencia numerosas instituciones locales y foráneas: Real Sociedad Geográfica de Londres, Biblioteca Nacional de Serbia en Belgrado, Galería de los Oficios de Florencia, Museo de Textiles de Washington, Colección china del Museo del Instituto Oriental de Chicago, Galería Tretiakov de Moscú, Archivo Estatal de Venecia, Sala de la Frescura del Palacio Escorial, Museo Metropolitano de Nueva York, Biblioteca del Bey Gazi-Husrev de Sarajevo, Galería de Espejos de Ginebra, Museo Real de Bellas Artes de Bruselas, Observatorio Astronómico de Belgrado, Tesoro de Saray Topkappi de Constantinopla, Museo de Cristal de Murano, Cineteca yugoslava de Belgrado, Instituto para la Magia de Lagos, Museo del Prado de Madrid, Sección Botánica de la Academia para las Invisibilidades de Leningrado, Museo de Viajes de Delhi, Comisaría para los Parques, Hierbas y Monumentos de la Ciudad, Gabinete de Mapas y Globos Terráqueos de la Biblioteca Nacional de Serbia de Belgrado, Legado Federal de Sueños de París, Museo de Juguetes de Michelstaat, Galería Nacional de Retratos de Londres, Museo Egipcio de El Cairo, Biblioteca Universitaria de Roma, Monasterio Gracˇanica, Museo Hebreo de Francfort, Centro NASA para la Investigación del Espacio de Milwaukee, Colección del Conservatorio Estatal de Música de Berlín, Galería de Pintores Autodidactas de Svetozarevo, Ministerio para las Antigüedades de Addis-Abeba, Sala de Lectura del Centro Cultural Británico de Belgrado, Museo de la Iglesia Ortodoxa Serbia de Belgrado, Galería Nuño Gonçalves de Lisboa, Museo de Artes Aplicadas de los Nómadas de Argelia, Archivo de un Ministerio de París, Galería de Caligrafía de Sremski Karlovci, Gran Museo de Encajes de Papel, Lámparas chinas y Dragones de Beijing y Archivo de la Secreta Asociación del Panal Dispersado por Todo el Mundo de la Biblioteca de Babilonia.

Por supuesto, la riqueza de todas estas instituciones no habría sido efectiva sin la generosa ayuda prestada por curadores, alquimistas, cartománticos, historiadores, chamanes, musicólogos, astrónomos, fotógrafos, ornitólogos, astrólogos, arqueólogos, tejedores, cabalistas, bordadoras, orfebres, geógrafos, alfareros, espiritistas, archivistas, bibliotecarios, cosmógrafos, demonólogos, documentalistas, periodistas, sacerdotes, restauradores, dibujantes, intérpretes de sueños, nigromantes, biólogos, arquitectos, rabdomantes y otros, que con sus comentarios expertos guiaron al Cartógrafo hacia los caminos correctos de investigación de los fondos mencionados.

A eso, por supuesto, hay que agregar también el agradecimiento especial a aquellos coleccionistas particulares que amablemente dieron al Cartógrafo el acceso a los contenidos de sus colecciones.

Asimismo, el Cartógrafo no puede olvidar la paciencia mostrada por los traductores, los bien intencionados consejos de sus colegas, las palabras de ánimo de sus amigos, la ayuda imprescindible de su familia, todo lo cual fue de una importancia enorme, a veces decisiva, para la superación de las dificultades que se le fueron presentando durante el trabajo.

Finalmente, el Cartógrafo está particularmente agradecido al compositor o viajero (según cada lector quiera asumirse), porque sin él, este material habría quedado como tal; es decir, no sería un todo —ni el Atlas, ni la posada— sino una simple suma de capítulos, observaciones e ilustraciones entre los cuales crecen hojas de helecho, a cuyos lados se asienta el musgo, donde llevan la vida solitaria las tristes palabras no florecedoras.

En primavera

El Cartógrafo

EL AZUL COMO CONSECUENCIA DE UN TRABAJO BIEN HECHO

A pesar de la seria advertencia de Sasha de que sería prudente esperar también la opinión de los ausentes, esa misma mañana anclamos el sintonizador de la radio en medio del arroyo musical, nos tomamos un vasito de aguardiente de albaricoque para comenzar bien y emprendimos la realización de nuestro acuerdo. Las mangas subidas en los brazos de los varones ni siquiera llegaron a bajarse cuando todos los muebles de las habitaciones de arriba ya estaban en la planta baja. Las mujeres andaban apresuradas por todas partes, guardando con cuidado los objetos frágiles: vajillas, floreros, platos de adorno, botellas, cuadros, cántaros, lámparas, espejos, medallones, macetas, jarros, pequeñas figuras de porcelana: en general, todo aquello que no tiene la costumbre de moverse, por lo que (aun con el menor movimiento se descantilla) deliberadamente o incluso, con una malicia mayor, se quebranta.

Por estar totalmente imbuidos de la convicción de haber iniciado una empresa importante no nos fue posible recordar todo: del esfuerzo nos olvidamos por completo. Quizá por eso el techo fue derrumbado antes de que la mañana extendiera su fronda en la tarde. Es decir: las gotas de sudor seguían rodando por nuestras frentes, el polvo fino de argamasa se acumulaba aún en las pestañas, el quebranto de la paja del techo todavía no se callaba en los oídos, cuando las altas pilas de tejas retiradas ya estaban cubriendo de rojo el pie de la casa.

Desde la calle, abajo, llegaba la gresca de los conciudadanos perturbados. La gente estaba parada murmurando entre sí y apuntando las manos, ora hacia nosotros, ora hacia el pedazo considerable de la oscuridad[1] del desván que se despedía perezosamente con el chirrido de vigas y baupreses para ser finalmente pescado por la fuerte corriente del viento y desaparecer sin dejar huella en el remolino del horizonte. A pesar de que la gente reunida estaba envuelta en una braza de vacilación (hasta el viento más ancho es impotente ante el peso de la incomprensión), no entendía ni preguntaba nada (como si nosotros no hubiéramos querido contestarle), hasta que de los serios y preocupados rostros sobresalió

uno por una sonrisa más perceptible, la propiedad permanente del cartero Spíridon.

—¡Ea, ustedes! —nos gritó poniéndose de puntillas—. Vecinos, feliz trabajo, ¿adónde van con el techo?

—¡Que la felicidad te acompañe a ti, estamos cambiando su color! —Bógomil señaló justo hacia la cumbre hecha de la bóveda celeste—. Este año nuestro techo va a ser, digámoslo: ¡azul!

El cartero Spíridon se golpeó la frente sin piedad, reprochándose probablemente el no haber comprendido el propósito de tan evidentes obras, así que después de una breve observación se bajó al nivel de los espectadores perplejos.

—¡Gente!, la cosa está clara, ¡ellos están cambiando el techo! —instruyó orgullosamente a quienes ignoraban lo que él supo estando de puntillas—. Antes era rojo, ahora es azul. En lugar de las tejas pusieron el cielo. Ya no hay nada más que ver, pueden irse tranquilamente a sus casas.

Y así, al atardecer, mientras el día recogía sus pétalos y nosotros sacábamos el cascajo, retirábamos del desván los pedazos restantes de la oscuridad, limpiábamos el parqué y despacio volvíamos a meter los muebles, la gente empezó a dispersarse cruzando los dedos, encogiéndose de hombros, comentando maliciosamente la locura que habían presenciado o apartando sus cabezas de nuestro hogar con desprecio.[2]

Pero allí, en el piso de arriba, sólo algunos metros encima de la triste indivisibilidad, nosotros terminábamos el trabajo. Al ocupar su antiguo lugar una vieja cómoda sobre la que pusimos un reloj corriente de sol todo quedó como estaba esa mañana. (Todo era exactamente como esa mañana, salvo que nuestra casa ya no tenía techo.)

Conforme nuestros ojos iban llenándose del nuevo aspecto de la morada, una ola de agradables crispaduras invadía nuestros cuerpos. Hasta Sasha expresó su reconocimiento a toda la acción, a pesar de seguir convencida de que debimos esperar a los que no estaban presentes. Personalmente embelleció la celebración del fin de las obras, organizada en la habitación más grande en el piso de arriba, soltando su cabello.

Más tarde, entró al cuadrado color índigo del nuevo techo una luna llena parecida a la rueda de un buque de vapor con sus majestuosos radios. Nos fuimos al merecido descanso sólo después de que todas sus paletas plateadas agarraron más de la mitad de la noche. Escuchando el oleaje del cielo y decidido a velar, en el cuarto descubierto se quedó sólo Herrero.

1 ACERCA DE LA OSCURIDAD DEL SÓTANO Y DE LA DEL DESVÁN

Es simplemente increíble cómo uno voluntariamente acepta pasar la mayor parte de su corta vida entre dos oscuridades. Creyendo con ingenuidad que está protegido por la solidez del suelo y de las vigas del techo, ni siquiera piensa en lo peligroso de ese modo de vivir. Es verdad, rara vez ocurre que uno caiga en la oscuridad del sótano o que se le desplome encima la del desván. La muerte llamada Muerdealma tiene los zapatos lentos, la capa hecha de silencio y una máscara de disimulo. Es decir, las pérfidas fuerzas magnéticas, que también reinan entre las dos oscuridades mencionadas, causan su lenta, pero por lo mismo implacable atracción. Con el tiempo, la cómoda morada del hombre se vuelve una trampa perpetua. Entonces, aplastado en su propia cajita, se da cuenta de la fatalidad de su equivocación, pero por lo general no tiene suficientes fuerzas para liberarse de ella, así que peleando desesperadamente con el alma apresada, termina su vida en esa terrible trampa. (Según la *Enciclopedia Serpentiana*, el capítulo «La forma usualmente habitual de la vida y de la muerte».)

2 DESENMASCARAMIENTO DE CIERTOS FENÓMENOS NEGATIVOS EN LA SOCIEDAD

Tres días después de haber quitado nuestro techo, en el *Diario de la Ciudad* (número 1748), en la página reservada para las cartas de los lectores, uno de los espectadores de lo sucedido se dirigió a los inspectores de construcción. El testigo del acontecimiento, suscribiéndose por conspiración como un «ciudadano bien intencionado», protestaba enérgicamente en esa ocasión:

«…Quiero preguntar a los compañeros encargados: ¡¿cuánto tiempo más van a seguir tolerando tal comportamiento, o alguno parecido, de los individuos irresponsables?! En nuestra unidad todos, por supuesto, tienen techos, así que ahora esa casa estropea el aspecto de todo el Suburbio. Lo peor es que esos ilustres conciudadanos afirman que sólo cambiaron el color del techo. Ahora éste es, supuestamente, azul; aunque no se lo ve en absoluto. Pero aun si fuera así, ya que los techos de todos nosotros son rojos, ustedes deben entender que este azul destaca no sólo por su color, sino también por la particular arrogancia del desacato de los principios adoptados…»

Debajo de la carta del «ciudadano bien intencionado», la redacción publicó una breve respuesta de la Inspección de Construcción, en la

cual se prometía con firmeza que el caso desagradable sería investigado a fondo y el público (por supuesto) informado detalladamente de todas las medidas emprendidas en contra de los elementos perturbadores.

Tristes, tristísimas filas de casas, series de paredes, el verdor ralo, la calle marchita, sin gente, las cuerdas largas de telarañas destrenzadas en los desvanes, el viento que sopla bajo, hasta el suelo, la sorda ronda que bailan los papeles tirados, no hay una sola mañana o noche verdadera para extraviarse por aquí; de los pocos colores predomina el crepúsculo, haces apáticos de líneas eternamente paralelas, despojadas aun en el infinito de la esperanza reconfortante del encuentro.

Cuadro 2. Vid Vidosavljević, *Vista al Suburbio antes de la destrucción del techo*, serigrafía, 84 × 80 cm, 1989, propiedad privada de Jelenka Utješinović.

LOS MURCIÉLAGOS HERREROS

La gente de esta rara especie vive por toda Europa, pero prefiere las regiones planas. Miden apenas unos centímetros de estatura y tienen el color de la piel entre café y rojizo. Les interesa todo tipo de arte, hacer preguntas (y otra clase de investigaciones), así como coleccionar mariposas, antiguos manuscritos, futuros éxitos y miradas de mujeres amadas. Son nerviosos y fácilmente caen en estados extremos. Por lo general, los encontramos a orillas de los ríos por la tarde, mientras el resto del mundo se consume en sus cajitas trampitas. Allí, debajo de un sauce o álamo, entre conchas, caracoles, olas y guijarros, observan la naturaleza con detenimiento, tratando de determinar su propio papel y contribución en sus leyes. Como a dicha observación se entregan despiadadamente, tan despiadadamente que pasan hasta varios días sin beber ni comer, muy poca gente los nota porque, en ese estado de humor particular, resultan ser poco visibles para el entorno de por sí descuidado, y todavía más difícilmente comprensibles.

Aparte de que se caracterizan por sus labios en forma de herradura, podemos reconocerlos también por la constante, a veces completa, sujeción a sus sueños, insólitamente despeinados, parecidos a la fronda ramificada de un roble inglés.[1]

[1] EN PARTE UN HOMBRE-EN PARTE UN SUEÑO

Según una leyenda remota, fue el mismo Dios quien incrustó en el sueño del género humano el transmitir de una generación a otra cierta Inscripción, fórmula secreta de suma importancia para la humanidad. (Acerca del fenómeno de la transmisión de sueños de generación en generación véase más en el estudio «El guante del revéz», del historiador del esoterismo M. Pavić). Se considera que la Inscripción es pequeña y que está muy bien escondida en los sueños —nadie sabe en cuál de ellos exactamente—. Su aspecto es objeto de reflexión secular. Unos afirman que está escrita en un papelito, otros que se encuentra grabada en una pequeña placa de bronce, según los

terceros existe en forma oral, pronunciada por un Viejo que aparece en los sueños. Sin embargo, éstas y muchas otras teorías acerca del aspecto de la Inscripción no son ni siquiera una espinita del tupido pinar de conjeturas sobre su contenido. Si el que descubre la Inscripción obtiene la vida eterna, la potencia sexual ilimitada, el saber absoluto o un cuarto poder especial, es algo que no ha sido esclarecido hasta la fecha. (Por eso la lista de aquellos valientes que dejaron su vida en sus propios sueños o, más a menudo, en los ajenos, es tristemente larga. Así como huele una flor soñada, una piedra soñada puede derrumbarse y la mordida de una serpiente soñada es tan mortal como la real; de la misma manera es difícil encontrar la salida de algunos sueños, sobre todo porque en ellos moran unas bestias espantosas llamadas pesadillas.)

De vez en cuando olvidada, por años apresada, de nuevo descubierta y otra vez borrada de la memoria, la leyenda sobre la Inscripción ha vivido todo el tiempo únicamente entre los murciélagos herreros. Perseverante en todo, esta clase de gente también ha sostenido con insistencia su opinión acerca del asunto: a los videntes, la Inscripción les otorga la posibilidad de cambiar su estatura y la capacidad de un crecimiento ilimitado. Por eso, ansiosos de tocar las estrellas y de ahí comprender el Sentido, los murciélagos herreros siempre soñaban mucho y, sin reparar en los peligros, siempre exploraban sus sueños con diligencia. Sumidos en la búsqueda de la Inscripción, amanecían enredados en esos mismos sueños.

Por supuesto, la esperanza de descubrir la fórmula mágica tampoco dejó fuera a nuestro Herrero. El agua que se desborda, aun lejos de su lecho, sigue siendo regida por la corriente principal. Para Herrero, el descubrimiento de la Inscripción era cuestión de supervivencia. Lo mismo que su género soñoliento, él creía, soñaba y esperaba ser introducido en la orden de los instruidos. Era uno de los impulsores más apasionados de la destrucción del techo —de esa manera, al llegar la hora de conocer el secreto, nada iba a impedirle crecer hasta donde se le antojara.

Varias veces, convencido de haber topado con la huella de la Inscripción, Herrero nos invitaba a todos a su sueño, en especial a Sasha, para presenciar el descubrimiento de la época. «¡Preparen sus cestas, voy a recogerles las estrellas más grandes y más brillantes!», gritaba excitado (¿gritaba?, ¡pegaba gritos desde la misma cama!). Desgraciadamente, jamás se vio una letra siquiera de tal Inscripción. Por lo general, resultaba que lo que estrujaba su sueño eran notas sobre las regiones exploradas y sin explorar, piedras, semillas, migajitas o algo parecido por su insignificancia o aburrimiento.

La única prueba seria de Herrero relativa a la existencia de la Inscripción y de su efecto milagroso, la única pisada más fuerte en el

suelo arenoso de la esperanza sobre la posibilidad del cambio de estatura, era un fragmento de la crónica de viaje *Hasta Kavdak y de regreso* de un tal Musafir Hamid, viajero talentoso, uno de los siete hijos del geógrafo árabe Idrisi y, junto con sus hermanos, gran mártir de, antaño, una materia sagrada: la Cartografía.

El Anno Domini 1139, de una nublada mañana otoñal arribó al famoso puerto de Palermo un gran velero. El viento aún no había abandonado todas sus velas cuando por la ciudad se corrió la voz de que, a invitación de Ruggiero II «de venir a iluminar los espacios y límites de su reino», había llegado el geógrafo Idrisi. En suelo de Sicilia desembarcaron, además, siete jóvenes mahometanos, siete hijos de Idrisi engendrados la misma noche siete años antes con siete mujeres de siete regiones del Mundo diferentes. Hasta la mañana siguiente duró, ante los maravillados ciudadanos de Palermo, la descarga de libros árabes, griegos y latinos, instrumentos para la tierra y para el cielo y manojos de hojas secas con las que más tarde los extranjeros iban a preparar una infusión llamada té. Días después, las señoras seguían bajando al puerto para que sus vestidos de brocado se impregnaran del olor aromático que por un descuido o prisa de los cargadores se había quedado en las entrañas del velero del geógrafo.

El rey Ruggiero II dio la bienvenida al invitado con honores merecidos por los que habían estudiado en la lejana ciudad de Córdoba. Los extranjeros fueron alojados en la torre más cercana a las estrellas. Como ayuda les proporcionaron una servidumbre que haría la infusión llamada té, otra que prepararía la comida según la costumbre mahometana y una más que atraparía las luciérnagas para las lámparas de cristal del geógrafo. Así, los siguientes años fueron dedicados a los preparativos que no presentaron problemas. De las canciones de cuna los hijos de Idrisi ya conocían las lenguas de sus respectivas madres, y de sus otras canciones estaban aprendiendo acerca de las costumbres y maravillas de las siete partes del Mundo. A su padre, en Sicilia, le quedó transmitirles el conocimiento obtenido en la Atenas de Occidente: cómo había que observar alturas, nubes, vientos, cerros, aguas, hierbas, piedras y fuego en la profundidad de la tierra. Los chicos crecían leyendo hasta el mediodía a Marín Tirski y Estrabón, del mediodía en adelante a Ptolomeo e Ibn Ezra, y durante la noche soñaban diligentemente con la montaña mítica Kavdak, la montaña que circundaba el Mundo. La ciudad de Palermo se habría olvidado de

Cuadro 3. Di Paolo, tríptico *El Geógrafo Idrisi e hijos*, cuadro primero, el de la izquierda, pintura al temple sobre tabla (según el motivo del mosaico del s. xii, hoy día desconocido), 343 ×

148 cm, 1481, Galería de los Oficios, Florencia.

los silenciosos extranjeros si cada día, al atardecer, su servidumbre no hubiese buscado los enjambres de luciérnagas y si de la torre más cercana a las estrellas no hubiera flotado constantemente el olor a té. En esa época las señoras de la ciudad de Palermo y sus vestidos tejidos con el vaho aromático de la maravillosa infusión superaron en nobleza aun a las señoras de la ciudad de Siena.

Al cumplirse el décimo año desde la llegada del geógrafo, llegó la hora de iniciar la empresa. El rey Ruggiero II equipó los veleros, escogió las tripulaciones más fiables y con una fiesta como no se recordaba otra en Sicilia celebró el día de la partida. Por la mañana, los siete hijos de Idrisi zarparon en siete veleros idénticos. Los ciudadanos de Palermo no se dieron cuenta a causa del vino que aún nublaba su vista, y el rey no lo vio por carecer de la vista aguda de los que denoche leen junto a las lámparas de luciérnagas, pero los ojos del geógrafo no perdieron el hecho de que las embarcaciones se separaban en el horizonte y cada hijo suyo partía hacia aquel lado del Mundo de donde era su madre, cada uno en su propio camino hacia la montaña Kavdak, montaña que circundaba el Mundo. Con el paso callado, Idrisi regresó a la torre más cercana a las estrellas, abrió todas sus lámparas, soltó todos los enjambres de luciérnagas y sin pedir siquiera que lepreparasen la infusión llamada té, se puso a esperar. Las señoras de la ciudad de Palermo se asustaron de perder la gracia y se alarmaron de que el olor embriagante de sus vestidos pudiera evaporarse.

Sin embargo, las aceitunas no llegaron a madurar cuando, de pronto, empezaron a converger en Palermo los datos acerca del cielo,de las aguas, de las ciudades y de los caminos. Los enjambres de luciérnagas llegaron solos a las lámparas e Idrisi comenzó a anotar y a dibujar todos los informes de sus hijos con cuidado. El rey Ruggiero II estaba maravillado: los jóvenes mostraron ser viajeros hábiles. Para ellos no existían aguas salvajes,

Cuadro 4. Di Paolo, tríptico *El geógrafo Idrisi e hijos*, cuadro segundo, el del medio, pintura al temple sobre tabla (según el motivo del mosaico del s. xii, hoy día desconocido), 343 × 148 cm, 1481, Galería de los Oficios, Florencia.

senderos empinados, bosques intransitables, animales feroces, bandidos peligrosos. Se apresuraban, cada uno en su dirección, a pie o a caballo, en barcos o lanchas. Los persistentes demonios de la melancolía los asediaban poniendo a prueba su voluntad, pero los siete avanzaban e informaban a su padre en Sicilia de todo lo que veían. También estaban satisfechas las señoras de la ciudad de Palermo: el té se preparaba de nuevo y ellas recobraron el olor mágico de sus vestidos.

En la torre más cercana a las estrellas el manuscrito de Geografía crecía, los mapas se llenaban y muchas partes del Mundo, hasta entonces oscuras, se iluminaban. Pasaban otoños, inviernos, primaveras y veranos y en 1154, al llegar los últimos informes, justamente desde la montaña Kavdak, Idrisi entregó a su protector el libro terminado (llamado, según el rey, Kitabu al Rogger) *todos los mapas del Mundo en setenta secciones («Tabula Rogeriana») y un gran mapa del Mundo elaborado en una tabla de plata (de ocho anas venecianas de altura y dieciséis de anchura*). *Desde el borde del Mundo, desde la mítica montaña, los hijos de Idrisi regresaron coronados de gloria. Todos obtuvieron el nombre honorífico de Musafir. Uno de ellos, Musafir Hamid, describió su viaje excitante en ciento cincuenta y seis capítulos del manuscrito* Hasta Kavdak y de regreso. *Junto con sushermanos pereció una noche de 1160 tratando de impedir fervorosa, pero vanamente, que algunos de los soldados-bandidos, en un saqueo, despedazaran el mapa plateado del Mundo. Aun si no hubieran recibido las puñaladas traidoras, los desafortunados hijos de Idrisi seguramente habrían muerto de ver a los rapaces despedazar el cielo, las montañas, los ríos y las praderas dibujados. Esa misma noche los enjambres de luciérnagas abandonaron Sicilia. De los vestidos de las señoras de la ciudad de Palermo quedó el simple brocado, y la supremacía de vestirse con el aroma de jengibre fue tomada por las señoras de Nápoles, Roma, Florencia, Génova y Venecia.*

Cuadro 5. Di Paolo, tríptico *El Geógrafo Idrisi e hijos*, cuadro tercero, el de la derecha, pintura al temple sobre tabla (según el motivo del mosaico del s. xii, hoy día desconocido), 343 × 148 cm, 1481, Galería de los Oficios, Florencia.

13. (…) En una de las naves, en la tercera Gran agua, se encontraba también el hombre de quien había oído que podía cambiar su estatura. Eso hacía desnudándose por completo y quedándose en la proa, mientras la tripulación esperaba en un silencio total. No pasaba mucho tiempo y las aves marinas se posaban sobre aquel hombre, contándole sus horizontes; y él —adquiriendo conocimientos acerca de las extensiones impensables— se espigaba hacia el cielo brioso como el junco de la mañana. De esa manera, el capitán de aquella nave siempre podía saber a tiempo si había tierra firme en la cercanía, si las velas que se aproximaban eran de piratas o mercaderes… Pero con la llegada de la noche, me afirmaban, aquel hombre disminuía despacio y, al alba, volvía a tener su estatura normal, y si el capitán otra vez necesitaba ayuda en la observación todo se repetía como el día anterior. Y como yo no podía creer en todo eso, me dijeron además: ese hombre es de la especie de los murciélagos herreros. Una especie, por lo general, muy parecida a las demás especies humanas, pero en la que, de vez en cuando, nacen los afortunados que logran descubrir el secreto de cierta Inscripción, la cual trae a sus videntes la posibilidad de cambiar su estatura. Y como yo pedí que me la enseñaran, enseguida juraron por su Dios: eso era imposible, la Inscripción no se guardaba como los demás valores, sino aún más cuidadosamente, en el sueño, por lo que se transmitía de un sueño a otro como de una generación a otra. Entonces, decidí informar a mi padre acerca de todo eso y pedí una reunión con aquel hombre. Quería pedirle, a pesar de todos los peligros, que me recibiera en su sueño para que allí viera ese milagro que daba tanto poder celestial. Sin embargo, de repente me llegó una carta de Sicilia en la que se me pedía que, por la composición de la Geografía, partiera sin demora hacia el País de los Espejos, lo cual hice con todo mi pesar abandonando lo pensado. (…)

Cuadro 6. Musafir Hamid, el fragmento preservado del capítulo trece de la crónica *Hasta Kavdak y de regreso* (el único testimonio escrito sobre la existencia de la Inscripción que trae a sus videntes la posibilidad del cambio de estatura), c. 1150, fol 2r, núm. H-14, La Biblioteca de Husrev-beg, Sarajevo.

EL SEÑOR POLOVSKI

El señor Polovski entra en el parque con los primeros rayos del sol. Se sienta en su banco preferido y se pone a esperar. Por lo general está semivuelto hacia el monumento a Orfelín que creció en la orilla del sendero de grava blanca. El sol naciente hace este paisaje insólitamente hermoso, pero el señor Polovski no está allí por el monumento de formas gráciles ni por el maravilloso juego de la suave luz de la mañana, tampoco por el aire fresco. Él está allí para esperar.

Cuando el sol empieza a brillar con más decisión, aparecen las palomas y un poco después, los ancianos. Los granos dorados atraen la alegría de los pájaros. El gorjeo se muda de las copas de los árboles a los cuadros de las flores. Pero el señor Polovski tampoco está en el parque para alimentar a las palomas como sus contemporáneos. Él está allí para esperar.

Conforme avanza el día, el parque se va llenando. Ahora ya están los niños, la gente que pasea a sus perros, las parejas de enamorados. Se avivan centenares de cascadas de voces, salpican las gotas centelleantes de la risa. Pero tampoco el desfile de la alegría es importante para el señor Polovski. Él está allí para esperar.

Entonces, después de las diez, un suspiro profundo; el señor Polovski se inquieta. Se vuelve por completo hacia el monumento a Orfelín, el cual ronda incansablemente, lo que él notaba tanto en verano como en invierno, la misma mariposa juguetona. Como cada año, eso lo sorprende por un momento, no obstante, se pone a mirar su reloj cada vez más a menudo, recorre su cabello con los dedos, innecesariamente ajusta las solapas de la chaqueta, pasa la mano por el mentón, endereza las cejas, se pellizca las mejillas y se olvida de parpadear por completo.

El señor Polovski la nota desde lejos, en cuanto aparece detrás de los tilos. Hela aquí, en un traje sastre radiante, color arbusto de ciclámenes, llega hasta el monumento y se dirige por el sendero junto al cual está su banco solitario. Alta, con el pelo suelto, de figura grácil. ¡De qué manera camina! La falda de tela delgada se introduce entre sus piernas de manera excitante. El viento desenfadado enloquece alrededor de sus mechones. En torno a su cintura, las miradas de los

paseantes. Pero ella, ella va directamente hacia él. ¡La grava blanca se desmigaja con sus pasos! ¡La grava blanca susurra con sus pasos! ¡Eso es lo que el señor Polovski espera!

Por supuesto, él sabe que esa chica no va a su encuentro. Ni siquiera la conoce. Pero cuando la misteriosa transeúnte pasa a su lado, cada día alrededor de las once, el señor Polovski se levanta del banco y con la expresión satisfecha en su cara y el corazón lleno como el río primaveral nutrido de agua, se dirige hacia la salida del parque. Sí, piensa entonces, es tan, tan bonito esperar a alguien.

El 19 de enero de 1785, Zacarías Stefanovic´ Orfelín, poeta, maestro, secretario, viajero, escritor de libros religiosos, escolares y naturalistas, pintor, lector, impresor, grabador, calígrafo, adversario de la plata, viticultor, físico, historiador, primer cartógrafo serbio, creador del calendario, estudioso de medicina, música y heráldica, se durmió en una finca cerca de Novi Sad, quebrado por la privación y la ingratitud y sumido en la fiebre y en un sueño irrevocable. Soñó el agobiado Zacarías, a pesar de la fuerte helada, que estaba en un jardín opulento. Soñó el pobre Orfelín que paseaba por las sendas arregladas de menuda piedra blanca, que junto a él pasaba la gente de rostros alegres y que el sol bendecía los árboles, la hierba y a él mismo. Soñó el dolido Zacarías que andaba (aunque no comprendía cómo caminaba como si no tuviera peso), soñó que llegaba hasta un monumento alto de bronce brillante y que admiraba la obra del maestro y las buenas proporciones de la figura modelada de frente lúcida. Soñó el abandonado Orfelín que leía, porque las letras se le hacían conocidas, que leía las palabras inscritas en la placa debajo del monumento: «Zacarías Stefanovic´ Orfelín, 1726-1785». Y aún más, soñó el honrado Zacarías que se despertaba y que livianamente, contrario a como había vivido, livianamente, como corresponde a un justo, soltaba su alma mariposa a la realidad. Se sonrió el diligente Zacarías Orfelín en su lecho consagrado, pues siempre tenía sueños exhaustivos, pero esa vez había logrado aún más: soñando abrazó la realidad y el sueño.

Cuadro 7. Sava J. Todorovic´, *El monumento a Orfelín*, bronce, altura 258 cm, 1926, El Parque de los Tilos, La Ciudad.

LAS APARICIONES DE LA TÍA DESPINA, EL PELO EXCESIVAMENTE BIEN PEINADO Y LOS TRABAJOS DE PRIMAVERA

De vez en cuando en un tercio del Espejo Septentrional[1] aparece la tía de Bógomil, Despina. Primero se oyen unos golpecitos, justamente como cuando alguien viene de visita, después penetra una voz aflautada: «¡Anfitrión! ¿Hay alguien en casa?», y al final, una parte del espejo se despeja y aparece un rostro. La tía Pina está siempre de buen humor y sólo por su manera de vestir notamos los cambios: dependiendo del país de donde se presenta lleva un sombrero safari, un abrigo de pieles de armiño o un conjunto con un diseño de pequeñas flores; aunque en una ocasión (cuando consideró que se trataba de una emergencia) «vino de viaje» en un camisón color rosa. Es locuaz (una buena parte de la familia diría: parlanchina), y sin siquiera esperar a que nos reunamos todos ante el espejo, empieza a interesarse por las noticias de la familia, cuenta alguna aventura, necesariamente describe su nuevo romance y, por supuesto, expresa su arrepentimiento por el anterior, pregunta si aquí escriben sobre su última hazaña, le advierte al sobrino que se cuide de los resfriados y, de repente, tal como llegó, desaparece del espejo dejándonos maravillados por la fuerza de su voluntad para ocuparse de las cosas más extrañas del mundo. Bógomil nos contaba, y de algunas cosas nos enteramos por ella misma, que en China la tía se interesó por el cruce de la mariposa con el crisantemo, que con los chamanes de Siberia convertía las nubes en gigantes bondadosos, que al sur de Marrakech se había unido a una expedición en busca de un espejismo extraviado del pájaro Fénix, que en los bosques de Brasil aniquilaba las tarántulas, que en Riad aprendió cómo se tejían las alfombras mágicas… En este momento está en un país transoceánico donde con una varita de zahorí busca la frontera de los tres tiempos.

Las apariciones de la tía Pina son, para todos nosotros, de una importancia grande, casi gigantesca. ¿Quién no tendrá grabada en la memoria sus palabras?: «Escuchen lo que les digo, ¡la realidad es sólo

una fantasía exageradamente bien peinada!» También fue de ayuda decisiva su consejo sobre la manera de determinar la época más adecuada para comenzar los trabajos relacionados con los amuletos: «Si quieren un amuleto de éxito garantizado, escojan para su producción la época en la que se derriten las nieves, que el sol flanquea el invierno y el mundo vegetal maliciosamente quema las plantas de los pies de las fuerzas oscuras, por lo que éstas salen poco durante el incendio de la naturaleza».

Así, bajo la mirada despierta de la tía de Bógomil, por años escogíamos para la elaboración de nuevos amuletos uno de los meses primaverales. Por supuesto, para que el amuleto contra el mal y la desgracia sea efectivo, es necesario además respetar con precisión el complejo proceso de su elaboración. Digamos que hay que recolectar hasta cincuenta y dos ingredientes[2] en un tiempo sumamente corto. No debe haber poco de nada, tampoco demasiado —de lo contrario se estropea todo el trabajo.

El día de la elaboración de amuletos nuestra casa hierve. La tía Despina no se sale de su tercio del Espejo Septentrional y supervisa los trabajos con sumo cuidado. Nosotros contamos y volvemos a contar, traemos, sacamos, derramamos, luego recogemos, de nuevo contamos, cantamos, callamos y pesamos. Desde el Espejo Septentrional, la tía Despina grita: «¡Pesen despacio!» Nosotros pesamos despacio, cortamos o sumergimos la pieza entera en el agua, secamos, escuchamos, damos una probadita, va a estar bien, todavía falta esto, todavía aquello, miramos el reloj y unos minutos antes de medianoche colocamos todo en un recipiente amplio (lo mejor es en uno de los que sirven para cocer la mermelada). Luego, a esa hora tardía cuando los valores mágicos se hacen más fuertes, llevamos aquello con calma al patio y bajo la luz del lucero lo vamos removiendo cuidadosamente con una cuchara de palo. En el Espejo Septentrional la tía Pina murmura conjuros contra los cuerpos foráneos: «De aquí, de allí, lejos de todos nosotros, el ulular del búho, la mirada iracunda, la pizca, el olor del temerario…» Al amanecer (si la noche es despejada, incluso un poco antes), después de obtener una masa de color aproximadamente uniforme y de igual estructura calinosa, dividimos el todo en ocho partes iguales y las colocamos en ocho bolsitas impermeables, cosidas con anterioridad y bordadas, según el diseño de la tía de Bógomil, por la Silenciosa Tatiana.

Mientras nos acercamos con los nuevos amuletos contra todo mal y desgracia al Espejo Septentrional, la tía Despina chasquea dulcemente sus labios: «Los amuletos les han quedado muy bien, mejor que los del año pasado». Y además, antes de cedernos su tercio de espejo para arreglarnos, antes de regresar a aquel país transoceánico para continuar sus negocios importantes, con una voz solemne añade:

«¡Recuerden, no se peinen demasiado!»

1 LA DISTRIBUCIÓN DE ALGUNOS OBJETOS EN LA CASA SIN TECHO

En nuestra casa existen dos espejos principales: el Occidental y el Septentrional. Ambos se encuentran en el cuarto de reuniones, colgados en las paredes que están en sus respectivos puntos cardinales.

El Espejo Occidental sirve para observar la verdad y la mentira. Estas dos se muestran en él por separado, inconfundibles y claramente visibles. En el lado izquierdo se cristaliza la mentira de quien está delante del espejo, y en el lado derecho su verdad. Este solo hecho enseguida deja clara una cosa: reflejarse en el Espejo Occidental es sumamente doloroso. Los objetos sin vida se quiebran, rechinan y crujen; los vivos sudan, ora tienen frío, ora calor, respiran con dificultad y sufren terribles jaquecas.

Gracias a todo eso, a lo largo de su historia el Espejo Occidental cambiaba de dueño con mucha frecuencia, y en esos numerosos pliegues de cambios su origen se perdió sin dejar huella alguna. Las leyendas dicen que para algunos de sus dueños el espejo era incluso mortal —la gente, por lo general, no es capaz de sobrevivir la separación entre la verdad y la mentira—. Y resulta insensato contar las consecuencias relativamente más inocuas: las formas permanentes y transitorias de locura, las desapariciones, las conmociones, las torceduras de mandíbulas a causa de la sorpresa, los ojos permanentemente desorbitados y las periódicas pérdidas del sentido de la vida. Por eso no sorprende el hecho de que este espejo permaneciera más tiempo en poder de la gente hecha, o bien de pura mentira, o bien de pura verdad. Para ellos, naturalmente, espejearse no representaba ningún tormento en particular. Puesto que se veía sólo del lado izquierdo o derecho del Espejo Occidental, ese tipo de gente no experimentaba dolorosas divisiones de su imagen.

Nosotros resolvimos ciertos problemas, causados por la posesión de una cosita tan inconveniente, espejeándonos en el Espejo Occidental con frecuencia, sin permitir que la verdad y la mentira en nosotros se trencen hasta el grado de que su separación resulte difícil y dolorosa. Con el tiempo, espejearse en este espejo se volvió un asunto de higiene. Así como hay que lavarse regularmente los dientes, también es bueno conocer con regularidad la relación momentánea entre la verdad y la mentira en cada uno de nosotros. Si no por otra razón, hay que hacerlo para que no ocurra que un vistazo casual al espejo, de

paso y sin intención, termine de manera fatal para el propietario de la imagen.

De sus viajes interesantes la tía Despina nos enviaba regalos no menos originales. Llegaban hojas y raíces de plantas raras, estampillas de países de menos de dos pies, mapas y libros antiguos, caracoles de las barras de arena marinas y pañuelos todavía húmedos del agua de algún río lejano. Como uno de los primeros regalos llegó también el inusitado Espejo Septentrional (comprado durante su recorrido por los antiguos oráculos griegos). Inusitado al menos por tres razones: su placa estaba compuesta de tres partes diferentes, tres pedazos de bordes dentados, unidos con la perfección que sólo el destino puede proporcionar, pero la mano humana de ninguna manera. La primera parte del Espejo Septentrional siempre estaba atrasada, reflejaba el pasado; cuando el día estaba avanzado, en esa parte la mañana apenas rompía la cáscara del mismo. La segunda parte era normal, reflejaba el presente y al mediodía reproducía el mediodía, etc. (la única singularidad de esta parte del espejo era que en ella a veces aparecía, aunque estuviera a miles de kilómetros de distancia, la tía Pina). La tercera parte del Espejo Septentrional siempre iba adelantada, reflejaba el futuro y, en el mencionado mediodía, esta parte ya estaba envuelta en la oscuridad de la noche que apenas estaba por llegar.

Y como si eso no fuera suficiente, todo el cuento del Espejo Septentrional se enredaba adicionalmente por su propia extravagancia; a veces escondía el pasado, a veces ocultaba el futuro y, a juzgar por la falta de reflejos, muchas cosas tampoco existían en el presente. En otras ocasiones, sin embargo, todo se vertía perfectamente a través de los tres tiempos, por las tres partes (parándose casi imperceptiblemente en las suturas), de modo que Herrero podía verse observando boquiabierto a la vez su imagen de la mañana (que frotaba los ojos al levantarse) y la de la noche (que bostezaba de sueño al acostarse).

El esfuerzo significativo que invertimos en el desenmascaramiento de los principios que regían este espejo caprichoso terminó con nuestra rendición incondicional. O, tal vez, el problema no era del Espejo Septentrional sino de los objetos que se espejeaban, acostumbrados a alcanzar su autoafirmación de manera tan fácil, simplemente posando ante los demás espejos comunes.

Además de los dos principales espejos descritos, en nuestra casa existen también los espejos llamados «de Toilette». Sin embargo, espejearse en ellos tampoco está privado de ciertas trampas.

2 CINCUENTA Y DOS INGREDIENTES

Para ocho amuletos contra todo mal y desgracia es necesario tener: el reflejo de la letra A del ojo izquierdo, el círculo menor que crea la libélula en la superficie del agua, una pizca de la suavidad del polen, una cascarita de cielo del tamaño de la uña del pulgar, un susurro breve del retoño de tejo cuando crece, la prohibición eterna de volver la cabeza, la fuerza de las semillas proporcional a uno, lo doble de esperanza, un par de alas de un sueño bonito, cuanto cabe bajo la axila del aleteo de una paloma, un almiar de ángulos de vista, tantos copos de nieve como puedan posarse sobre unas pestañas largas, tantas palabras amorosas como puedan caber en una boca, una fosa nasal del olor del tomillo, una buena aspiración de cada uno de los cuatro vientos, la máxima cantidad de luz primaveral, la inmensurable firmeza del secreto, cualquier parte del arco iris, medio vaso del brillo del guijarro del arroyo, dos ingredientes que usted pueda recordar sólo el día de la preparación de amuletos, una cantidad aproximada del color de la mariposa diurna, un manojo de magia de las llaves, un granito del crujir de un escarabajo, el sonido medianamente fuerte de las trompetas angelicales, un pensamiento constante en la humedad de las ingles, una canción del grillo según el deseo, un rizo del humo del hogar, una punta de cuchillo de las llamas, un palmo del hilo de las nubes, una astilla del destello del relámpago, una simple gota de la sabiduría del agua, tanta vista como alcance para seguir el vuelo de un halcón, una vertical que llegue, por lo menos, hasta la quinta esfera celeste, otra fosa nasal del olor de la tierra, risa, nunca suficiente risa, un arete del zumbido de las abejas, una mirada al bosque hasta que se pierda entre los árboles, la ufanía de la hierba llamada orgullo, una brazada de la sombra de la tarde de una higuera, una sarta de besuquitos, un poco de ruido de un telar pretérito, una palma del calor de los pulmones, un vaivén amplio del ramillete de la albahaca, el arte de observar el cuadrado, una circunvalación alrededor de todo y el reflejo de la letra W del ojo derecho.

Por las laderas del eterno Parnaso, no lejos del famoso oráculo de Delfos, en la pequeña ciudad costera de Itea, viven tres hermanas pretéritas: Cloto, Lahesa y Atropa Tripolos. No tienen parientes para comprobar si algún día fueron jóvenes, no se casaron, y si lo hicieron ya nadie lo recuerda, menos ellas mismas. Pasan los días siempre iguales, inexorablemente iguales durante el año que, a su vez, se repite todo el siglo. Desde temprano por la mañana hasta el mediodía observan el Océano que allí todavía se llama Golfo de Corinto. Están sentadas en el balcón de la fresca casa blanca, callan y observan el alma del Mundo, estirando de vez en cuando sus cuellos delgados para verla mejor. Desde el mediodía hasta el crepúsculo, las tres hermanas hacen extraños espejos. Extraños, porque cada espejo está compuesto de tres partes diferentes, unidas a lo largo de los bordes dentados conla perfección con la que el destino une las cosas. El comprador de un espejo de las hermanas Tripolos puede encontrar en él (en cada tercio por separado) lo que fue, lo que es y lo que será. Alrededor de la medianoche, las ancianas sueltan sus melenas y juegan a los naipes hasta el amanecer. Cada una juega por separado, con la mayor atención posible que no ha sido perturbada ni por los años, ni por la vista debilitada, el solitario juego del solitario. Cloto, de sus barajas con diseño azul, interpreta el pasado. Lahesa, de sus naipes con diseño rojo, lee el presente. Atropa, de sus naipes con diseño verde, predice el futuro. Hasta que los rayos del sol no se deslicen por el Parnaso cuesta abajo, hasta que no pasen junto al blanqueado Delfos y al alba llamen a las celosías, las tres damas acomodan una baraja por encima de la otra, una baraja junto a la otra y pacientemente, cumplen su tarea prístina. Por la mañana Cloto, Lahesa y Atropa de nuevo atan sus largas melenas, de nuevo salen al balcón y de nuevo observan el Océano que en ese lugar la gente hizo llamar Golfo de Corinto. Los días y las noches se suceden de la misma manera que lo hacen las pleamares y bajamares en la playa cercana. Arriba, con los rayos del sol o de la luna, da lo mismo, el eterno Parnaso está en calma.

Cuadro 8. Morje (?), *El espejo de Delfos*, 90 × 60 cm, año de elaboración desconocido (el marco del siglo xx), Galería de los Espejos, Ginebra.

BÓGOMIL Y ESTHER Y AUGUSTO

Esta chica se llama Esther. Es de estatura mediana y tez color café con leche.[1] Se sienta y camina de manera correcta. Ama el color violeta. En la parte interna superior del muslo derecho, allí donde la piel abunda extraordinariamente en ternura, Esther tiene un lunar en forma de grano de granada.[2] Ahora el granito no se ve: está cubierto por la media de seda y la falda. Con la palma de la mano derecha, la chica toca a menudo la parte superior de su muslo queriendo convencerse de que el lunar sigue allí. Todo esto es lo que Bógomil adivina, porque por azar tiene la suerte de estar sentado en el cine junto a ella. En la película: Hay un bochorno terrible. En la mesa, en medio del cuarto, hay una canasta de mimbre. Augusto estira el brazo con pereza, toma una fruta de granada, encuentra el lugar más tierno y hunde el pulgar en sus entrañas. El jugo brota. Con la otra mano Augusto arranca la cáscara lanzándola al suelo sin cuidado. Numerosos granos húmedos desaparecen en un instante entre sus labios sensuales. Las gotas rojas corren asustadas por su mentón. Augusto seca sus húmedas palmas en el pecho, regresa a la silla y disminuyendo la actividad de su respiración a la mitad, sigue aguantando el bochorno. Por el azar de la fortuna, Bógomil está sentado en la fila junto a ella. La película dura. La chica se mueve en el asiento. Sin ninguna razón visible se inclina ora hacia la pantalla, ora de nuevo hacia atrás.[3] El lunar de su muslo no se ve. En la sala hace calor. La cal de las paredes se está desconchando con chisporroteo. El aparato cinematográfico zumba con monotonía. Ocurre algo extraño: el granito de granada está oliendo.

[1] ACERCA DE LA TEZ COLOR CAFÉ CON LECHE

La tez color café con leche es aquella clase de tez por la cual una mirada se desliza más fácilmente que por las demás.

2 UNA CONTRIBUCIÓN A LA BOTÁNICA Y A LA ANATOMÍA

Un grano de granada (*Punica Granatum*) tiene medio centímetro de diámetro y la mejor manera de tocarlo es con tres dedos.

Un lunar en forma de grano de granada es mejor tocarlo con los labios, también mide medio centímetro de diámetro y representa, como los demás lunares, una manifestación del alma. Así como vaga el alma, también los lunares (contrario a los conocimientos actuales) vagan por los cuerpos humanos, aparecen y desaparecen, semejantes a los signos que confirman o niegan las decisiones de lo interior. En casos especiales, los lunares cambian incluso de dueño. Algunos pueblos creen que la gente sin lunares carece de alma y, como tal, se convierte obligatoriamente en vampiro. Por eso en algunas regiones aún existe la costumbre de tatuar en la sien de un difunto un lunar en forma de Cruz, Media Luna o Estrella de David. Los gitanos, pueblo un poco más enterado de los secretos de la naturaleza, tatúan los lunares aún en vida. Un hombre con un lunar inscrito en forma de Laberinto no es atacado por las fuerzas del mal, porque éstas se extravían en el Laberinto o, desalentadas, ni siquiera se le acercan.

3 LOS EFECTOS SECUNDARIOS DE MOVERSE EN EL ASIENTO

Silenciosas, apenas audibles y sigilosas, sus medias de seda se frotan suavemente una contra la otra, la izquierda sobre la derecha, la derecha contra la izquierda, y los oídos de Bógomil ensordecen por la magnitud del estruendo de la creciente pasión.

Lady Hellene Haggard se enamoró del joven teniente Augustus Hope al mediodía de su madurez. Dos horas después regresaron de la equitación. Hellene, en su pelo, llevaba el susurro de él y Augustus, en las curvaturas de sus oídos, guardaba los suspiros de ella. Refrescando sus mejillas ardientes con el agua fresca del pozo, lady Hellene notó en su cuello delgado el lunar del teniente Hope, un lunar en forma de flor de brezo. Enseguida comprendió: por apasionados, sus abrazos se volvieron incautos —y sus lunares cambiaron de lugar—. Su esposo, lord Nicholas Haggard, ciertamente no entendía de lunares, aún menos de pasiones, pero era de vista aguda: recordaba la posición de cada una de las pajitas en su propiedad. Oh, destino,ningún cuello ni pechera eran lo suficientemente altos para disimular la señal del amor del teniente Hope.

Dicen que lord Haggard notó todo en la cena, a la hora del budín. El desdichado joven lo negaba, pero cuando bajo la amenaza del revólver tuvo que quitarse la chaqueta del uniforme, en su pecho se vio claramente el lunar de lady Hellene, un lunar en forma de hojita de la planta tembladera. El médico presente, Walcott, médico familiar, confirmó por escrito el cambio fantasmal de lunares que indudablemente había ocurrido: "…en un acto adulterino entre los dignos de nuestro desdén, lady Hellene y el huésped de la casa Haggard, Augustus Hope".

Ese mismo verano el teniente Augustus Hope fue transferido a la Guyana británica. Allí, dos días después de la Navidad, murió. Algunos afirman que fue por la fiebre tropical y otros dicen que por la enfermedad llamada amor lejano. Junto con él marchitó también aquel lunar en forma de hojita de la planta tembladera. Expuesta a la cruel mofa de la sociedad puritana, lady Hellene vivió todavía unos diez penosos años teniendo como único consuelo la observación de la flor de brezo en su cuello delgado. Sin embargo, los lunares de lord Nicholas Haggard, de por sí pocos, con el tiempo huyeron todos de su cuerpo.

Cuadro 9. Edwin Oliver Webb, *Lady Hellene Haggard con el lunar del teniente Augustus Hope*, óleo sobre tela, 110 × 90 cm, 1887, Galería Nacional de Retratos, Londres.

LA SUCESIÓN SUMAMENTE INDIFERENTE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Después de limpiar los espejos de las oscuridades de la noche, llevar el desayuno a Andrei y regar las flores, Sasha se arregla para su salida matinal. ¿Por qué y adónde va? No le hemos preguntado, pero se volvió una costumbre bien conocida que ella, entre las diez y las doce de la mañana, jamás esté en casa.

De todos nosotros, únicamente Herrero se peleaba con el silencio: en voz alta comentaba su sospecha de que Sasha tenía citas con un hombre. Eso tenía como causa el amor secreto de él, y como motivo las minuciosas preparaciones de ella.

—¿Cómo?, ¿ustedes no se dan cuenta de nada? —daba saltitos alrededor y ponía ante nuestras narices su opinión—. Deben de notar que ella quiere lucir extraordinariamente. ¡Escoge su ropa con cuidado, se maquilla y se peina durante un largo rato! ¡Incluso se pone la horquilla lunar![1]

Al principio, Sasha trató de explicar varias veces a Herrero que estaba equivocado, porque ella, simplemente, sentía una necesidad fuerte de pasar esas dos horas en el paseo. Sin embargo, como si ella misma no creyera en sus propias palabras, con insistencia buscaba en su memoria una señal que le explicara el propósito de sus extrañas salidas. Ni siquiera las frecuentes observaciones en el Espejo Occidental daban resultados. Como si en Sasha no hubiera mentiras, su imagen se reflejaba en el mismo extremo del lado derecho, donde habita la clara y cristalina, en la naturaleza por lo general muy poco frecuente, verdad.

Por supuesto, los enormes celos de Herrero no podían derretirse ante un consuelo tan débil. Enrojeciendo y empalideciendo, combinando la expresión mortificada de su rostro con la preocupación, se desesperaba continuamente:

—¡Necesidad! ¿La oyen? Sí, ¡cómo no! ¡Sale todos los días y a mi sueño no quiere entrar ni cinco minutos! ¡Oh, oh, siento que me estoy achicando! En vez de crecer, como lo prevé la Escritura, ¡yo me estoy

achicando!

Luego, cansado de refunfuñar, pasaba las horas de ausencia de Sasha sentado en el sillón, a veces agarrado de sus ijadas, a veces midiendo la longitud de sus brazos y de sus piernas con un metro amarillo de carpintero. Entonces, meneaba tristemente la cabeza, anotando los números, de seguro, penosos.

Así, cada día se repetía la ceremonia habitual, sin una sola equivocación, sin una palabra de excepción. Al escucharse la puerta principal por el regreso de Sasha, Andrei siempre preguntaba desde detrás del sofá, impaciente:

—¿Eta? ¿Eres tú, mi Eta?

—No, ¡regresa del paseo la persona que me quita el sueño! — siempre contestaba igual Herrero.

Sin embargo, Sasha no se ofendía por esos comentarios mordaces. Sin enfadarse con Herrero, porque carecía del talento de enfadarse, ella hacía sus labores domésticas cantando o con paciencia explicaba a Andrei que no había visto a Eta por ningún lado.

Y entonces, aquella mañana, cuando según el consejo de la tía Despina esparcimos desde el piso superior el contenido desgastado de los amuletos del año pasado, Sasha se retrasó y se fue al paseo casi cerca del mediodía. Regresó pronto, visiblemente perturbada. No contestaba a nuestras preguntas, sólo desenredaba con su mirada melancólica, la línea del horizonte enredada por la distancia. En eso, sonó el teléfono. Ella contestó sin palabras. Al dejar el auricular, las lágrimas rodaron por sus mejillas en pares:

—Murió el señor Polovski.

—¿Quién es el señor Polovski? —le preguntamos todos al mismo tiempo.

—No lo sé —contestó y siguió llorando.

Desde ese día Sasha ya no volvió a salir a sus paseos de la mañana.[2] Para evitar la llegada de las noticias tristes, por lo menos por un tiempo, la Silenciosa Tatiana escondió debajo del teléfono un diente de ajo.

[1] SOBRE LA HORQUILLA LUNAR Y LO DEMÁS

En una ocasión, a causa de la corriente del aire, la ventana que daba al patio se cerró tan repentinamente que el sorprendido pedazo de un largo rayo de luna no alcanzó a retirarse, así que cayó roto en el cuarto de reuniones. Durante la siguiente semana Bógomil, el más hábil de nosotros, hizo de ese pedacito de claro de luna una horquilla

y cinco pececitos para el acuario, guardando el resto, no más que dos puñados, en un pequeño frasco de pepinillos en vinagres y envolviendolos bien con celofán y una liga. Fue Andrei quien obtuvo el frasquito lunar para que lo iluminara detrás del sofá durante las noches nubladas. La horquilla fue para Sasha y los pececitos lunares se consideraban propiedad común.

2 LA INVESTIGACIÓN

Unos días después, atacado por una forma aguda de celos, justamente entre la cuarta y quinta costilla, Herrero emprendió una investigación acerca del señor Polovski. Sin embargo, aparte de un par de pensamientos aún frescos («Es tan, tan bonito esperar a alguien»), encontrados en el pasto del parque, no se podía jactar de otra cosa. Pero a pesar de que esas huellas de la existencia del señor Polovski eran ininteligibles, las trajo a la casa para limpiarlas por las noches, en el mayor secreto, de los múltiples significados y del olor embriagante de la hierba, así como para indagar su sentido con la mayor exactitud posible. De repente, toda la investigación se terminó de un golpe con la llegada de un sobre azul en el que se encontraba una breve carta:

«Estimado señor:

Esperar el amor impide la llegada de la muerte. Cuando uno desiste de esperar el amor, la muerte, como en mi caso, ocupa su lugar. Con la debida disculpa por haberme entrometido, sin querer, en el amor de Usted hacia Sasha, tengo que pedirle el favor de que devuelva los pensamientos que dejé en el otro mundo, allí donde los encontró. Esperando a Sasha, yo quería evitar la llegada de la muerte que (dicho sea de paso) es un acto formal e insignificante, después del cual el tiempo se pasa en el siguiente esperar o vivir el amor. Ya ve, ahora no hay razones para sus celos, aún menos para que siga hurgando entre mis pensamientos. Con la esperanza de que no le vaya a ser difícil cumplir con mi petición, de antemano le agradece

Polovski».

En ese mismo instante Herrero envolvió ese par de pensamientos del señor Polovski en una servilleta y los devolvió arrepentido al monumento a Orfelín. Desgraciadamente, a pesar de que le interesaban una serie de detalles acerca de la vida y la muerte, no le fue posible continuar la correspondencia con el señor Polovski; el difunto olvidó escribir su dirección en el reverso del sobre.

Bayaceto I (llamado también Yildarem) amaba a la hija menor del conde Lázaro, Olivera (llamada también Despina), más que a las demás mujeres suyas de origen noble griego, franco o selúcida. Hábil en las artes de la guerra, pero no en las palabras de amor, con el deseo de mostrarle su afecto, de distinguirla con algo de las demás sultanas, Bayaceto hizo llamar al celebérrimo orfebre Tarik, de la ciudad de Bujara, para que forjase un adorno digno de la belleza de Olivera. El maestro se encontró en gran aprieto puesto que el oro, la plata, el marfil, los rubíes, las perlas, el esmalte, los corales y el jaspe ya adornaban a las prisioneras del harén en Bursa, y nada de eso era digno de la hermosura de la nueva sultana. El plazo que Yildarem dio al orfebre se acercaba implacablemente. Y cuando éste ya se veía a sí mismo más bajo a costa de su cabeza, porque eran pocos los que sobrevivían el incumplimiento de un deseo del sultán, Tarik supo lo que debía hacer una mañana al amanecer, mientras atormentado por el insomnio observaba los entrelazamientos de los rayos de la luna que se iban con los rayos del sol que llegaban. Con las banderas festivas salió de Bursa una caravana hacia la tierra de Raška. Regresó diezmada por el largo y peligroso viaje, pero de las faldas de una montaña (por los infieles llamada Kopaonik) trajo una trenza hecha de brillos crepusculares del sol y de la luna. Tarik sabía que no había que corregir a la naturaleza, así que sólo hizo la hebilla y la sultana Olivera recibió una diadema digna de su belleza.

En Las memorias del jenízaro, *el cronista Konstantin Mihailovic´ de Ostrovica dice que en 1402, cuando los tártaros se llevaron la victoria en Ancira, Bayaceto I bebió un veneno para no ver cómo su sultana más amada servía a Tamerlán. La diadema de la luna y del sol de Kopaonik se quedó como premio en las manos de un turco, Aydin, quien salvó a Olivera de la esclavitud.*

Cuadro 10. Tarik de Bujara, *La diadema de la sultana Olivera*, los rayos solares y lunares de las faldas nororientales de la montaña Kopaonik, 1392, Topkappi Saray. Constantinopla.

AL ESCONDITE

¿Quién podría distinguirlo?, se preguntaba Andrei frunciendo la frente. Quizá era sólo un sueño pesado o, tal vez, lo sigue siendo. Primero era Eta quien se escondía. La encontré rápidamente detrás de la puerta. Luego se paró en el rincón que formaban el armario con manzanas encima y el armario con membrillos. Yo me escondí detrás del sofá. Y justo cuando ella estaba terminando de contar: «noventa y cinco, cien, ¡ea, voy!», un desconocido llamó a la puerta. Ni siquiera ahora entiendo: ¿cómo pudo olvidarse del juego? Le dijo a aquel hombre: «Bien, ¡vámonos enseguida!», y en el mismo instante abandonó la casa con él. Yo estaba sentado detrás del sofá pensando qué hacer. ¿Sería decoroso aprovechar su ausencia y así vencer? Hasta que Eta no regrese y continúe el juego —no tengo elección— tengo que estar escondido.[1]

[1] CÓMO SIGUIÓ DESARROLLÁNDOSE LA CONVERSACIÓN

Además, la conversación no era una conversación verdadera —hablaba sólo Andrei—. Nosotros callábamos, también escondidos tras el sofá, sólo, por hacerle compañía. Una capa de oscuridad crepuscular se asentaba sobre la otra: la noche se estaba espesando. El frasquito lunar, el artefacto de Bógomil, de dos manojos de rayos brillantes, aguantaba la oscuridad con valentía. Andrei preguntaba:

—¿Qué piensan?, ¿lo cubro con un pañuelo? Si Eta regresa, no le será difícil encontrarme con esa luz.

Dios, nadie sabía qué decir.

El lunes, después de esperar el regreso de Eta cinco semanas sin descansar, Andrei se durmió con un sueño tan profundo que Drágor y Bógomil sacaron el sofá de la casa sin despertarlo. Nuestro temor se hizo realidad. A pesar de que la pieza odiada del mobiliario ya estaba fuera del cuarto de reuniones, su sombra gris seguía cayendo sobre Andrei dormido. Eso confirmaba la terrible sospecha: ¡la sombra cuadrada en el suelo, no era el reflejo del sofá (a pesar de tener los contornos de éste), sino el reflejo del alma de Eta con sus bordes tajantes, con cuyo auspicio Andrei se había escondido imprudentemente y del cual no podrá salir hasta que la propietaria de la misma no regrese por lo que había dejado. Para ocultar ese terrible descubrimiento, Drágor y Bógomil devolvieron el sofá al cuarto de reuniones.

Cuadro 11. Herrero, *La sombra de Eta*, dependiendo de la posición del sol, las dimensiones naturales de un objeto se mueven aproximadamente desde medio pie cuadrado, hasta más de veinte pies cuadrados (la fotografía fue publicada junto con el texto: «Se busca a la propietaria para terminar el juego empezado. Reportarse urgentemente en la redacción llamar al número de teléfono adjunto»), «Suplemento de anuncios» (número 152), *El diario de la Ciudad* (número 1757).

LA FUERZA DE LA GRAVITACIÓN Y LAS DEMÁS COSAS DE CREENCIAS

El visitante tenía la piel color miel de acacia, los dientes blanco brillante, los dedos larguihábiles y el cabello negro zarzamora que se tocaba con sus hombros. Su nariz era estrecha, doblada hacia abajo, y los ojos color castaña y vivos. Sonreía con sinceridad y por eso supimos que su nombre era Drágor. Traía un hoyuelo en el mentón que lo protegía de balas y rayos, y abotonaba su ropa con flores secas de distintos colores en vez de botones. Sin embargo, lo que atraía miradas más largas no se encontraba en él, sino a su lado. Eran tres enormes baúles de barco, de los cuales sólo el tercero tenía las propiedades de un objeto normal. El primero, ¡oh, milagro!, flotaba unos diez centímetros por encima del suelo. El otro, ¡oh, milagro mayor!, a pesar de la misma firmeza del parqué en ese lugar, se hundía en el suelo tanto cuanto el primero flotaba.[1]

El visitante nos contó que estuvo trabajando en un circo y que se hartó de eso, y que al pasar por casualidad por aquí, le atrajo la originalidad de la casa que carecía de techo. Se interesaba en cómo habíamos resuelto el problema de la lluvia.

—¡Diablos, no pensamos en eso! —justo entonces se acordó Bógomil.

Drágor ató su cabello en la reflexión, volvió la cabeza hacia el cuarto de reuniones, miró por la ventana, se fijó en nuestros ojos, dijo que eso podría arreglarse y pidió quedarse un tiempo. Nadie tuvo nada en contra, pero cuando en el Espejo Septentrional él reconoció el espejo tripartito del tiempo (no pensó, como muchos hasta entonces, que se trataba de un espejo a medio quebrar), entendimos que tenía su lugar entre nosotros desde antes.

Luego, en honor a la nueva amistad, estuvimos relatando cuentos de todo tipo alrededor de una botella de aguardiente de albaricoque. Resultó que Drágor había viajado por muchos países y había visto y conocido toda clase de curiosidades. Reconociendo en nuestros ojos el frío de la incredulidad, decidió mostrarnos uno de sus milagros.

—¡Dénle la vuelta a los vasos con la bebida hacia abajo! —ordenó.

Nos negamos con la cabeza como si tratáramos de sacudir nuestros oídos de las palabras de Drágor.

—¡Sólo dénle la vuelta! —insistía él.

No podíamos regresar al tiempo pasado: obedecimos de mala gana, aunque sin decidir todavía qué era lo que más lamentábamos: el excelente aguardiente o la alfombra. Pero, ¡oh, sorpresa!, el líquido, como si estuviera clavado, se quedaba obstinadamente en los vasos. Drágor reía, y los botones de ranúnculos serranos se sacudían en su chaqueta.

—Es un detalle, un milagro minúsculo, queridos amigos. Mi fe en que el aguardiente no va a derramarse es más fuerte que la fuerza de la gravitación y la fe de ustedes en ella. Ustedes pueden hacer lo mismo, sólo se necesita un poco de ejercicio, no más de diez minutos al día.

Después de quedarnos observando a Drágor maravillados una media hora, emprendimos la preparación del plan general de la fe,[2] según el cual, entre otras cosas, ni la más fuerte tormenta podría hacerle daño a nuestra casa sin techo.

[1] TRES BAÚLES DE BARCO

El primer baúl, el que flotaba unos diez centímetros por encima del suelo, contenía la Levedad elemental. El otro, el que se hundía en el mismo, encerraba la Gravedad elemental. El tercer baúl de barco, el único que se comportaba de manera normal, estaba lleno del aire de la montaña Ararat, de libros, de piedras comunes, de muchas cositas de segunda mano, de todo tipo de objetos pequeños, de pájaros dormidos, de animalitos de plastilina, de botellas de agua, de cajitas, bultitos y paquetitos, de macetas con la planta de valeriana (el medio para la protección del mal de ojo), de macetitas con violetas de diferentes colores para los botones de las camisas de Drágor, de burbujitas de espuma, de canicas de vidrio de Murano, de rollos de mapas geográficos (?), de nubes de tamaño menor y de un montón de otros «objetos» parecidos. En él se encontraba, también, un espejo, algo de ropa, accesorios para la higiene personal y un libro particularmente grueso.

Toda su vida Drágor ha estado recolectando la Levedad y la Gravedad elementales en los primeros dos baúles, siempre cuidando que estuvieran en estricta proporción. No debía ocurrir, ni siquiera por un instante, que hubiera más Levedad que Gravedad. En tal caso, el hombre se volvería presa de los vientos tempestuosos como un globo multicolor con el hilo roto. Y viceversa, si el equilibrio se viera

seriamente amenazado a favor de la Gravedad, el propietario del baúl se hundiría en la tierra como un almirez se hunde en el agua potable.

A la pregunta de cómo se atrevió a elegir un pasatiempo tan peligroso, Drágor nos contestó:

—¿Y ustedes piensan que hacen otra cosa? ¿No recolectan también lo mismo? Quizá hay una ligera diferencia en el hecho de que yo guardo mi Levedad y mi Gravedad en los baúles de barco.

2 CÓMO SE EJERCE LA FE

Drágor nos explicó que podíamos ejercer bien la fe hasta con un artículo personal suyo: un espejo de viaje. Éste se cuelga en la pared y la persona que quiere creer se pone delante.

—¡Es completamente ordinario! —gritó decepcionado Herrero, que se ofreció primero para probar las instrucciones.

—Si tú lo dices, amigo, pero cuando yo estoy delante de él, no me parece así —sonrió Drágor—. Aprecio sus maravillosos Espejos Occidental y Septentrional. Sin embargo, la fuerza de este espejo está justamente en que es, como tú lo has dicho, ordinario. Si no reflejara la imagen real se trataría de una fe falsa.

Todos coincidimos en eso. Declaramos el espejo de Drágor el principal Espejo Meridional y fijamos un clavo en la pared correspondiente del cuarto de reuniones. Debajo se puso una mesita con un cuaderno y un lápiz. En la cubierta del cuaderno Bógomil escribió: «Archivo de verse en el espejo», y ató el lápiz con un cordón a una pata de la mesita. Además de las llaves, lo que más les gusta robar a los malos espíritus (quién sabe por qué) son precisamente los lápices.

Es poco conocido que además de estar enamorado de pañuelos perfumados y pelucas rizadas, el rey Luis XIV era apasionadamente devoto también del simple juego de canicas. Un secretario particular en el servicio del gobernante cuidaba del campo de juego en la parte más bella del suntuoso parque de Versalles (con un decreto especial el rey había determinado la longitud del terreno equivalente a sus cien pasos), con regularidad hacía adquisiciones de las costosas esferas de Venecia (el rey jugaba exclusivamente con las canicas hechas del vidrio color naranja de Murano), y era responsable de las dimensiones del pequeño hoyo cavado en la tierra (el diámetro decretado era de dos pulgadas del rey, ni un padrastro más ni un padrastro menos).

Sin embargo, a la hora del torneo de canicas de mayo, Luis XIV estaba afligido. Los eclesiásticos rehusaban participar por desprecio al polvoriento juego plebeyo. Entre los nobles no había ningún rival suficientemente valiente u orgulloso, porque todos esperaban que su derrota iba a merecerles por lo menos un pequeño favor del rey. Los ministros panzones no servían para nada y sus exageradas adulaciones en coro sólo provocaban el asco («Voilà! Bravo, bravooo! C'est magnifique! C'est le coup de roi!»). Las damas de honor, por supuesto sobra decirlo, ponían atención únicamente en sus propios escotes.

Por la noche, en alguno de los salones saturados de la soledad dorada de Versalles, Luis XIV miraba sus alegres esferas anaranjadas. Devolviéndolas a las bolsitas de peltre, uno de los gobernantes más poderosos del mundo tristeaba. Qué bien ajustadas están las lengüetas de la balanza invisible: a pesar de que él era todo (y el Estado, nada), no podía ser niño.

Cuadro 12. El taller de los hermanos Zancchino, *Las canicas de Luis XIV*, vidrio con matices color naranja, diámetro de 2 cm, segunda mitad del s. xvii, Museo de Cristal, Murano.

LA OBERTURA

—Esther, una conocida del cine —dijo brevemente Bógomil, introduciendo a la chica en el cuarto de reuniones.

—¡Hola, Esther! ¡Bienvenida, Esther! —nos presentamos amablemente.

—¿Lo he oído bien?, ¿del cine? —preguntó Herrero con una voz cargada de significado—. La señorita es, por lo tanto, una persona de arte. Doy gracias a Dios, mis oraciones han sido escuchadas, ya no voy a estar tan solo en las cosas que aprecio. Usted me entiende desde luego. Los amantes del arte tienen que ayudarse mutuamente.

—Sí —dijo la invitada un poco confundida—. Pero no creo que yo vaya a serle de gran utilidad, en cuanto al arte, a mí me gusta únicamente el famoso actor Augusto.

—¿Es una profesión bonita? —también Sasha se incorporó a la conversación.

—Se puede decir que el cine es una profesión hereditaria en mi familia. Mi mamá se dedicaba a lo mismo —explicó la invitada.

—¿Su madre era actriz? —de nuevo se interesó el incorregiblemente curioso Herrero.

—No en el verdadero sentido de la palabra, a mi mamá le gustaba *El canto de las sirenas*,[1] ¿conoce esa historia de nadar entre racimos de orquídeas? —parpadeó Esther—. Y a mí, pues, me gusta Augusto. Es un gran actor, una verdadera estrella. He visto todas sus películas hasta diez veces cada una y conozco todo acerca de él. En mi muslo derecho tengo un lunar en forma de grano de granada. Realmente es de la misma forma que aquél de la película *El verano en noviembre*.

—Querer a un actor es una profesión muy bonita —se enterneció Herrero.

—En esa película hay una escena famosa donde Augusto come una granada y sufre terriblemente porque está enamorado de una mujer casada. Ella lo ama también, pero no puede dejar a sus hijos…

—¡Qué triste es eso! —se quedó pasmado Herrero mientras sus ojos se escapaban hacia su frente.

—¡Realmente triste! —afirmamos todos prestamente asintiendo con la cabeza.

Hubo una breve pausa.

Los pececitos lunares nadaban invisiblemente en el acuario (porque era de día). Andrei hacía ruido detrás del sofá, hojeando el *Horario del transporte terrestre, marítimo y aéreo de los países mediterráneos*. Quería memorizar la hora de llegada a la Ciudad de todos los trenes. La esperanza no lo abandonaba: Eta iba a regresar, tal vez justamente en uno de esos trenes. Drágor golpeaba con los dedos las cubiertas de un libro grueso. Herrero se fijaba en su Punto de Reflexión.[2] La Silenciosa Tatiana estaba callada. Bógomil se levantó a traer el clarinete. Sasha se volvió hacia Esther.

—Para acompañar la tristeza o la alegría, por lo general, servimos la música —explicó.

—Gracias, voy a tomar un poco —dijo Esther, y se quitó el cabello de las orejas.

Bógomil regresó con el instrumento en las manos. Clavó sus piernas en el piso y los ojos en el techo del cuarto de reuniones. Empezó a tocar…

[1] EL CANTO DE LAS SIRENAS

Incluso un conocedor de nudos medianamente informado puede encontrar sin problemas la trama formada por la hebra de la famosa obra de George Sidney El canto de las sirenas (con Esther Williams en el papel principal), y la hebra del nombre de la conocida del cine de Bógomil. Realmente no es difícil adivinar cómo Marlene le dio a su hija el nombre de Esther, justamente por la actriz del melodrama que tanto le gustaba. Sin embargo, dicho nudo no se llama *El canto de las sirenaspara* llamar la atención sobre la moda de aquel entonces. Lleva este nombre, es decir, se anudó de esta manera (así como el agua se anuda alrededor de los pies) cuando Marlene, abandonada por su marido, el papá de la entonces pequeña Esther, una mañana primaveral entró decididamente en el agua del Río Ancho.

Dos testigos casuales, dos pescadores que destrenzaron a Marlene de las olas, afirmaron más tarde, concordes, que desde su primer movimiento se veía que esa mujer no era una nadadora. A decir verdad, tampoco se veía como una suicida. El primer pescador incluso consideraba que la ahogada sí se estaba ahogando, pero (añadió con la agudeza de los que viven junto a un río) al mismo tiempo nadaba en las nubes que se reflejaban en el agua.

—Cuando al final desanudamos el ovillo del agua y del cuerpo, cuando la sacamos a la orilla, ya era demasiado tarde —dijo el más locuaz—. Los cangrejos de río ya le habían atado la mirada por

completo, y eso no tenía remedio. En la mano izquierda apretaba una concha, señal segura de que había estado en el fondo y que había visto el castillo de cristal del Dios del Agua, el castillo que ningún ser vivo puede ver.

—Eso es casi todo —terminó el primer pescador—. Lo único que no comprendimos es de dónde la desdichada tenía en su mano derecha una flor de orquídea violeta.

El pequeño misterio tampoco fue esclarecido por el grupo de prestigiosos biólogos que durante los tres meses siguientes estuvieron buscando, sin éxito, las mencionadas flores exóticas. Las orquídeas, por supuesto, nunca antes ni después de aquella mañana habían crecido en esa zona.

2 LA GALAXIA DE LOS PUNTOS DE REFLEXIÓN

El punto de reflexión es un punto final y minúsculo de las miradas perdidas, el punto terminal donde empieza el infinito de espacios fantásticos. Lo posee toda la gente, pero muchos no son capaces de verlo. Para ellos, dichos espacios extensos quedan para siempre inaccesibles. Para los otros, sin embargo, las extensiones se expanden una tras otra y por ellas se vaga, se investiga o simplemente se pasea. Los Grupos de Puntos de Reflexión forman una galaxia del mismo nombre que es más grande que cualquier sistema estelar hasta hoy día conocido. (Según la *Enciclopedia Serpentiana*, capítulo «El hombre fuera del cuerpo».)

En el otoño de 1936 se decidió trasladar a los cerca de quinientos «internos» a otro campo de trabajo. Exhaustos por la caminata de tres días sobre la estepa congelada, finalmente llegamos hasta la balsa en la orilla de Yenisei. Con gritos y golpes nos dividieron en varios grupos. Yo me encontré junto a uno que llamábamos Ivanushka de Crimea. Era un chico larguirucho y callado que no se doblaba ante los capataces, por lo que los más experimentados decían que alguien así no podía aguantar mucho aquí.

Yenisei espumaba con furia. El norte nos arrancaba sin misericordia la última pizca de calor que llevábamos en el pecho desde las barracas del campo anterior. Pero a mitad del río, el que estaba junto a mí, Ivanushka de Crimea, se quitó sus guantes, los metió en mis manos y susurró:

—Vamos, Pintor, tómalos, a ti te van a servir.

Todo lo demás sucedió muy rápido: se pasó al otro lado del bajo borde de la balsa, se encontró en el agua y dio algunas brazadas temiendo tal vez que alguien lo sacara de su salvación. Por un momento parecía que su escuálido cuerpo era demasiado ligero para el río pesado. Sin embargo, el agua se dividió y se anudó de nuevo, le trenzó los miembros y lo jaló para abajo.

Mientras esperábamos que el noveno o décimo grupo cruzara el río, el caprichoso Yenisei sacó a Ivanushka de Crimea a la orilla. Allí, a algunos pasos de nosotros, él apretaba con una mano una concha, la señal segura de que había estado en el fondo y que había visto el castillo de cristal del Dios del Agua. En la otra mano, y eso no lo voy a olvidar nunca, tenía una rosa amarilla (un capullo de rosa de pétalos aterciopelados, de la especie que crecía en Crimea, y por supuesto no en Siberia, ni antes ni después de ese evento). Alguien en voz baja decía como si leyera una oración:

—Queridos míos, no lloren. Queridos míos, no disuelvan con lágrimas este color amarillo en la mirada. Queridos míos, no lloren, recuerden.

Cuadro 13. Konstantin A. Tarasiev, La rosa siberiana, acuarela, 60 × 40 cm, 1949, propiedad de la familia Yegorov, Odesa.

LA SILENCIOSA TATIANA

Quedó para siempre envuelto en la neblina el hecho de si Tatiana alguna vez supo nuestra lengua. En realidad, nadie jamás notó una palabra en sus labios. De vez en cuando asentía con la cabeza o, en señal de negativa, movía la mano de izquierda a derecha. Cuando estábamos tristes o alegres, se entristecía o se alegraba junto con nosotros. Pero, aparte de escuchar con atención, ella no participaba en las conversaciones, por lo me—nos no de la manera usual. Ella hablaba con la longitud y la manera de mirar, con el sosiego o la inquietud de sus manos y con la postura del cuerpo, con su presencia imperceptible o su ausencia faltante. Hablaba con su manera de respirar y con la lisura o la aspereza de su frente. Hablaba, de vez en cuando, con el canto.

Es decir, la Silenciosa Tatiana a veces cantaba. Las palabras de esas canciones estaban en una lengua extranjera y, aunque nosotros no entendíamos ni una sola letra, nos parecía que en el mundo jamás hubo una mejor manera de comunicarse. Tatiana cantaba de tal manera que los vasos de vino no podían aguantar el espesor de su voz. Donde fuera que estuviera, la tía Despina hacía esfuerzos para llegar a su tercio del Espejo Septentrional para oírla. El lado izquierdo del Espejo Occidental, en el que habitaba la mentira, por el momento enceguecía. A los pensamientos les crecían alas de plumas más pintorescas. La gente se salía de sí misma. Y todo así…

Tatiana cantaba majestuosamente. En la ceremonia con motivo de la destrucción del techo, se puso en medio del cuarto del primer piso recientemente descubierto, echó su cabeza hacia atrás y soltó su voz. Miraba hacia el cielo, en su cara redonda brillaba una sonrisa, leve como una felicidad grande, y de su cuerpo macizo nacía el canto. Tal vez a los suspicaces les parecerá exagerado, pero nosotros sabíamos que las estrellas se congregaban encima de nuestra casa sin techo por el canto de Tatiana.

Aunque desde estas latitudes, según los datos vigentes de la Unión Astronómica Internacional, es posible ver únicamente cincuenta y tres constelaciones, el Observatorio Astronómico de Belgrado recientemente registró un fenómeno asombroso: cuando la Silenciosa Tatiana canta, todas las ochenta y ocho constelaciones se reúnen en nuestro cielo. El fenómeno aún no se ha estudiado suficientemente, pero se cree que está basado en el así llamado efecto de «contracción». Se trata de un proceso conocido en la teoría musical: gracias a la composición que está escuchando, el oyente tiene la impresión de que dentro de él tiene lugar el cosmos. Por eso, gran número de autoridades mundiales considera que así como es posible que dentro de un hombre, a causa de la música, se congregue el universo, de la misma manera es probable que en un cielo, por las mismas razones, se reúnan todas las constelaciones. A pesar de que aún no hay resultados oficiales sobre este fenómeno, ya se percibe desde ahora (y desde esta distancia) un nuevo vínculo, muy importante, entre el hombre y las estrellas.

Cuadro 14. *El fenómeno ochenta y ocho*, mapa de la distribución de las constelaciones encima de la casa sin techo, 1991, Observatorio Astronómico, Belgrado.

EL DÍA TITÁNICO O ACERCA DE LA PERMEABILIDAD DEL ALMA

Es divertido observar el afán de Herrero por la pintura. Todo él enrojece, su lengua lame de forma acelerada sus labios secos, sus manos tiemblan visiblemente por la inspiración creativa.

—¡Mi sangre corre a cien por hora! —exclama excitado, palpa brevemente su pulso y sigue cubriendo la tela de colores con amplias pinceladas. Por todas partes están regados los blancos nubeslejanas, azules fondodelmar, negros verdaderoterror, verdes pastocubiertoderocío y amarillos puestadesol. El rincón donde trabaja el artista tiene el aspecto del caos original. Sin embargo, en vez de que de ese desorden de elementos emerja un mundo nuevo, todo el revoltijo se complica cada vez más y al final obtiene el irremediable aspecto de una mancha. Herrero está todo agujereado por el dolor. Su delantal de pintor está cubierto de sangre rojobetabelcortado. Sus ojos parecen lavados por lágrimas y todo él se ve bastante disminuido.

—En la casa me siento inhibido —se da cuenta—. A partir de mañana me dedico a los paisajes.

Así, al despuntar el alba, el autodenominado maestro carga en su espalda todo el equipo y baja decididamente hacia el río. Regresa cogido del brazo de los últimos suspiros del día, con el ánimo más oscuro que la misma oscuridad de la noche entrante. El paisaje que hizo se parece únicamente a una mancha fea de petróleo.

—¡Este día lo llamaré «El Titánic»! —dice afligido, sosteniendo su cabeza—. Soy un hombre hundido, ¡ésta es mi derrota definitiva!

—¡Tonterías! —le grita Drágor hojeando un libro grueso—. Simplemente no eres capaz de expresarte a través de la pintura. Helo aquí, en el capítulo «De la permeabilidad del alma humana», la *Enciclopedia Serpentiana*[1] dice: «Hasta hoy no han sido descubiertas las leyes de la permeabilidad de las almas humanas. Mientras en unos, como por un tubo, todo lo que entra enseguida sale, sin ennoblecer una sola parte de su alma, en otros, todo lo que cae dentro de ella jamás sale por un pedacito siquiera, como si allí topara con una placa de granito. Algunas almas humanas dejan pasar sólo algunas cosas, pero nunca según determinadas leyes, o por lo menos no según las

leyes conocidas por nosotros. El mecanismo de otros consiste en cristalizar la esencia de los fenómenos entrantes y rechazar lo periférico. Unos más dejan ir al mundo justamente la esencia, mientras que dentro de sí guardan celosamente, quién sabe por qué, los elementos insignificantes. Con múltiples síntesis y análisis, y mediante procesos misteriosos, las almas dejan pasar algo o detienen lo mismo, haciendo de esa manera que la gente sea diferente».

De las palabras de Drágor nacen en los ojos de Herrero los colores de consuelo. Por una pizca de azulcieloprimaveral más calmado, enciende la pipa y despacio recoge el equipo desparramado.

Al pasar junto al Espejo Septentrional, el que mantiene los tres tiempos juntos como si se tratara de un simple ramo de flores silvestres, Herrero se detiene por un momento. De todo el ex pintor, en la parte del espejo que muestra el presente, por allí donde se encuentra el alma, se ve un diminuto pero bonito paisaje.

[1] LA SERPENTIANA

Vista desde fuera, la *Enciclopedia Serpentiana* es un libro un poco grueso y encuadernado en piel de serpiente. En su tapa está escrito en caligrafía sólo el título, sin el nombre del autor, año o lugar de publicación. No obstante, al abrir el libro, su aspecto ordinario revienta como los más grandes zepelines. A pesar de que la *Serpentiana* tiene un número visiblemente finito de páginas, el contenido de sus entradas es infinito. La enciclopedia se abre siempre en el capítulo que es importante para el lector. Entonces uno concluye, no sin asombro, ¡oh, oh, oh!: la *Serpentiana* no tiene ¡comienzo, medio, ni final! En ella se encuentra únicamente lo que se lee en ese momento. Su serie infinita e incomprensible de conceptos corre conforme al ansia real del lector por el conocimiento.

Hasta el momento en que detrás del primer montón de fajos y libros apareció el dueño, Drágor tuvo tiempo de examinar una parte del cuarto hexagonal de la librería en la que se encontraba. Rodeadas de una treintena de repisas (cinco en cada pared), ahí estaban pilas de pergaminos, papiros y papeles, plumas rotas de ganso y de pájaro del fuego, frasquitos de vidrio soplado, cuencos de cerámica, marcos en los que se secaba piel de serpiente, pequeños haces de portaplumas de junco, raspadores de hueso, leznas, agujas e hilos, miles de papelitos con apuntes… (En la crónica de viaje *El jardín de los senderos que se bifurcan*, el peregrino J. L. Borges no registra la existencia de los objetos contados, pero a juzgar por algunos detalles, es completamente justificada la duda: ¿no será el espacio descrito uno de

los cuartos hexagonales del panal disperso de la Biblioteca de Babilonia?).

—Ves, yo sigo trabajando a la antigua —añadió desde el fondo de la habitación el Anciano y se dirigió lentamente hacia Drágor.

Dos lámparas brillaban con la luz mortecina, pero se podía ver bien que él estaba manchado, desde las puntas de sus simples sandalias hasta la canosa cabeza, de colores rojo y marrón. Si no hubiera sido por aquel rostro agradable y rosado de un viejo y por la voz tierna y temblorosa, tal vez Drágor habría huido por miedo.

—Afortunadamente, la imprenta de hoy no es tan perfecta —dijo el Anciano al acercarse por completo—. Además, ¡cómo se podría elaborar en una máquina un palimpsesto!

—¿Palimpsesto? —repitió Drágor.

—Sí, palimpsesto —sonrió el Anciano—. El libro con un número infinito de textos, escritos unos encima de otros, pero de manera que siempre puedan leerse todas las palabras anteriores y futuras. Es verdad, debes saberlo, que algo de ese contenido puede encontrarse también en otras formas diferentes, como los libros comunes, pero en ninguna parte estará todo en un mismo lugar como en estos tomos con tapas de piel de serpiente.

—¿En éstos? ¿Son todos iguales? —sólo entonces Drágor notó la sorprendente uniformidad de tamaño y aspecto de todos los libros en los estantes.

—Lo son y no lo son. Todos tienen la misma encuadernación, todos llevan el título *Enciclopedia Serpentiana*. Si no me he equivocado en la transcripción, todos tienen el mismo contenido infinito. Pero cada uno es diferente, justamente en lo que difieren los lectores que los estudian. Yo soy el único que aún sabe hacer algo así —contestó orgullosamente el Anciano y dio un paso hacia uno de los estantes.

El aire en la librería era embriagador, saciado de evaporaciones de los preparativos, de olor a piel curtida y agua de ceniza de roble. Parecía que el Anciano se había olvidado de Drágor: durante un largo rato estuvo revisando las filas de libros «idénticos».

—¡Aquí está el tuyo! —exclamó de repente, volviéndose con uno de ellos en sus manos—. Te pertenece justamente éste, ésta es tu *Enciclopedia Serpentiana*. No vas a poder entender algunas de sus entradas, otras te parecerán banalmente simples, y otras tantas comprenderás sólo después de muchos años. De todos modos vete con ella y mándame, a cambio, el libro que yo no tengo y tú de momento tampoco, pero no seas soberbio y pienses que incluso ése, de alguna forma, no exista en la *Serpentiana*.

Con estas últimas palabras, el Anciano puso la enciclopedia en las manos de Drágor, dio media vuelta y desapareció en la penumbra del

cuarto hexagonal. Las lámparas débiles no permitían ver, pero se podía escuchar con claridad que allí él seguía llenando las páginas con plumas chirriantes.

Más tarde, al no estar satisfecho con el recuerdo de la conversación con el Anciano, a Drágor se le ocurrió buscar la solución de la infinitud y, sin embargo, totalidad de los textos de la *Serpentiana* en ella misma. Después de un largo análisis de muchas entradas nebulosas, tras las innumerables páginas de misterios, por casualidad se topó (¿será por casualidad?) con una iluminación muy poco clara de la cual comprendía apenas una parte menor:

…sosteniendo este libro
bajo tus dedos sientes el frío
de la piel serpentina
de la uróboro,
cuya entrada eres también tú,que lees esto,
que estás en la búsqueda
de ti mismo,
que viajas tras ti mismo,sin ser consciente
que también tú eres el muerdecola,
con el principio y el findesconocidos…

Cuadro 15. El Anciano anónimo de cara rosada y voz tierna, *El dibujo de la serpiente uróboro*, detalle de la iluminación de la *Enciclopedia Serpentiana*, 6 × 13 cm, año de elaboración desconocido, propiedad de Drágor.

DIEZ MILLONES DE CAMINOS ANCHOS DE ESPERANZA

A cambio de la segunda edición, significativamente ampliada y completada, de *En globo por el mundo de Lión* (del año 1892), por fin llegó el *Horario internacional de transporte*, de Edward Sam, una rareza entre las publicaciones de esa clase y un sueño para todo coleccionista serio. De esa manera, con este ejemplar sumamente valioso, adornado con ideogramas de vagones, buques de vapor y aviones, el número de libros en la biblioteca de Andrei se elevó a mil trescientos quince títulos exactos.

Podemos afirmar con toda libertad que no había lugar mínimamente significativo en el globo terráqueo que fuera omitido en alguno de los numerosos tomos sobre las llegadas y salidas de medios de transporte. Esa biblioteca, no muy grande, pero cuidadosamente seleccionada, de guías de viaje, de portulanos, de itinerarios, de horarios de trenes y de vuelos, de listas de trasbordos y de horarios marítimos, de catálogos de paradas, de manantiales de agua potable y de vados sobre ríos, abarcaba las regiones más remotas, incluso ciudades y países desaparecidos o inventados. De las ediciones de bolsillo y de las enciclopédicas, de los incunables, de folletos y de guías modernas era posible enterarse cómo llegar hasta Southampton, Atlántida, Herbiópolis, Urus, Lvov, Macondo o cualquier otra población en cualquier latitud. La caravana para Kartum partía los miércoles, de noche se podía llegar hasta el Mar de la Claridad, en la Luna, en naves de papel con velas cubiertas de versos, y según un anciano medieval la lancha de Caronte cruzaba la Estigia cada cuarto de hora (para que el alma no se quede esperando en la orilla, hay que estar abriendo las ventanas en el cuarto del difunto con el mismo intervalo).

Sentado detrás del «sofá», en medio de un imperio de series de números y nombres de lugares lejanos, rodeado de todos esos libros aparentemente fríos, Andrei leía sin descanso, estudiaba, subrayaba, sumaba etapas y en voz alta repetía y relacionaba los hechos. Conocía ya más de diez millones de maneras para llegar de las diferentes partes del mundo a la Ciudad. Confiaba en el igual número de

posibilidades de que Eta regresara con él. Cada instante, en algún lugar, algún barco zarpaba, algún avión despegaba, algún tren llegaba a su estación. En cualquier instante Eta podía partir a su encuentro y era natural esperar que en cada momento, quizá justamente en éste, podría estar en el umbral de la casa sin techo. Si ha partido del Oriente, estará aquí para ver el rocío; si lo ha hecho desde el Occidente, no se perderá el encuentro con el mediodía; desde la dirección del Sur, llegará a oír la puesta del sol; si viene del Norte, tal vez ya está escondiéndose para continuar el juego del escondite comenzado.

Aparte de estar ocupado investigando las posibilidades del regreso de Eta a la Ciudad, Andrei había arreglado su biblioteca de una manera particular. Detrás del «sofá» estaban las firmes atalayas de pastas duras, se extendían paredes de tapas plastificadas y se erguían audazmente torres de ediciones maravillosas, ribeteadas con oro. ¿Habría que repetir?: hacia esa fortaleza llevaban desde todas las direcciones por lo menos diez millones de caminos anchos de esperanza.[1]

[1] ANATOMÍA I

Por supuesto, para acercarse a un hombre hay que pasar fortificaciones, canales, senderos, puentes móviles o inmóviles, pasos secretos, parques, anchos caminos, jardines… Se pueden sacar muchas conclusiones sobre uno según las cosas que lo rodean. Alguna gente se fía más de la defensa, así que no deja pasar hasta su puerta ni siquiera a un conocido. Otros, a su vez, sin preocuparse por un peligro posible, viven al aire libre, sin ninguna protección u obstáculo, sin ocultar, ni siquiera de los viajeros casuales, los aposentos más misteriosos de su personalidad.

En concordancia con lo arriba mencionado, perdura la disputa secular de los partidarios de accesos cerrados con aquellos de accesos abiertos. Los primeros hacen advertencia recordando el cuento sobre un gobernante de la ciudad de Heidelberg. Este ingenuo entró en la historia derribando las murallas de su castillo para ampliar el parque. Pagó su valentía con la muerte como esclavo del señor del feudo vecino, quien lo había atacado vilmente pronto después de su acto irreflexivo. Los otros invocan la misma historia, pero del gobernante de Heidelberg hablan como de un hombre de corazón abierto, amante de la naturaleza y de la vida libre, sin bardas.

Aparte de lo expuesto y para obtener una imagen bastante completa en nombre de la verdad, hay que mencionar también a

muchos de los que se rodean de accesos falsos. Es decir, no es raro que detrás de unos muros de varios metros de grosor, grises y cubiertos de zarzas, uno se tope con suntuosos palacios barrocos, llenos de adornos a guisa de encajes y ventanas abiertas. Por supuesto, muchos saben que tampoco es inusual después de un par de kilómetros de un parque perfecto, salpicado de fuentes y esculturas doradas, toparse con las ruinas que apenas insinúan alguna forma.

Azotados por el resplandor del sol, los costados del barco brillaban en medio del campo. Muchos de los reunidos habían hecho antes barquitos de papel para soltarlos río bajo, cargados de ofrendas para el dios del agua Varuna. Sin embargo, un barco de papel tan grande, tan vasto como para albergar veinte elefantes, más esbelto que las pilastras de Ashoka, más blanco que la leche de una primípara, hasta entonces nadie había visto. Miles de ojos con curiosidad esperaban la llegada de la noche: la hora de la botadura.

El barco ya estaba cargado con comida, mapas, flores y todo aquello que se necesita para un viaje largo. Los voluntarios se despedían de los parientes. Únicamente faltaba poner la vela de papel sobre la cual los calígrafos más versados estuvieron escribiendo, durante medio año, los versos amorosos de los mejores poetas. Según los planes de los constructores del velero, dichas velas iban a ser más anchas de lo que realmente eran y capaces de recibir más viento.

Cuando la luna cubrió el día de plata, prendieron los fuegos. El murmullo se calló, se oía cómo la cebada maduraba en el valle vecino. En el barco, los marineros tiraron de las maromas unánimemente y la vela se izó con un sonido parecido a un aleteo. El viento tocó los versos escritos, el barco se meneó a la izquierda, luego a la derecha, los soportes se cayeron, el casco se irguió medio metro, luego se quedó indeciso y el barco de papel zarpó. Alguien empezó a tocar la cítara, sonaron tambores y gongs, la gente reunida saludaba con las manos, y los viajeros vertían desde la cubierta manojos de pétalos de flores.

El barco subía cada vez más. Su proa estaba dirigida hacia la constelación de Puppis, más o menos por donde queda Nandana, el bosque celeste del dios supremo Indra. El barco de papel cortaba decididamente las olas de la bóveda celeste. Aun cuando apenas se lo divisaba en el azul, incluso cuando ya había desaparecido del horizonte, desde algún lugar de arriba, siguieron cayendo al campo los manojos de pétalos de flores hasta la mañana siguiente.

Cuadro 16. La Escuela Kangra, *La botadura*, miniatura del manual *Acerca del navegar por el cielo*, 7 × 4 cm, alrededor de 1700, Museo de Viajes, Delhi.

?

¿Qué es lo que esconde esa caja de Drágor? En ella debe de haber algo especialmente valioso, ya que, desde la distancia de tres miradas, vemos que es preciosa.

En realidad, hoy día es muy difícil encontrar esa clase de trabajo aun en las tiendas de antigüedades especializadas en artesanías orientales. Los complejos motivos botánicos están hechos de hilo de oro y piedritas color café, rojo, amarillo y verde oliva —todo incrustado con clavos en la madera de rosal—. Los ornamentos, entretejeduras, trenzas y urdimbres de las ramitas y hojitas estilizadas advierten que ante nosotros está la obra de un maestro de habilidad suprema. ¿Qué contendrá, por lo tanto, esta preciosidad?

Drágor, por supuesto, nota las grandes dimensiones de nuestra impaciencia por descubrir el contenido de la caja. Incluso se divierte atizando nuestra curiosidad: nos habla de las dificultades de su elaboración, de su supuesta procedencia de un famoso taller de cajas de Bagdad (del reinado de la dinastía de los Abasidas). La piedra se adquiría en los Balcanes a cambio de perlas (la única piedra que no perdía color en el sol) y la madera de rosal se cultivaba en los patios de los harenes de los califatos (regada con las miradas de las mujeres más apasionadas).

Estamos esforzándonos por escuchar a Drágor, pero cada minuto se nos hace más y más difícil, la curiosidad colma los oídos: ¿qué contiene la caja árabe? Herrero nerviosamente tamborilea con los dedos, las mujeres simplemente no quitan la mirada del objeto de nuestros tormentos y, en contra de su costumbre, hasta Andrei se asoma detrás del «sofá». ¿Qué esconde esa caja maldita?

Entonces, al borde inferior de la tarde, cuando el reloj ya empieza a detenerse, Bógomil no puede aguantar más. Pasando aparentemente desinteresado junto a la mesa, de repente se acerca, pálido de excitación, como si fuera a enfrentarse directamente con un cíclope, y con la mano temblorosa levanta la tapa. En el siguiente instante, sin cuidarnos de un posible peligro, nos acercamos corriendo también nosotros…

¡Ay! ¡Qué decepción! ¡En la caja no hay nada! Cierto, está forrada

de seda púrpura, pero en ella se encuentra una simple ¡nada!

Drágor sonríe, mientras nosotros protestamos:

—¡Oh!

—¡Vaya!

—¡Dios mío!

—Engaño, ¡eso es lo que hay en ella!

Sin dejar de sonreír, Drágor nos explica: la caja no estaba vacía, en ella estaba el Misterio, he aquí que la seda está un poco arrugada y aún caliente, pero como la hemos abierto… Por la concurrencia de circunstancias, él tiene otra caja más.

Después de sus últimas palabras, todos, hasta entonces cabizbajos, nos erguimos. Drágor quita la caja árabe y del baúl de barco normal saca otra caja. Lleva unas letras desconocidas por nosotros. Intercambiamos miradas significativas.

¿Qué esconderá esa caja nueva?[1]

[1] LOS VELOS DE AZUL CELESTE

El inusualmente despejado año de 1892, el acaudalado comerciante P. M. Tretiakov dona su colección de objetos artísticos a la ciudad de Moscú, donde más tarde se funda la galería que aún hoy día lleva su nombre. Tras un siglo de existencia, la Galería Tretiakov adquiere el epíteto de una de las más famosas del mundo. Muchos turistas nacionales y foráneos visitan diariamente una parte de las cuarenta mil piezas, pero donde todos se detienen más es en la sala más cuidada de la galería, en la cual, por deseo del fundador, están expuestas las pinturas cubiertas con telas de azul celeste. Lo absurdo para alguien imprudente es que la mayor atención la llaman las obras que, en realidad, no se pueden ver. Los velos de las pinturas no se quitan ni para los historiadores de arte, y ni siquiera los mismos curadores saben qué es lo que se esconde detrás. Sin embargo, ésta es una de las exposiciones de Tretiakov de la cual existe el mayor número de estudios: almanaques, ensayos iconográficos y reseñas. Las pinturas bajo los Velos de Azul Celeste no excitan únicamente la imaginación de los visitantes comunes, sino también la de los científicos y a menudo inspiran otras obras de arte. Por consiguiente, es una suerte que todas las polémicas hasta ahora (sobre si habría que develar las pinturas o no) hayan terminado en la postura de que la exposición tiene un valor incomparablemente superior mientras está bajo las fundas Azul Celeste. El que tal vez escribió mejor acerca de ese valor inmensurable fue el teórico francés de Bellas Artes, E. Fouché. En el prólogo del catálogo con motivo de la visita de la

exposición de los Velos de Azul Celeste a París, durante octubre-noviembre de 1930, éste destaca: «Está claro que en los tiempos de su benefactor no pudo haberse tratado de conceptualismo; Kazimir Malevich aún no estaba creando en ese entonces, pero P. M. Tretiakov (al obligar a las futuras generaciones a no quitar los velos) expuso justamente de manera conceptualista: el Misterio tiene que existir, sin su bóveda, este mundo sería un páramo quemado en el cual no se daría el árbol más importante, el imprescindible árbol de la interrogación».

Con el fortalecimiento del cristianismo, el culto de la diosa Isis va perdiendo lentamente sus bastiones a lo largo del Mediterráneo, y en el siglo IV *se apagan hasta los últimos santuarios en su protopatria, Egipto. Retirándose ante la nueva religión por el valle del río Nilo, los partidarios de la secta encuentran refugio en Nubia, hasta el siglo* VI, *pero de allí los expulsan también, primero al país Qus y luego al país Punt, actual Etiopía. Finalmente, los pocos que sobreviven a las crueldades del destierro y a las dificultades del viaje, logran asentarse en el suelo árido y bajo el cielo fecundo de la lejana planicie de Ogaden.*

Sólo algún misionero, aventurero, comerciante de especias extraviado o cazador de mariposas raras atestiguaría en los siglos venideros la existencia de una comunidad aislada que celebraba el culto de la diosa Isis. Según los testimonios preservados, la tribu se caracteriza por su fidelidad a la naturaleza, el desprecio de los valores materiales, el arte de soñar las estrellas y la habilidad para tocar los sistros. Hospitalarios, como suelen ser los que probaron la amarga planta del destierro, reciben a los forasteros con el agua enfriada en el claro de luna y los panecillos espolvoreados de sol. Como una señal de honor especial, muestran a los extranjeros aún la máxima reliquia sagrada de la tribu. Es decir, de generación en generación, por miles de años, los miembros de esta prole pretérita han guardado el pedazo de tela que le quedó a la diosa Isis después de haber tejido el velo que separa (o une) la tierra y el universo.

Descrita como un cinturón de un par de brazas de largo, tejido de color azul espeso intercalado con hilos de nácar y *bordado con matices dorados y plateados, la reliquia, aparte de un aspecto misterioso, tenía también un efecto extraño. El que presenciaba su belleza se volvía niño de nuevo.*

Cuadro 17. La diosa Isis, *El tejido celeste* frente, ozonósfera, 900 × 82 cm, entre los años 3200 y 2900 a.C., Ministerio de Antigüedades, Addis-Abeba.

Pero así como cada cara tiene su reverso, los seguidores del culto de la diosa Isis durante el siglo XX *no resistieron las ofertas multicolores y las enfermedades mortales traídas por los enjambres de intrusos decididos a descubrir el secreto de su tejido. El olvido de la naturaleza, la fiebre de avaricia, la palidez de las estrellas soñadas, el enmudecimiento de los sistros, novedades hasta entonces, en unas pocas décadas cubrieron de maleza casi toda la tribu. El último superviviente, último sacerdote y guardián del tejido de la diosa Isis, murió con una expresión nostálgica en el rostro el 12 de abril de 1961, el día que el desafortunado Yuri Gagarin, en su Vostok-I, hirió el universo.*

Más de mil análisis repetidos del Ministerio de Antigüedades de Etiopía comprobaron terminantemente que la composición del tejido de la diosa Isis coincidía en cada sola molécula con la composición de una capa de la atmósfera terrestre, en ciencia conocida como ozonósfera. Con los mismos análisis se determinó que, además, el azul espeso intercalado con hilos de nácar y bordado de matices dorados y plateados se está estrechando año tras año, sin explicaciones. Incluso, la hora en que aparecerá el Vacío puede preverse con gran exactitud.

Cuadro 18. La diosa Isis, *El tejido celeste* reverso, ozonósfera, 680 × 60 cm, entre los años 3200 y 2900 a.C., Ministerio de Antigüedades, Addis-Abeba.

LA RECOLECCIÓN DE LOS DIAMANTES

Hasta la llegada de Drágor, ni siquiera soñábamos con qué riqueza contábamos en nuestro patio. El pasto, los arriates de flores, un par de arbustos, un durazno, un castaño silvestre, una lila y tres tejos no pueden llamarse una propiedad especial.

—¡Es pobre sólo el que no ve más lejos de lo que ve! —Drágor menea la cabeza tristemente, hojea un libro grueso con dedicación, mira al cielo, al reloj, escucha con detenimiento el pronóstico del clima y apunta algo en un cuaderno. Cada dos horas sale de la casa y atisba alrededor del arbolito de durazno cuya corteza, por el sol acariciador de primavera, recobra el sano color rojizo. ¿Acaso hay algo extraño en esto? A finales de marzo las heladas cesan, el clima mejora y los jugos manan dentro de las plantas. Es imposible que sea la primera vez que Drágor se topa con el despertar de la naturaleza. Hasta la gente de la Ciudad, que raras veces y de mala gana sale de sus cajitas, conoce dicho fenómeno. Entonces, ¿por qué se comporta de esta manera? ¿No se trataría de la mal afamada enfermedad primaveral?[1] Si es así, debe de ser que su estado empeora alarmantemente: cada vez más a menudo pasa todo el día afuera. Con un pequeño martillo, Drágor da golpecitos en el árbol de durazno, determina la posición del sol con ciertos aparatos plateados y con un lápiz dibuja círculos, líneas y ángulos sobre los mapas que no representan ni la tierra ni el cielo.[2]

Los días van pasando como las bandadas de ánades. Y justamente cuando en nuestro cuarto de reuniones estábamos tomando en consideración la propuesta de Sasha de enviar a Drágor a la montaña donde continúa el invierno (para así salvar al enfermo de la influencia devastadora de la primavera), él entra en la casa gritando desde la puerta:

—Amigos, con un poco de suerte, ¡el lunes el durazno va a dar diamantes!

—¡Está loco! —no logra contenerse Herrero, dándose golpes en el pecho por haberse atragantado con el café.

—Desde luego, si llueve —sonríe Drágor y nos pone bajo las

narices los papeles llenos de cálculos escritos con letra diminuta.

—¡Quién ha visto que los diamantes crezcan en un árbol! No hay duda de que está enfermo, ¡tenemos que ayudarle! —retuerce sus dedos Herrero.

—Muchas civilizaciones conocían este juego de la naturaleza. Por ejemplo, los moros tenían plantaciones enteras alrededor de Granada. La Alhambra se levantó con esos diamantes. Los mayas obtenían esmeraldas del rocío del ojo de perdiz. En Montenegro quitaban la escarcha de la barba y del pelo y de ella hacían la filigrana, en Japón se conocía el secreto de obtener el ámbar de las hojas sedimentadas del álamo temblón, mientras que en las laderas de la montaña Rudnik vive la familia que sabe obtener turquesas de extraordinaria belleza secando la planta llamada bonina simple. En general, hay muchos ejemplos —se defiende Drágor.

No obstante, nadie cree en algo parecido. Por eso, el domingo por la noche, justo cuando empieza a llover, Esther recibe la tarea de ir a la Ciudad al día siguiente a reservar una estancia de diez días en la montaña.

La noche sin sueño pasa lentamente. Llueve con insistencia. Observamos a Drágor caminar nerviosamente desde una pared a otra, impotentes por no poder hacer otra cosa. Todos, con alivio, vemos llegar los primeros vislumbres de la mañana que bordean el cielo apenas despejado.

Sin embargo, con el nacimiento del sol, Drágor logra persuadir a Bógomil, a Sasha y a Herrero de salir un poco afuera. El aire se había liberado del peso del polvo. La lluvia cesó por completo. La pequeña expedición va alrededor del árbol, pero aparte de los restos relucientes de la lluvia de anoche no hay nada que valga la pena.

—Hay que sacudirlo en el momento justo… —explica Drágor e introduce la cara entre sus papeles.

—La enfermedad ha avanzado —susurra Herrero—. Esther tendría que apresurarse.

—Sí —están de acuerdo Sasha y Bógomil—. Que se vaya de una vez, el aire de la montaña le va a sentar bien.

Pero entonces, en el momento en que gracias a la posición del sol parecía que toda la luz de la mañana se había juntado en las pequeñas gotas sobre el durazno, con un movimiento brusco Drágor da un patada al pie del tronco. El arbolito se sacude. Las gotitas se desprenden de las grandes y pequeñas ramas. Cientos de pequeños torrentes se precipitan hacia abajo. Las gotas se juntan, dividen y unen de nuevo. Por las hojas y la joven corteza se deslizan hacia abajo los pedacitos de sol. El collar primaveral del durazno se desprende. Es un aguacero de granos de lluvia. Sobre la hierba caen los diamantes.

La siguiente semana, bajo la impresión del increíble acontecimiento, Herrero empezó la preparación para el próximo invierno. El periodo de siete meses tendría que ser suficiente para adquirir la flexibilidad de los dedos. Quitar la escarcha y hacer la filigrana de ésta es un arte que exige gran habilidad.

[1] LAS CUATRO ENFERMEDADES DEL AÑO

La enfermedad primaveral

Al igual que la serpiente se libera de su piel, se renueva en el hombre la epidermis del alma, por lo cual éste se vuelve, por un tiempo, muy vulnerable, impotente para defenderse de cualquier emoción fuerte, permitiendo que dichas emociones lo invadan por completo.

La enfermedad estival

Por el calor, los líquidos sobrantes salen por los poros, el cuerpo se vuelve más consciente de sí mismo, los movimientos se endurecen, la mirada se tensa y el baño de oro de las pasiones se pega a la piel.

La enfermedad otoñal

La humedad melancólica se junta en algún lugar interior, el hombre se vuelve como una hoja seca, muy bonita pero frágil, hay que tener cuidado con él, al igual que él tiene que tenerlo consigo mismo.

La enfermedad invernal

Todo se hunde en una somnolencia agradable del recuerdo o del olvido, el alma adquiere la redondez y se parece a una bolita con la que el propietario puede jugar, pero también puede ahogarlo atorándosele en la garganta.

[2] ACERCA DE LA CARTOGRAFÍA

Conocidos desde los tiempos antiguos, los mapas que no representan ni la tierra ni el cielo, antaño elaborados en un número reducido de ejemplares y celosamente protegidos de la transcripción, actualmente inundan todo el mundo. Muy solicitados e impresos en todo tipo de materiales, desde el peor papel periódico hasta la impresión en oro sobre telas preciosas, los mapas llegaron a ser una fuente de ingresos seria para las grandes corporaciones que tienen el monopolio de su

producción. No obstante, por muy atractivos que fueran, sin importar si están empaquetados en el embalaje multicolor de plástico o en cajas de maderas preciosas, copiosamente adornadas, esos mapas que no representan ni la tierra ni el cielo no se deberían comprar, sino elaborar personalmente, marcando caminos propios, como el sentido del mismo viajero lo dispusiera. En realidad, ésa es la única manera de evitar la profusión de mentiras o subjetividades en las que abundan los mapas actuales.

—Times: ¿Eso quiere decir que los mapas recientes no son tan precisos como se los presenta a la opinión pública?

—Sir Mortimer Gray: Usted está en la esfera de la exageración periodística. Es verdad que todos los mapas actuales contienen ese error habitual del cual se ha enterado usted también. La desviación de 0.2 a 0.4 mm en una razón de 1:50 000, en la naturaleza representa de 10 a 20 metros. Si se tiene en cuenta también la deformación del papel, el error alcanza como mucho 25 metros «naturales», es decir, 25 metros cuadrados. Sin embargo, subrayo, esto está permitido por las normas actuales, nadie está engañando a la opinión pública.

—Times: No obstante, antaño la Cartografía se esforzaba por describir todos los espacios desconocidos, ¿ahora va al revés? En el espacio omitido de 25 metros cuadrados puede caber una casa en la que viven varias familias, y pueden ser parte de un parque con decenas de árboles o una silenciosa bahía marina. ¿No es demasiado cruel omitir aun la superficie más insignificante?

—Sir Mortimer Gray: Compréndalo como el precio de la Cartografía moderna.

—Times: Un precio inhumanamente alto, me atrevo a notar.

—Sir Mortimer Gray: Querido señor, deje los detalles a las disciplinas piadosas, la literatura, la pintura, la música. El ideal de la Cartografía de la actualidad es claro; ofrecer una información rápida. El hecho de que esa información a veces está generalizada no significa que la sociedad moderna tenga que regresar al superado y romántico humanismo de pormenores.

Cuadro 19. *Acerca de las disciplinas implacables y las disciplinas piadosas*, fotocopia de la parte de la conversación con Sir Mortimer Gray, presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, *Times* (26 de octubre de 1985), Sala de Lectura del Centro Cultural Británico, Belgrado.

LA CANCIÓN SOBRE EL CANTO

Puedo contarte de muchos lugares del Mundo. En cuántos sitios se han posado las tórtolas de mi manto. ¡Cómo de pesada es! el agua de los ríos sagrados. Cómo es el mar de los minúsculos pueblos de pescadores. O un grano de arena del desierto. Qué es lo que caracteriza una vista desde los glaciares. Por qué en una estepa una brizna de hierba parece ser más alta que un pino. Si hay más cielo por aquí o por allá. Cómo de alto te ves entre las bóvedas de una noche serena. Y por dónde puedes crecer hasta la Osa Mayor. Puedo contarte de muchos lugares del Mundo. Pero lo entenderás mejor si te lo canto.[1]

[1] ADVERTENCIA ACERCA DEL TRADUCTOR Y DEL MÉTODO DE LA TRADUCCIÓN

La Canción sobre el Canto de la Silenciosa Tatiana fue traducida por Drágor. La tradujo con la ayuda decisiva de la *Enciclopedia Serpentiana*, capítulo «La comprensión sensible de lenguas inefables y otras lenguas olvidadas». Es interesante que debajo del nombre de esta entrada no había ningún texto ni explicación.

En el piso superior de la casa sin techo, la Silenciosa Tatiana desmigaja un trocito de pan seco. Encima de ella tiene la bóveda celeste, sobre ella, un manto de color blanco cubriéndole los hombros informalmente. La seda del manto está adornada con tórtolas bordadas. Las migajas de pan lloviznan sobre el suelo. Dos pájaros se desprenden de la trama del manto y vuelan hacia las migajas. Rápidamente apuntan con sus picos minúsculos, se empujan vivamente y luego, con aleteo, desaparecen en el cielo. La Silenciosa Tatiana mira tras ellos. Las demás tórtolas se reacomodan y llenan los espacios vacíos.

Más tarde, antes de acostarse, la Silenciosa Tatiana abre la ventana de su cuarto de par en par y deja el manto con pájaros a la vista, sobre una silla. Dos tórtolas fugitivas regresan durante la noche, cuchicheando en voz baja despiertan a los demás pájaros y, por fin, encuentran sus lugares. La Silenciosa Tatiana sonríe en el sueño, ella los oye aun cuando duerme.

Cuadro 20. *El manto con tórtolas*, artesanía popular de Yugoslavia, bordado de oro sobre muselina, 113 × 116 cm, segunda mitad del s. xx, Museo de Textiles, Washington.

ACERCA DEL EMBELLECIMIENTO DEL ESPACIO

Nadie niega que nosotros entendemos la música de una manera especial. Por ejemplo, Herrero no tiene oído en absoluto (lo que comprobó indiscutiblemente en la fase de su interés por la composición). Andrei es quien más escucha la radio, pero casi no presta atención a la música: para él sólo son importantes los informes acerca de la transitabilidad de las vías. Esther, por supuesto, aprecia únicamente las melodías de las películas. Sasha canta sólo en el baño. Drágor, es verdad, dirige una orquesta imaginaria, pero en el vacío (lo cual es la manera más exitosa de todas las conocidas para que el hombre introduzca sus pensamientos en la esfera de la armonía).

Sin embargo, aun para los que no poseen este noble don, las horas de tocar de Bógomil representan un placer particular. Simplemente, en esas ocasiones todos nos reunimos, a veces por la mañana, a veces al atardecer, de vez en cuando hasta por la noche, y con atención escuchamos las composiciones alegres y tristes que Bógomil toca en el clarinete de tal manera (por lo menos así nos parece a nosotros) que la maleza del Vacío seguramente se marchita enseguida.

Dependiendo de la piel[1] que hayan tocado esas melodías y de la intensidad con que lo hayan hecho, éstas sacuden fuertemente o arrullan con suavidad. Pero a todos nos emociona siempre la manera en que se toca el instrumento hecho de la mística madera del ébano. Después de cada tantos tonos, los clarinetistas toman aliento para poder continuar. Naturalmente, este respiro debe ser silencioso y rápido. La pausa no debe ser demasiado larga. Tal vez por eso, en la prisa, se vuelve un sorbo.

Cuando Bógomil toca, el susurro descrito no es tan imperceptible. Se parece a la respiración de un desesperado. Como un enorme sacrificio que hay que ofrendar para que la música continúe. Como el último respiro, logrado con un terrible esfuerzo y luego generosamente cedido al esbelto cuerpo del clarinete.

Basta con dar una vuelta alrededor de sí mismo para darse cuenta de que la abnegación de Bógomil de ningún modo carece de sentido. Del mismo modo que la Silenciosa Tatiana ordena las vías celestes con

su canto, Bógomil embellece con su clarinete el espacio terrestre. El talento para la música que algunos objetos de por sí tienen (el baúl de barco con la Levedad elemental, los ojos de Sasha, los botones de flores de Drágor, los pececitos lunares…) se vuelve absoluto, y los objetos que por su naturaleza carecen de él (el baúl de barco con la Gravedad elemental, las cartas amenazadoras,[2] la sombra de Eta…) muestran señales de buena voluntad para ser menos funestos.

Después de terminar el embellecimiento del cuarto de reuniones, Bógomil sale al patio y por la noche continúa este trabajo importante por las calles del Suburbio. Se pone a caminar desde el cruce y toca justamente como si hubiera descifrado las notaciones más antiguas, tan antiguas que no se sabe si aparecieron en la época del mito o en la de la historia. El cielo le confirma que va por buen camino y bendice su esfuerzo con la lluvia. Bajo las gotas pesadas la música madura, las melodías se multiplican, los tonos huelen a campo recién enverdecido. Cansado, empapado, con el clarinete bajo la axila, Bógomil regresa al amanecer. Antes de acostarse, desde el primer piso de la casa sin techo, echa una mirada más: en algunas partes, las paredes grises del laberinto del Suburbio no se ven de sus plantíos —tal vez ya no existen.

[1] ANATOMÍA II

En situaciones particulares (cuando se está bajo la lluvia, se bucea, se escucha música, se hace el amor o se sufre un dolor), uno comúnmente está consciente sólo de su propia piel. Por supuesto, desde los tiempos inmemoriales se sabe que ésta puede ser delgada (como una mañana transparente), de un grosor mediano (parecida a un crepúsculo sosegado) y gruesa (como una noche nublada). De ello depende también el grado de la sensibilidad humana. Mientras que a unos los aplasta hasta un copo de nieve, otros sobreviven incluso bajo una granizada de meteoros. Pero, mientras los primeros conocen el movimiento de la mariposa, un rayo de luna o la pasión de un roce, para los otros todo eso resulta ser un triste misterio desconocido.

[2] LAS CARTAS AMENAZADORAS

Desde que techamos la casa con el cielo, el cartero Spíridon era el huésped más frecuente en nuestro hogar. Venía a admirar nuestra construcción azul, junto con nosotros cuidaba las plantaciones de

música, observaba los pececitos lunares o competía en el conocimiento de geografía con la tía Despina que irrumpía en el Espejo Septentrional, como por casualidad, justo cuando él, como por casualidad, nos visitaba, en el momento en que ella, como por casualidad, aparecía en el Espejo Septentrional después de que él, como por casualidad, venía, y así todo dando vueltas.

A decir verdad, el cartero Spíridon a menudo llegaba para traernos las numerosas cartas de los que nos pedían devolver el antiguo techo. Primero sugerencias, luego exigencias, aquellas cartas anónimas con el tiempo se volvieron amenazas, por lo que Sasha, inteligentemente, propuso que las cartas no firmadas las abriéramos sólo en los días soleados cuando, por estar observando la naturaleza, no tenemos tiempo para leer.

La sabiduría era un rasgo de los constructores de la antigua Atlántida más allá de las columnas de Heracles. Sabiendo del peligro de que cada ciudad podía llegar a ser un laberinto en donde la gente se perdiera, ellos organizaron sus numerosas poblaciones con canciones. A lo largo de los años, los tañedores sembraban los granos de música por las calles, cruces y plazas de toda la Atlántida. Las melodías que crecían no permitían que las paredes de la ciudad se enredaran en construcciones incomprensibles. Ya que la música es lo único que no se puede anudar, tampoco los caminos con plantaciones de canciones podían llegar a ser un ovillo de sindirecciones. La Atlántida sabía bien a bien que esto era así y por ello resulta más incomprensible cómo pudo ocurrir que olvidara esa sabiduría. Cuando las melodías callaron y más tarde se marchitaron, sus ciudades se cubrieron de laberintos y bajo el peso del silencio, se derrumbaron. El que las está buscando debe recordar que están allí, detrás de las columnas de Heracles, debajo del lugar por el que vagan las olas mudas. Quien levanta nuevas ciudades sobre la tierra debe recordar que sin la vegetación de la música, las paredes engordan y se ovillan en laberintos del inframundo.

Cuadro 21. Teocares de Atlántida, *La grandeza y la caída de la Atlántida*, reconstrucción parcial de la notación de las tablillas de arcilla encontradas en Ugarit II (Ras Shamra, Siria), 10 × 15 cm, alrededor del año 2000 a.C., Colección del Conservatorio Estatal de Música, Berlín.

LA SATISFACCIÓN DE LA CREACIÓN

¡Dios! Cómo nos asustamos cuando Herrero pasó junto a nosotros con dos bolsas de papel a reventar de bultitos multicolores de jabones. La Serpentiana en las manos de Drágor se cerró sola, a Bógomil se le atoró en la garganta un pedacito de fruta seca del aguardiente de albaricoque (su postre preferido), el amuleto de Sasha resonó con mal agüero, como si únicamente contuviera los ingredientes de la tormenta, Andrei súbitamente interrumpió la composición de un cuento de hadas y la Silenciosa Tatiana se calló tan pétreamente que se escuchaban bien hasta las preguntas no pronunciadas. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Se habrá vuelto loco? ¿De dónde esa higiene repentina?

Sin embargo, la semilla de nuestra curiosidad cae en tierra infértil; sin una palabra de explicación, con el ceño fruncido Herrero se va a su cuarto. De allí pronto se desprende el pesado aroma de lila.

—Tal vez se está bañando —reflexiona Esther en voz alta.

—¿Cómo? ¿Sin agua? —le preguntamos todos.

—¿Y por qué no? Cuando se trata de él, ¡todo es posible! —enseguida contestamos todos y brincamos de nuestros lugares, con un par de pasos alcanzamos la puerta del cuarto de Herrero y tocamos temerosos.

Nadie contesta. Tocamos de nuevo y, finalmente, Herrero (con el cabello y ropa secos, sin enjabonarse) abre la puerta dejando sin piedad que nos inunde toda una sarta de olores.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se han reunido? —pregunta hos-tilmente.

—Por nada, por nada —finge Esther inexperta, tratando de mirar por encima de su hombro dentro del misterioso aposento—. Queríamos ver cómo estabas.

Nada impresionado con nuestra preocupación, Herrero da un paso hacia atrás y, antes de cerrar la puerta de un golpe ante nuestras narices, grita:

—Estoy haciendo esculturas. Por favor, ¡déjenme en paz!

Regresamos a nuestros lugares alicaídos. Las expresiones asustadas de nuestros rostros dicen que todos tenemos en mente la misma cosa. ¿Cómo vamos a aguantar otro arrebato artístico? ¿Cómo, al fin y al cabo, vamos a soportar tantos olores?

Ciertamente, al día siguiente toda la casa (desde los cimientos, por la planta baja, el primer piso y el techo que ya no existe, hasta los mismos cielos) huele a diferentes jabones. Desde el cuarto del artista llegan los finos susurros de raspar por aquí, restregar por ahí y frotar por allá… De vez en cuando Herrero sale al aire fresco para avivar sus ideas. Por la mañana va a la tienda por el nuevo material. Así pasan cuatro días en el diligente trabajo del maestro y en nuestro esfuerzo por eliminar los olores mezclados, partiendo los membrillos de los armarios en mitades y preparando grandes cantidades de té de menta.

Entonces, al quinto día, cuando ya habíamos cortado los membrillos en cuartos y reducido las provisiones de menta a un par de cucharadas, Sasha le comunica a Herrero que el baño se había quedado sin jabón, por lo que ella, en su ausencia, usó una de sus figuritas para lavarse la cara.

—¿Qué? —él rehúsa comprenderlo—. ¿Qué has dicho?

—Digo que he cogido el león rosado para lavarme la cara —repite tranquilamente Sasha.

—¿El león? ¿Para lavarte la cara? —El peso de Herrero aumenta por la ira.

Pero Sasha no se deja perturbar. Incluso, con paso enojado, va al baño y trae el pedacito de jabón rosado.

—¡Toma, tacaño! —dice breve e hirientemente.

Sobre su palma, el león desgastado y ovalado se parece a un ratón. Herrero está secretamente enamorado de Sasha y por el calor de ese amor su ira se va desvaneciendo. Es más, observando su tez suave, lo invade cierta satisfacción de que la escultura sirvió para tal propósito. Conforme pasan los segundos sus ojos se calman para, más tarde, llenarse de matices de ternura.

—No, guárdalo con toda libertad —dice en tono conciliador—. Te voy a dar también un elefante blanco. Al fin y al cabo, todos pueden tomar lo que les guste.

Así, todo terminó felizmente. A sus miradas enamoradas Herrero agregó además la particular aspiración amorosa de olores, acompañada de conjeturas sobre el tipo de figura que Sasha había usado para bañarse. El resto del tiempo lo dedicó a la escritura de un ensayo con un título bastante pomposo: «Las características de un arte nuevo y más emprendedor, con ejemplos y pruebas de sus valores más sublimes».

Se acabó el arte exhibicionista. Terminaron sus exposiciones simples con la modesta esperanza de despertar siquiera una emoción menor ante los ojos del público. Se acabó esa necesidad vergonzosa e indigna de mostrarse ante las pupilas y corazones ajenos, ¡Llega una nueva época! ¡Reinarán nuevas relaciones! A la escena saldrá el nuevo arte: ¡el arte del voyeurismo! Las obras artísticas observarán al público. Imparables como los virus, penetrarán por todas las cavidades accesibles, por los poros y lugares poco defendidos. El público será lo que se expone sobre la palma de la mano. Las palabras de la literatura espiarán las almas dentro de la gente. La música soltará sus redes que van a enredar las emociones. Los cuadros engendrarán otros cuadros en las cabezas de los visitantes. Las obras artísticas amarán, castigarán, harán el amor, forzarán las almas o los cuerpos humanos a las profundidades o alturas, como si no pesaran más o menos que los plumones. Ante el arte que se preparaba miles de años para realizar esta revolución, el género humano únicamente puede firmar la capitulación. En caso contrario, va a experimentar el terrible destino del Vacío final.

Cuadro 22. Herrero, *Características de un arte nuevo, más emprendedor, con ejemplos y pruebas de sus valores más sublimes*, facsímil de una parte del capítulo final, lápiz sobre papel, 20 × 10 cm, 1991, propiedad del autor.

LA OPERACIÓN HARTMAN

Después de una larga deliberación y de una evaluación de muchas propuestas de cerca y de lejos, finalmente decidimos la manera de cómo gastar el dinero obtenido de la venta de una parte de los diamantes recogidos del arbolito de durazno. Y puesto que cada lentitud es alcanzada por una velocidad, no se dieron muchas vueltas en cuanto al hombre adecuado para llevar a cabo esta idea. La recomendación del cartero Spíridon de un tal Aaron Hartman fue apoyada con entusiasmo. La biografía de este señor era excelente. También empleado de Correos, hasta hace poco colega de Spíridon, Aaron Hartman fue despedido a principios del año pasado por abrir cartas ajenas de contenido triste y sustituirlas con las de contenido alegre. La defensa, que alegaba numerosas alegrías ocasionadas, fue rechazada. Aquellos cuyos corazones trabajan según el dictado de las manos, declararon al señor Hartman culpable por haber permitido que sus manos obedecieran al habla del corazón.

El primer encuentro ya nos había convencido de lo correcto de nuestra elección. El eterno y entusiasmado partidario de todo tipo de amor, el señor Hartman, se fijó enseguida en nuestra idea:

—Es muy atractiva. Doy mi palabra de no separarme de ella hasta que la vista de realidad, la realidad más hermosa, como lo merece su figura armoniosa.

Y a pesar de que en señal de confianza no quisimos obligarlo aceptando su palabra dada, el señor Hartman emprendió la realización del compromiso como si lo hubiera jurado por su vida. Tejió todas sus fuerzas en una red, se lanzó sin miedo al tedio de la Ciudad y, dirección por dirección, empezó a registrar la lista de los solitarios, divorciados, viudos y viudas, padres abandonados, hijos abandonados, los olvidados y gente similar.

Después de dos meses, cuando el directorio ya estaba terminado y el último recodo revisado, este hombre incansable fundó, con los recursos obtenidos de los diamantes de durazno, un servicio cuya tarea era enviar a la gente registrada, el día de su cumpleaños, los mejor deseos atados (para que duren más) a un ramo de hierbas medicinales recogidas por los ojos de un pintor naif. En su casita,

rodeada de flores, que había evitado milagrosamente el destino de las demás cosas acogedoras que fueron destruidas, el señor Hartman dirigía paternalmente al personal seleccionado por la sinceridad de su letra.

Siguiendo los directorios legibles y sistemáticamente elaborados por Aaron Hartman, unos cuantos empleados enviaban cada día a la monotonía de la Ciudad cientos de guirnaldas hechas de cartas y plantitas. Conforme los corazones de los solitarios se alegraban al descubrir entre los pétalos que alguien pensaba en ellos, nuestra idea iba adquiriendo la hermosa vestimenta de la realidad.[1]

[1] EL ACTA OFICIAL

Confidencial. Recientemente apareció en una de las casitas que destacan por ser acogedoras, una placa de latón pequeña, pero visible para mi aguda vista, con la misteriosa inscripción «Las redes azules». Investigando con cuidado qué es lo que se esconde tras un nombre tan inusual, descubrí primero lo justificado de mis sospechas, y luego, al fundador de esa organización conspirativa, Aaron Hartman, conocido por sus manos que obedecen al habla del corazón. Este peligroso simpatizante de todo tipo de amor, uno de esos a quienes les gustaría vestir las ideas bonitas en la realidad, tendió esta vez una red de felicitaciones de cumpleaños a las personas solitarias con la ayuda de un herbolario amateur también peligroso. No quiero amargar ese informe con muchas cosas espeluznantes con las que topé en la investigación: la casa acogedora, el financiamiento supuestamente voluntario, las hierbas medicinales, la sinceridad de la letra, etc. Todas ellas son trazos del azul que nos está amenazando. Sin embargo, voy a subrayar algo, Aaron Hartman está extendiendo sus Redes Azules a otras ciudades y países confiando incluso en que su servicio pronto alcanzará a las escandalosas organizaciones mundiales que aniquilan el hambre, el mal de ojo, las langostas, las injusticias, los mosquitos de malaria, las ratas, la tristeza, las epidemias y todo tipo de sufrimientos. Por lo tanto, espero que con motivo de mi escrito ustedes reaccionen lo más urgentemente posible para romper, antes de que sea tarde, las Redes Azules y para establecer el buen estado de las cosas de antes.

Betónica, lirio, llantén, mercurial, melámpiro, margarita, arándano, primavera, tomillo, ranúnculo, dondiego de noche, hinojo, manzanilla, espliego, dormilona, cariofilada, pulmonaria, pasiflora, peonía, sanamunda, zumaque, aster beleño, hierba lechera, azafrán, celidonia, glicina, pie de gato, bardana, ajedrea, milenrama, brezo, árnica, orégano, albahaca, lengua de perro, amapola, violeta, acedera, oreja de fraile, tormentila, berza, angélica, trepacaballo, vincapervinca, rubia, eufrasia, grano de oro, sanguinaria, pata de asno, muguete, corisperma, camomila, hepática, cabezuela, pampajarito, tanaceto, aligustre, belladona, rusco, menta, malva, bolsa de pastor, ortiga, pie de león, lavanda, berro, centinodia, centaura, pasionaria,hierba mora, arrayán, ruda, aspérula, diente de león, cardo, jazmín, valeriana, loto, salvia, pensamiento, quitameriendas, cola de caballo, hierba puntera, eneldo, dedalera, regaliz, mirasol, acanto, cornejo, ababol, ojo de perdiz, flor de sangre, lirio de los valles, sanícula, digital, cabellos de monte, tusilago, hierba cana, romero, melisa, hisopo, lavándula, zaragatona, tijerillas, acebo, lila, arroyuela, caléndula, pie de ganso, cominillo, lengua de buey, licopodio, espantalobo, lágrimas de Job, pimpinela, acónito, saponaria, pulsátila, anémona, adianto, verónica, dulcamara, siempreviva, milamores, verbena, sietenrama, cabellos de venus, petunia, ulmaria, madreselva y nardo.

Cuadro 23. Vidan Kovačević del pueblo Travica, *El manojo*, óleo sobre vidrio, 120 × 110 cm, 1978, Galería de Pintores Autodidactas, Svetozarevo.

SUEÑOS I

Era una de aquellas noches sumergidas hasta el cuello en la oscuridad, cuando incluso las aguas someras se hacen profundas, por lo cual es peligroso salir a cualquier lugar, sobre todo pasar de una orilla a la otra. Una de aquellas noches cuando las gomias, las pesadillas, las vampiras, los espectros, animales de seis años, los infieles, los testaperros, los tricéfalos, los trasgos, los camuñas, los duendes, los gnomos y las tarascas están sumamente diligentes, por lo que no es bueno dirigir el paso a ningún lado; sin embargo, para calmar el desasosiego del alma, uno sueña mucho, con ramificaciones incluso, así que soñando se va hacia donde no se puede con el cuerpo:

Esther - Mientras el operador del cine está cambiando el rollo

De repente, las puertas de la sala se abrieron y un aire liviano encendió las luces amarillas. El sendero hecho de imágenes se enroscó y desapareció. La proyección se interrumpió. Por la sala cundió el murmullo. Los espectadores comenzaron a volverse, a intercambiar algunas palabras. Algunos casi gritaron. Otros se pusieron de pie. Se escucharon algunos aplausos. Entre las filas caminaba Augusto.

—Perdón, ¿usted es Esther? —preguntaba a izquierda y derecha sonriendo sin parar.

Mi corazón empezó a latir como el de un pájaro cansado. El suspiro se cuajó y resultó difícil respirar. ¡Dios!, él me está buscando a mí —pasó por mi cabeza—. ¿Es esto posible? ¿Así, en el sueño, sin ningún aviso?

—Disculpe, ¿es usted Esther? —me preguntó. Las luces pálidas de la sala del cine cubrían su rostro de sombras suaves. Era hermoso, como en la pantalla, sonriente, de labios sensuales.

Yo quería gritar ¡sí!, ¡sí!, pero de la garganta seca no podía salir ni siquiera un sonido. Quería asentir con la cabeza, pero algo inmovilizaba mi cuello. Quería levantar los brazos, pero alguien había puesto en mis manos dos pesadas bolas de metal. Quería levantarme, pero una fuerza desconocida me sujetaba por las piernas.

—Señorita, ¿no es usted Esther? —preguntaba Augusto a la chica

en la fila siguiente.

Cuando ésta negó con la cabeza, él prosiguió. Y se alejó más. Y luego, aún más.

—¿Quién será esa afortunada? —susurró maravillada una mujer redondita a mi lado.

La iluminación lateral en la sala se desvaneció. Los visitantes, satisfechos por haber visto al gran actor Augusto, empezaron a murmurar de nuevo, pero cuando el viaje de las imágenes se reanudó desde un extremo de la sala a otro, todos callaron. La cal de las paredes siguió descarpelándose crujiendo con monotonía, o tal vez eran los espectadores que silenciosamente volvieron a caminar por el camino recto de la luz encima de sus cabezas.

La Silenciosa Tatiana - La cantera de las canciones

Después de un viaje largo y cansado por paisajes pintorescos, arrebujados por los bosques tupidos, entrecortados por arroyos cristalinos, y luego revestidos por la lejanía del cielo, estoy llegando hasta la cantera de las canciones. Con mis dos manos y mis dedos heridos en sueños anteriores, corro las grietas en las cuestas de la montaña cual cortinas y en un saco de tejido lunar guardo los pedazos de rocas. Esta carga enorme irá disminuyendo en los días siguientes —conforme yo vaya cantando las canciones.

Sasha - La visita

Al sueño de Herrero se llega por el pasillo de paredes de aire. En el primer cruce se gira a la izquierda, luego se serpentea y después se va todo derecho hasta salir a una pradera donde crecen arbustos enanos y hierba amarillenta. Herrero está cogido por la sorpresa. Parece que no esperaba mi llegada.

—Perdona, no tuve tiempo de adornar el jardín —dice, y baja junto a sus pies una caja con cintas multicolores que hasta ese momento estuvo atando a los arbustos.

Lo observo callada. Es de una estatura completamente común. Un par de moñitos multicolores ondean graciosamente sobre las plantas a su derredor. ¿Eso es todo? ¿Éste es el sueño al cual me invitaba con tanta insistencia?

—Es mucho mejor cuando se decora… —tartamudea sonrojado—. Por lo general, la hierba es más copiosa. Los arbustos muy bonitos…

Yo guardo silencio. No sé que decir. Herrero sonríe con dificultad, apenas con la comisura de sus labios. Luego no consigue ni siquiera eso. Sus ojos adoptan un aspecto de vidrio empañado.

—Pues, ¡así es! —grita dolorosamente—. Ésa es la verdad. La Inscripción de mi género o bien es apócrifa, o no existe en absoluto. ¡Una equivocación! Una burla de alguien, una falsificación asquerosa… Esta estatura es esta estatura. ¡Ahora lo sabes!

—Shhhh —le susurro y me acerco a él.

Me asomo a la caja. Allí hay muchos adornos diferentes. Saco una lámpara de papel y la cuelgo de un arbusto. Luego compongo un lazo atado con impericia.

Herrero lo observa con gratitud. Se inclina y con cuidado, con las puntas de los dedos, endereza las briznas de hierba dobladas.

La viajera desconocida - Hilo arriba

Es peligrosa esta caminata. Cualquier paso equivocado es mortal. El abismo gira de los dos lados, un abismo tan profundo que la mirada en él cae eternamente. Nadie jamás ha oído el golpe de algo contra su fondo. Tal vez el fondo no existe.

El camino es estrecho. Su ancho es justamente el del hilo. Es difícil mantener el equilibrio, la bolsa de viaje en la mano derecha estorba y el parasol en la izquierda ayuda sólo un poco.

Se avanza milímetro a milímetro. No se mira alrededor, pues ¡qué habría que ver!: el infinito de todo y de nada. No se escucha, porque ¡qué habría que oír!: el rechinar asmático de los eones. Sólo se camina, milímetro a milímetro.

La angosta vereda, color de nácar, ya se está incrustando dolorosamente en las plantas de los pies. El cuerpo se pone rígido, sobre todo los brazos extendidos. Pero el final debe de estar cada vez más cerca. Lo confirma la fuerza de atracción cada vez más fuerte. Lo confirma también el hilito del camino cada vez más tenso.

Cuando las puntas de los dedos toquen la meta, cuando la longitud del hilo de Ariadna (por el cual se está caminando) se reduzca a la de un picaporte, el sueño va a cesar y la realidad (la causa de este sueño y de esta pesadilla) estará aquí, junto a los labios.

EN BUSCA DE ETA

Ya no se podía seguir así. El anuncio en el *Diario de la Ciudad* no dio resultados. En la baraja no se veía nada. La Red Azul de Aaron Hartman permanecía vacía. Las invocaciones no ayudaban. Parecía que los espíritus benéficos en esos días estuvieran encarcelados y la *Enciclopedia Serpentiana*, de gran ayuda en las horas perdidas, permanecía obstinadamente intraducible. Por eso, sin que Andrei lo supiera, Herrero fue a la Ciudad para buscar alguna huella de Eta. Ciertamente, habían pasado meses desde su desaparición, pero debía de existir todavía algún testigo que se acordara de la mujer sin sombra, o de por lo menos una pizca del aroma de Eta, tal vez del sonido de sus pasos, o de cualquier otra cosa.

Al asignar a sus ojos la tarea de ser intuitivos, Herrero rondaba las calles sin cerrar los párpados con un pestañeo siquiera. Había mucha gente sin sombra propia, con tristeza brumosa, con destellos de felicidad; sobre los cristales de los escaparates se acumulaban las imágenes abandonadas de los transeúntes. Había de todo. Pero de Eta no había nada de nada.

Conforme sentía cómo su lado agresivo se apoderaba despacio de él, Herrero iba perdiendo, por la Avenida Occidental, el último calor de esperanza. La noche no debía sorprenderlo en la Ciudad sin ese calor. Podría congelarse, pensó.

Y justo cuando dejó que la inercia lo guiara unos pasos más, antes de que se volviera y regresara a casa, Herrero vio un enorme anuncio: «Tienda de alimentación - la mejor tienda de la Ciudad».

¡Eso podría ser!, se le ocurrió, y sin perder tiempo con los vendedores y jefes de departamento, pidió hablar con el dueño.

Tamaz era un bigotón robusto de ojos hundidos, un hombre de tres caras[1] y suntuosos anillos en las manos. Escuchó callado el cuento de Herrero sobre Andrei detrás del «sofá», por lo que (bajo la excusa de secarse la frente con el pañuelo) cambió la expresión de autosatisfacción por la de profunda compasión.

—Lamento el caso de su amigo. Realmente es una situación poco envidiable. Entiendo por completo su preocupación por él. Hoy día es poca la gente que quiere ayudar a su prójimo —pensaba en voz alta

Tamaz, acariciando astutamente la mano derecha con la izquierda, porque las expresiones de las manos no se pueden cambiar como las del rostro—. Sí… sí… Qué noble es eso. Es realmente noble ayudar a un amigo a terminar su juego. Uno está incómodo detrás del sofá. Debe hacer frío. Quizá también está oscuro. Al fin y al cabo, se ve muy poco del mundo.

—¿Entonces? —preguntó Herrero.

—Entonces, mire, amigo… ¿Puedo tutearte? Entonces mira, querido amigo, la «Tienda de Tamaz» no deja a nadie sin ayuda. No siempre es importante ganar dinero. Aquí habrá alguna joven parecida, no se llamará justamente Eta, pero eso se puede arreglar —Tamaz se pasó otra vez el pañuelo por la cara y cambió su expresión por la de un justo perfecto.

—Temo que no me haya comprendido, ¡yo necesito a Eta! —se rebeló Herrero.

—Pero amigo, Eta o alguna otra… ¿Hay allí diferencias importantes? Sobre todo cuando el precio es simbólico. La chica que te ofrezco es ideal para terminar el juego del escondite —ahora Tamaz cubrió su rostro abiertamente, sin el pañuelo, con la anterior expresión de autosatisfacción.

—¡He dicho Eta! —subió el tono Herrero.

—Ah, ¡qué terco eres! —lo superó en fuerza Tamaz y oprimió un botón en la mesa escuchando plácidamente los golpecitos de sus anillos sobre la tabla de roble (obviamente uno de los sonidos que llenaba su corazón y despertaba las aves rapaces en sus ojos).

Casi al instante, como si estuviera esperando detrás de la puerta, una joven entró en la oficina. Por el maquillaje exagerado se parecía a una fruta de plástico.

—Ésta es Rozika. O, si quieres, Eta. De primera clase. Puede ser por hora, por día o para siempre. Tu amigo estará más que contento —Tamaz hizo un amplio ademán generoso.

Herrero quiso protestar, pero cambió de opinión. Pagó «para siempre» y abandonó el gran almacén con la chica. En la calle le dijo:

—Puedes irte donde quieras. Eta es Eta. Tú debes seguir siendo Rozika. Es un nombre bonito.

La chica no entendió nada. La gente seguía agolpándose como loca alrededor de la entrada de la «Tienda de Tamaz».

[1] ANATOMÍA III

Toda la gente tiene varios tipos de caras, entre las cuales, la

verdadera se deja determinar sin problemas, de la misma manera que en un plato de sopa se distingue enseguida un trozo de carne. El reconocimiento se hace con la simple observación de los ojos. Es decir, lo que habita en los ojos no se puede desterrar de ninguna manera. Si en los ojos habitan lobos, no hay posibilidad de que se los sustituya por pájaros de sonoro aleteo, como tampoco pueden sustituirse las serpientes por conejos, corderos por tiburones o zorras por conchas.

Además de los ojos, la inalterabilidad definitiva la poseen también las partes pudendas, las manos, el vientre y casi siempre las piernas. El hombre no puede cambiar lo mencionado dándose el aspecto que en realidad no tiene.

Así, el número de metamorfosis podría caber entre las pastas de un cuaderno pequeño, si no existiera la infinita serie de bocas que la gente cambia según la necesidad, y de este modo no sólo produce confusión en el procedimiento, sino que pone en grave peligro el resultado final del desenmascaramiento de las personas. El aspecto de esas bocas, en forma de setas dulces y comestibles, o de las venenosas, de violetas ingenuas, de helechos melancólicos, de rocíos del sol glotones, de asquerosas algas marinas o graciosos muguetes, por supuesto, no tiene importancia. El problema y el Nudo Gordiano de la personalidad humana, lo hacen las palabras que salen de tales bocas, por lo que es mejor no tomarlas en serio, sino buscar los contornos de la verdad en los ya mencionados ojos.

Ésta es la esposa del gobernante del país Kemit, corregente del señor del cielo Atón, patriarca del rey Akhenaton. Su cuello es la medida de la esbeltez, su tez es la medida de la ternura, sus labios son la medida de la sensualidad, sus ojos son la medida de la hermosura, su nombre es Nefertiti. Esta reina, adorno de la ciudad capital Akhetatón, hace ofrendas al Creador (panes y aceite), pero el Único en el horizonte no acepta las dádivas con sus manos de sol. La voluntad de Atón es descansar su brillo en los ojos grandes de Nefertiti. Al Dios le es conocido lo que el mortal ignora: una bandada de golondrinas en cada ojo de la reina transmitirá Su luz por el espacio y el tiempo. De esa manera, allí mucho más lejos del país Qus y de Nubia, allende el mar y aún mucho, mucho después, los no instruidos comprenderán a través de estos ojos que el sol es la medida de la eternidad.

Cuadro 24. *Los ojos de la reina Nefertiti*, relieve de la pared oriental del palacio del faraón Akhenaton en Tell el-Amarna, alabastro, 110 × 90 cm, s. xiv a.C., Museo Egipcio, El Cairo.

CÓMO DESAPARECIÓ EL GRANO DE GRANADA

Ocurrió así. Primero amaneció el viernes, luego desayunamos, y después llamó el promotor de Augusto. Preguntó si teníamos algo en contra de que su protegido visitara a Esther y si pediríamos una recompensa en dinero por ese favor.

—Buenos días. Sería un placer. ¿Qué favor? —contestó Herrero confundido—. ¡Esther desea tanto conocer a Augusto! Y en cuanto al dinero, creo que no he entendido.

—Excelente —se alegró el hombre del otro lado del aparato—. Sin embargo, no lo tome a mal, vamos a hacer un contrato. Sabe, hemos tenido malas experiencias.

Así, pronto, ni siquiera descansamos bien del almuerzo, el empresario de Augusto mandó un telegrama con el contrato compuesto de varios puntos. Con nuestras firmas teníamos que comprometernos a desistir para siempre de las reclamaciones de dinero, que no íbamos a detener al gran actor más de una hora y que, en caso de un juicio, reconocíamos la autoridad del tribunal cuyo nombre no era posible distinguir.

Todo eso era sumamente extraño. ¿Para qué íbamos a pedir dinero? ¿Para qué un contrato? Al fin y al cabo, ¿cómo sabía Augusto de Esther? Pero viéndola totalmente encantada con el futuro encuentro, hilando absorta con el índice un rizo de su cabello, por lo que Sasha después necesitó toda la tarde para desenredarlo, lo aceptamos incondicionalmente. No obstante, al firmarlo, Drágor expresó la opinión general:

—Sólo con un gran esfuerzo logro mantener todo este asunto fuera de la sospecha.

No pasó mucho tiempo, lo que uno necesita para olvidar qué ha cenado, y llegó la respuesta. El empresario anunciaba la visita de su cliente para el próximo lunes.

Es fácil imaginar los preparativos para la llegada del famoso invitado. Herrero tuvo que sacar del cuarto de reuniones su horrible paisaje —no íbamos a asustar al pobre hombre—. Bógomil compró un

estante para los libros de itinerarios de trenes de Andrei. Las torres delgadas y las macizas murallas fueron desmanteladas y temporalmente embutidas en las insensatas repisas. Drágor estuvo a cargo de la decoración. Sobre los armarios se colocaron los membrillos más grandes y las manzanas más frescas. Para que brillara también de día, el acuario con los prececitos lunares fue trasladado a un lugar más oscuro. Y para agasajar al invitado se preparó dulce de ciruela (a la antigua: con hojitas de geranio perfumado y varitas de vainilla). Por supuesto, los preparativos incluían también el hecho de que la Silenciosa Tatiana cantara al oído de Esther sus canciones más tiernas y románticas sin cesar. Sasha cosió un vestido de noche, mientras que Andrei prestó generosamente algunas pizcas de claro de luna del frasquito, porque dicha creación, según una revista de moda, tenía que llevar lentejuelas.

Cuando no se probaba el vestido o no pasaba el tiempo escuchando las canciones, Esther se observaba largamente en el Espejo Meridional de la fe, para adquirir autoconfianza ante un encuentro tan importante.

Y entonces, el lunes, Augusto llegó de verdad. Conducía un cabriolé blanco demasiado amplio y vestía una camisa de palmas de colores chillones, demasiado estrecha. A decir verdad, nadie lo reconoció. Visiblemente envejecido, con exceso de peso, labios desagradablemente delgados y la mirada siempre oculta, era apenas una sombra rancia de aquel Augusto de la pantalla. Aunque no era alto, le preguntó a Sasha con altivez:

—¿Usted es la persona que tuvo un sueño bonito conmigo?

—No —contestó ella—. Nuestra Esther estará lista en un momento. Pase al cuarto de reuniones.

La breve visita de Augusto transcurrió marcada por su vanidad. Se expresó loablemente de nuestro techo derrumbado, pero en su cara se leía que pensaba que no teníamos suficiente dinero para terminar la casa. Pidió sólo un vaso de agua mineral y rechazó el dulce de ciruela. Hacía como que no notaba a Andrei detrás del «sofá» (a pesar de haberle tomado la medida de reojo varias veces). Notó los membrillos con una sonrisa cínica, y el acuario con una mirada tan estúpida que comprendimos: para Esther sería mejor que no apareciera.

Sin embargo, todo era demasiado tarde. Ella entró sonriente, un poco pálida por la excitación, con un paso liviano, más liviano que cualquier cosa que se pudiera medir. Una sensualidad discreta se multiplicaba a su alrededor. El dulce presentimiento de la felicidad cubría su piel de rocío y el calor agradable se extendía en círculo con tanta velocidad que el aire se olvidó de moverse, volviéndose tan espeso como el sueño. Realmente estaba más bella que nunca. Pero, para mayor sorpresa, el rostro de Augusto permaneció frío,

probablemente queriendo decir: estoy acostumbrado a la presencia de mujeres aún más hermosas.

Nunca supimos cómo se desarrolló la conversación en el cuarto de reuniones. Para no molestarlos, subimos al piso superior y observamos el siempre interesante movimiento de las nubes. Desde arriba vimos también a Augusto saliendo de la casa mientras las palmas de su camisa se agitaban con un aire de mal agüero. Algo andaba mal. El hombre que abandonaba nuestra casa no era el mismo que había entrado en ella. Éste que abría la puerta del cabriolé tenía, sin lugar a dudas, labios más gruesos, movimientos más firmes y era más delgado, de alguna manera, más joven. Por unos momentos creímos que el amor de nuestra Esther había rejuvenecido a Augusto, pero entonces, tal vez porque Esther había contado su sueño justamente a Sasha, ésta fue la primera en adivinar con un grito:

—¡Dios! Rápido, rápido, todos abajo. ¡Él le ha robado su sueño! ¡Es el Augusto de su sueño!

Corrimos a la planta baja casi sin alma. Esther estaba sentada en la mesa, pálida como un cadáver, como papel sobre el cual no se puede escribir un poema.

—¿¡Te ha robado!? —preguntó Sasha.

—Creo que sí —suspiró ella, y pasó la mano por la parte superior de su muslo derecho.

El vestido escondía todo, pero nosotros sabíamos que ya no tenía el lunar en forma de grano de granada.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Quieres que te escriba un verso? —trató de remediar la cosa Herrero.

Esther suspiró profundamente y levantó la cabeza:

—Voy a cambiar de profesión. Voy a enamorarme de otro.[1]

[1] ALGUNOS EPÍLOGOS NOCTURNOS Y LA ENCICLOPEDIA SERPENTIANA

Más tarde, antes de recuperarse, Esther soñó una decena de veces más el sueño «Mientras el operador de cine esté cambiando el rollo». Allí, Augusto era justamente como lo conoció en la realidad —gordo, arrogante, frío y desagradable—. Aquel Augusto de su sueño —hermoso, sonriente, de labios sensuales— filmó una nueva película muy exitosa. Luego, dejó de aparecer en público por un tiempo. Probablemente buscaba una nueva víctima, por medio de la cual iba a rejuvenecer.

Mientras Esther estaba soñando las pesadillas, nosotros velábamos

junto a su cama. Una noche de ésas, tratando de acortar la velada hojeando la *Enciclopedia Serpentiana*, Drágor encontró la entrada de «Los robasueños».

Debajo del título estaba escrito. «La peor clase de ladrones. A uno le pueden succionar incluso la vida. Al desafortunado le dejan la cáscara vacía para que se pueda mover y ellos no tengan que responder formalmente por el asesinato cometido.»

Sea que una legión esté en el cuartel o en campaña, que se defienda o ataque, un prefecto sabio no dejará de cuidar el sueño sano de sus tropas. Los atenienses, los lacedemonios y nuestros antepasados conocían perfectamente la importancia de un buen sueño y no dejaban esta mitad del éxito a la casualidad. Al ejército que sueña con la victoria sobre el enemigo, sólo le queda juntar el pie derecho a esta victoria. El ejército que sueña con su derrota, con el pie izquierdo ya está en ella.

Por eso es imprescindiblemente necesario poner en cada cohorte a un guardián de sueños con rango de tribuno, y en la cohorte más grande, la miliar, incluso dos de ellos. Dichos guardianes tienen que cuidar todo lo que proporciona un sueño provechoso: desde las cómodas cabeceras hasta el contenido de los sueños. Asimismo, los guardianes de sueños organizan la seguridad del campamento dormido. Porque una legión que queda sin una parte de la cámara, lanzas o escudos de cuero aún puede llevarse la victoria, pero la legión a la que, aprovechando la oscuridad nocturna, despojan de sus sueños de triunfo, sólo puede esperar la derrota.

Y aunque los robasueños son, por regla, gente de moral baja, no está de más tener entre sus filas también a uno hábil en este oficio. Se sabe que algunos cercos tuvieron un final exitoso gracias a los robasueños. Privar a los que defienden una fortaleza de su sueño sobre el resultado triunfal de la batalla es mejor que privarlos de agua.

El comandante que dispone todo esto puede irse a dormir sin miedo. El que lo descuida tiene que recordar que el sueño es uno de los dos pilares del arco del triunfo.

Cuadro 25. Flavio Vegecio Renato, «Acerca de los guardianes del sueño y de los robasueños», parte del segundo libro *Discurso del arte bélico*, según el original perdido del s. v, transcripción de Poggio Bracciolini, 1427, LL217, Biblioteca Universitaria de Roma.

EL LUGAR PARA PERNOCTAR

En invierno el día se angosta a menudo, y la noche, por lo general, se agranda demasiado; ocurre que la noche empiece al mediodía, y también ocurre que la mañana enferme de olvido. Y cada una de estas circunstancias por separado, y sobre todo reunidas de esta manera, indican que es hora para el juego de sombras.

Al decidirnos a jugar, la Silenciosa Tatiana y Drágor distribuyen las velas por el cuarto de reuniones. Prendemos la primera con la chispa tomada del acuario de los pececitos lunares, la segunda la prendemos con la primera, la tercera con la segunda, la cuarta con la tercera y así hasta la centésima quincuagésima sexta. Después, soplando conjuntamente y con fuerza, dispersamos la luz eléctrica y nos sentamos. Esperamos un poco para que el silencio se instale cómodamente en cada rincón y empezamos.

En el juego de sombras —la sola palabra lo dice— todo se expresa con las sombras. Lo que está aquí no es más que descripción, es la sombra de una sombra, pero no se puede hacer más con las palabras. Por ejemplo, Sasha es muy hábil en la representación de pájaros. Las sombras de sus manos se deslizan por las partes más altas de las paredes con tanta lisura como si se tratara del verdadero vuelo de los pájaros migratorios, impulsados por el encuentro con sus hogares. El inmóvil Andrei se parece en la pared a una montaña de espaldas anchas. Hasta en el juego sigue esperando que Eta venga a él; su sombra casi no respira, atenta al ruido de los pasos. Esther imita a los peces. El encuentro de la bandada de pájaros con el cardumen de peces es silencioso. Están mutuamente sorprendidos. Un poco más abajo, Herrero discute consigo mismo acerca de ser conejo o pavo real. Por las paredes del cuarto crecen los bosques. En algunas partes la hierba rebasa los árboles. Las nubes de Bógomil se tocan con las puntas de las briznas. Las carcajadas de sus risas despiertan las sombras de las mariposas de seis alas de la Silenciosa Tatiana. Los peces fatigados descansan sobre los pétalos de las flores de Drágor. A su izquierda sigue la discusión entre el conejo y el pavo real, de nuevo superada por la risita de las nubes. Un pájaro suelta algo de su pico. Allí donde cae esta sombra brota el agua que salta hacia arriba, arriba

y aún más arriba, así que aquel cardumen de peces también encuentra su cielo. Las nubes se deslizan hacia abajo, parece que las paredes van hacia arriba. A la hierba abandonada le hacen compañía las sombras de las mariposas. Andrei aguza el oído, la montaña se estremece, los bosques revolotean. El pavo real de Herrero extiende sus plumas, la sombra del conejo huye, se asoma por entre las flores. Las nubes de nuevo ríen, esta vez así, sin motivo…

Conforme la casa se va llenando la noche se hincha, está al borde de estallar. Con el aflojamiento de las costuras de la oscuridad las velas pierden su sentido y las sombras su fuerza. Jadeantes, exhaustos, nos dormimos al amanecer ahí donde cada uno se quedó; ni siquiera oímos el silencio que empieza a estirar sus piernas y brazos.[1]

[1] EL CRUCE DEL ESPACIO - LA HISTORIA DE CORNELIA Y ALEJANDRO

Ocurre que, en su camino, una historia tope con otra. Al cruzarse en un detalle más o menos importante, la primera jala consigo a la segunda, sacándola así de su contexto.

La única que además del cartero Spíridon a veces jugaba con nosotros al juego de sombras era Cornelia. Venía de la Ciudad, donde vivía sola, cada tercer o cuarto día, siempre a las cinco de la tarde, trayéndonos su noble mirada, las flores secadas por ella misma para los botones de camisas de Drágor y el vino de zarzamoras que preparaba de una manera especial, solar. Más tardaba el eco de los pasos de su llegada en dejar de escucharse, que ella en repartirnos sus miradas en el cuarto de reuniones, en colocar los botones con cuidado en un florero de vidrio transparente y en escanciar el vino de zarzamoras en vasos y en tazas recomendando cálidamente:

—Pih, ¡cómo se han puesto pálidos! No hay nada más saludable que esto. ¡Las oscuras zarzamoras y el sol maduro los harán sentir como nuevos!, ¡como niños!

Al parecer nos veía a todos como niños. Y parece que ella misma era un poco niña también. Se reía con ganas de cualquier cosa, abriendo los ojos como si temiera perder algo. A veces, al igual que un niño, hacía preguntas:

—Mi querida Sashita, ¿yo los molesto? ¿Es esa Eta, por la que Andrei está acurrucado detrás del «sofá», una mujer mala? Señorita Tatiana, ¿cuándo nos va a cantar de nuevo? ¿Quién es esa gente que los amenaza a causa del techo azul? ¿Vamos a pernoctar hoy entre las sombras?

De nuestra parte, sin embargo, no había preguntas. Sabíamos que

Cornelia estuvo casada en otra ciudad. Y sabíamos que aquello era un matrimonio horrible. Su marido, de nombre Alejandro, no quería que tuvieran hijos. Dios sabrá por qué, aunque tal vez ni siquiera él lo tenía muy claro, pero no quería que tuvieran hijos. Los días de Cornelia se repetían en los espacios sordos, sólo llenos de tristeza. No, la razón de ese sufrimiento no era el esposo. Ella había eliminado fácilmente dentro de sí esa decepción con el destino que le deparó tal consorte. Pero el dolor constante por la maternidad no realizada no podía desviarse de su corazón así nada más. Quizá de ahí aquel tan nostálgico «¡Hijo mío, hijo mío!» y los brazos repletos de regalos como cuando se hacen visitas a los niños.

Y entonces, de repente, al comenzar un mes de otoño invadido por la primavera, Cornelia apareció por última vez. Recibió una carta de su ex marido que cayó gravemente enfermo y decidió regresar a su ciudad para cuidarlo. En la despedida sólo nos mirábamos, nadie tenía ganas de hablar.

Al igual que una mariposa que al atravesar el alba en su vuelo se lleva sobre sus alas dicha mañana hasta el mediodía, nuestras historias fueron desenredadas cien amaneceres más tarde, con la llegada de un viajero parlanchín. Junto con el regalo, dos botellas de vino de zarzamoras, éste nos entregó las noticias de Cornelia. Su marido realmente estaba enfermo de gravedad. Los médicos determinaron que se trataba de una rara enfermedad ósea de síntomas inusuales. Dicho de manera lega, a Alejandro se le secaban los huesos. Primero se movía con dificultad y después cayó en cama. Pero eso no era todo. Pronto el marido de Cornelia, de por sí bajo, disminuyó unos quince centímetros, y al desarrollarse la enfermedad perdió treinta en total. Los dolores e inmovilidad que padecía hicieron que ni una sola palabra pudiera entenderse de sus labios: el incomprensible murmullo era sólo un intento fallido de decir algo.

Cornelia cuidaba al enfermo con todo su apego. Por loca necesidad u odio, eso no se supo jamás, lo cierto es que lo trataba como a un niño. Le cantaba canciones de cuna, le recosía los trajes en trajecitos y le enseñaba a hablar.

El viajero nos dijo que Cornelia y Alejandro seguían viviendo así: hace poco él le había llevado a la preocupada madre el catálogo de juguetes para niños.

El verano del año (ilegible) vertí todos mis tinteros, cedí al viento todos mis manuscritos, bajo la axila derecha puse el fajo de hojas de papel blanco, bajo la izquierda coloqué la pluma, me calcé y partí. Estuve andando y andando. Pasé por las regiones que antes veía desde mi ventana, luego por las regiones de las que me hablaban, después por las de los sueños, más tarde por aquellas tan alejadas que en el camino todos se olvidaban de ellas y, finalmente, ya no podía seguir más, había llegado a lo desconocido, donde antes de mí ni siquiera la imaginación humana había llegado. Allí, entre el manantial de agua y el encuentro del valle con la montaña, levanté mi hogar. Durante el día conseguía la comida. La miel de abejas salvajes, zarzamoras, cangrejos de arroyos (ilegible). Por la noche, si había claro de luna, sacaba las hojas de papel de debajo de la axila derecha y la pluma de la izquierda. Sentado en la piedra, entre la luna y mi propia sombra, mojaba la pluma en mi reflejo y llenaba las hojas sobre mis rodillas con escritura. El júbilo que me invadía no se comparaba con nada. Tal como eran, las palabras hechas de sombras me parecían mil veces más verdaderas que las escritas a tinta. Así trabajaba noche tras noche (ilegible). Sabía: las hojas vacías son muchas, mi sombra es pequeña, la agotaré antes de que adelgace el fajo bajo mi axila. Sin embargo, no lo lamentaba. El forastero que en el camino hacia su región encuentre estas hojas tendrá un lugar cálido para pernoctar y al día siguiente podrá partir de nuevo en pos de sí mismo.

Cuadro 26. El solitario desconocido, *El lugar para pernoctar*, la portada del manuscrito, la sombra sobre el papel, 29.5 × 20.5 cm, año de elaboración desconocido, Gabinete de Mapas y Globos Terráqueos de la Biblioteca Nacional de Serbia, Belgrado.

LA CHICA QUE SE ENCONTRÓ CON EL COMETA

El número 78 es el último de la calle. Una mirada al jardín bien cuidado descubre que la pequeña casa está arreglada con paciencia y amor. La puerta de entrada ante Sasha la abre un hombre bronceado con una lata de cerveza en la mano. Detrás de él, está una mujer de aspecto luminoso, no menos agradable. Ni él ni ella pueden tener más de cuarenta años.

—Buenos días, ¿desea algo? —pregunta el hombre ama-blemente.

—Buenos días, quisiera ver a Mijael —contesta Sasha.

—¿A Mijael? —se sorprende el hombre—. Mijael no está aquí de momento. En realidad, aún no ha nacido. Nuestro hijo apenas tiene trece años, se va a casar al cumplir veinte. Mijael va a ser su segundo hijo.

—¡Oh! —se le escapa a Sasha una exclamación de decepción.

—¡No se ponga triste! —interviene la mujer—. Venga en dos semanas, al atardecer, Mijael tendrá entonces justamente su edad.

—Gracias —queda desconcertada Sasha—. Eso quiere decir que

nosotros ya no vamos a…

—Sí —se despide el hombre con una sonrisa y la mano desocupada —. Me da mucho gusto haberla conocido. ¡Adiós!

—¡Adiós! —los saluda Sasha meneando su cabello en la puerta.

Curiosamente, dos semanas después encontrar el número 78 no resulta más fácil. La calle se ve totalmente diferente. Los pinos de la semana antepasada, apenas plantados, ahora son árboles majestuosos. A Sasha le ayuda únicamente el hecho de que la casa de Mijael es la última de todas.

Es él quien abre la puerta. Sin palabras, retrocede un paso para dejarla pasar. Sasha entra en el pasillo, luego en la habitación de paredes blancas, finamente arreglada con olor a canela y a coñac. Mijael la coge por la cintura. Ahora, también huele a él. Por el cuerpo de Sasha, un reloj de arena,[1] corre el deseo, primero despacio, luego cada vez más rápido, más rápido y más rápido, como el derrumbe de una montaña. Con sus labios, Mijael toca los de ella. El beso es simple,

se parece al pan dulce espolvoreado de azúcar.[2] Los dedos de Sasha se introducen en el cabello de Mijael. Las manos de Mijael emprenden el viaje por el cuerpo de Sasha. En el encuentro de las suaves hierbas de ella, cuerpo abajo, y de las ardientes caricias de él, cuerpo arriba, tiembla una llamita, luego una llama y después el fuego. El incendio se extiende frenéticamente, está por todas partes donde la piel de uno toca la del otro. Sin embargo, no hay quemaduras. En el cuarto de canela sólo reina un calor intenso.

—Sasha, Sasha… —suspira él.

—Mijael, Mijael… —suspira ella—. Ven…

—No, eso no sería bueno —dice él en voz baja—. Nosotros somos dos mundos.[3] Aquí un árbol crece en una sola noche. Los acontecimientos se desarrollan con una rapidez de relámpago. Tú tienes que regresar sola ahí donde el paso del tiempo está en armonía con el paso de tus pies…

Sasha sale de la casa número 78. La noche tiene la calma del cristal, por eso es tal vez siniestra. Ojalá no empiece a soplar el viento. Para que no disperse el azúcar de los labios. Para que no se lleve el olor a canela y a coñac del cabello. Para que no enfríe el calor del cuerpo.

[1] ANATOMÍA IV

La estructura granulosa de cada individuo es común para el género humano en general. La diferencia, por supuesto, hay que buscarla en el aspecto de dichos «granos». Los ojos pueden ver su consistencia como polvo, arena, grava o bloques de piedra. Además, lo común es que todos, sin excepción y sin importar su tamaño, corren por su propio reloj de arena o del tiempo, sólo que algunos pasan de manera silenciosa y con pena, y los otros con pomposidad exagerada y más ruido que el de los truenos de verano.

[2] CÓMO ES ESE BESO SIMPLE COMO EL PAN DULCE ESPOLVOREADO DE AZÚCAR

Es exactamente así.

[3] EL VIVIR LENTO Y EL VIVIR RÁPIDO

Además de las formas de vivir habituales, demasiado conocidas como para andar gastando palabras menudas en ellas, existen otras dos formas, un poco menos frecuentes: el vivir lento y el rápido. De dichas maneras pueden vivir individuos, grupos, poblaciones enteras, luego naciones y a veces todo un país.

Mientras que el hombre que vive lentamente necesita, desde el nacimiento hasta la muerte, toda una pequeña eternidad, la gente del vivir rápido pasa veloz y apasionadamente, como cometas que pagan su ardiente velocidad con la muerte. Por supuesto, sería erróneo pensar que la gente del vivir lento se agobia o sufre. Ellos solamente viven todos sus momentos sin demasiados adornos, largamente, a fondo y de manera anunciada.

La historia de la civilización está repleta de ejemplos de los pueblos que pertenecen a una o a otra forma de vivir. Unos, parecidos a las tortugas seculares, y otros, como mariposas cuya vida dura una noche, jamás lamentan sus respectivos caminos. Al contrario, los que más frecuentemente se sumergen en la duda son los medianos, demasiado temerosos para cualquier forma de existencia que por una pizca difiera de la habitual.

El águila voló a mitad del horizonte, no sabía si estaba aterrizando o levantando el vuelo; al amanecer el cielo es demasiado grande para que pudiera recordarlo; el árbol de bambú se espigaba, se oía cómo brotaba con decisión a través de la claridad del día avanzado; al mediodía, el sol clavó todos sus rayos y los campos sometidos no podían encogerse; el agua en el río se cambió varias veces, la matutina llegó hasta el crepúsculo en el extremo del valle; la luna apareció detrás de la montaña, chapeó de plata pura el mugido vespertino de los bueyes; el joven miró a la doncella y ésta sintió en el rostro el leve peso del calor.

Cuadro 27. Anónimo, *Los amantes*, ilustración de la forma lenta de vivir, seda preparada de la época de la dinastía Sung, 28 × 10 cm, entre 960 y 1279, Colección china, Museo del Instituto Oriental, Chicago.

Los serbios son un pueblo que difícilmente se satisface con una sola vida, por lo que la duplican, incluso la multiplican hasta una decena de veces. Luego, como si eso no les bastara, con mucha persistencia duran en sus propios sueños o simultáneamente viven en varios lugares, en todos ellos con la misma tempestuosidad y ardor. Por eso no sorprende que desgastándose tan despiadadamente los serbios mueran como vivieron, con mucha facilidad, prisa y ansia.

Sin duda esta costumbre podría llamarse buena si allí acabara, pero ése no es el caso. Parece que en la muerte es cuando son más peligrosos, como si allí existieran realmente. No sólo se les alargan la barba y las uñas, como a los demás muertos, sino que también crecen sus cuerpos, y la voz acerca de ellos corre y se ramifica aún más que durante su vida.

Aquí, entre nuestra gente, reina la opinión de que a este pueblo salvaje y peligroso habría que imposibilitarle que viviera en los sueños o que pasara varias vidas en un mismo lugar. Sobre todo sería bueno convertirlos de la forma rápida de vivir a la lenta, para que su carácter indomable se disolviera y así se obtuviese el agua tranquila que pudiera contenerse.

Cuadro 28. Donato de Legge, *Cómo contener a los serbios*, ilustración de la forma rápida de vivir, parte de la carta del informante veneciano de la ciudad de Brskovo, 1328, *Liber Impressionum* 4788-328, Archivo Estatal, Venecia.

SUEÑOS II

Era una de aquellas noches sumergidas hasta el cuello en la oscuridad, cuando incluso las aguas someras se hacen profundas, por lo cual es peligroso salir a cualquier lugar, sobre todo pasar de una orilla a la otra. Una de aquellas noches cuando las gomias, las pesadillas, las vampiras, los espectros, animales de seis años, los infieles, los testaperros, los tricéfalos, los trasgos, los camuñas, los duendes, los gnomos y las tarascas están sumamente diligentes, por lo que no es bueno dirigir el paso a ningún lado; sin embargo, para calmar el desasosiego del alma, uno sueña mucho, con ramificaciones incluso, así que soñando se va hacia donde no se puede con el cuerpo:

Bógomil - Regressus ad uterum

El día es soleado como un almiar dorado alrededor del mediodía. Jugamos junto a la maderería. Cinco o seis niños y niñas jugamos a los aviones, corremos en derredor, extendemos los brazos y de la garganta soltamos sonidos parecidos a las ráfagas de metralletas, silbidos y detonaciones de bombas.

En plena «batalla» aparece tras la esquina mi madre. De luto, grande como una casa, grande como una montaña, va lenta y cansadamente hacia nuestra puerta. Al verla me hago como si me hubieran disparado. Doblo un brazo por el codo. Es mi ala rota. Empiezo a sisear y runrunear, como un avión que va perdiendo altura. Me precipito de repente hacia el suelo, pero en realidad corro hacia mi madre.

—¡Le han disparado, le han disparado! —gritan los demás niños.

Con un ala rota y el último esfuerzo de mi avión vuelo hacia mi madre. A uno o dos pasos de ella tropiezo con toda intención. El aparato se estrella con todo vigor contra la montaña. Yo, con toda la fuerza, simplemente me precipito a las faldas de mi mamá. Ella pierde el equilibrio un poco, pero se mantiene en pie. Dice con sorpresa:

—¡Bógomil, hijo!

—¡Le han disparado, le han disparado! —gritan los demás niños.

—¡Estoy a salvo! —contesto enredado en las enaguas de mi madre

—. ¡Salvado!

Una niña que me tiene afecto afirma:

—Sí, sí, el avión está destruido, pero por fortuna ¡el piloto se salvó!

Mi madre me acaricia la cabeza y con ternura me acerca hacia ella.

Andrei - Los sueños en un mismo lugar

Sólo por la noche abandono mi lugar detrás del sofá. Salgo al prado que Eta visitaba a veces.

La extensa llanura dormida permite que note cualquier movimiento a tiempo. Sin embargo, todo el tiempo doy vueltas en torno a mí, tengo que tener en la vista el círculo completo del horizonte. Quiero verla corriendo (como antes) desde lejos hacia mí.

Allí, en el lugar de mis giros, la hierba está pisada, incluso la tierra está un poco ahondada. El tiempo pasa. Eta no aparece. A veces creo que un puntito en la lejanía es su figura, después me percato de que otra persona fue quien hizo de pizca en el horizonte. Sin embargo, no desisto. Doy vueltas y atentamente sigo cualquier cambio.

Temo que el sueño adelgace, que yo caiga de él a la realidad, que la sombra de la realidad se derrame por esa hendidura y pase al sueño, y que yo realmente ya no tenga adónde ir. No obstante, doy vueltas, porque quiero verla corriendo (como antes) desde lejos hacia mí.

Drágor - Hilito abajo

En el sueño estoy sentado en el cuarto de reuniones, en esa misma casa sin techo, y leo aquella misma *Enciclopedia Serpentiana*, encuadernada en piel de serpiente. Al dedo gordo del pie tengo atado un hilito. Un hilito bonito, de color nacarado y grosor mediano. La hebra se extiende hasta la puerta del cuarto de al lado, luego por la ventana al patio, de éste por una calle a otra, por toda la ciudad y después, por el camino, va más allá de la lejanía…

Estoy sentado y leo un capítulo interesante. De repente, el hilo se tensa, siento en el dedo gordo que tiran de él. ¿Quién tira del hilito? ¿Un curioso? ¿Tal vez un ladrón?, me pregunto. Dejo la *Serpentiana* con desgana y, con el rabillo del ojo, observo el hilo levantarse a intervalos regulares y caer al suelo, ora tensándose, ora aflojándose, ora vibrando, ora mudo serenándose.

—Eh, ¿quién tira de mi hilito? —grito cuanto más fuerte y enojado pueda para asustar al intruso.

Nadie contesta.

—¿Quién tira del hilo?, ¡por cien demonios orejones! —agrego a la ira también la amenaza.

De nuevo nadie contesta. Me levanto enérgicamente y entro en el cuarto de al lado. El que tira del hilito lo hace aún más. Por eso me inclino por la ventana con una feroz expresión en la cara y miro en dirección al hilo. No tengo que cansar mi vista demasiado. Unos cien metros más adelante, a unos veinte pies encima del suelo, camina por el hilo, paso a paso, una chica. En el brazo izquierdo extendido sostiene un parasol, en el brazo derecho, extendido también, lleva una bolsa de viaje. Por el miedo se me cae un manojo de palabras:

—¡Oye, tú que caminas por el hilo, baja! ¡Te vas a caer, loca! Es peligroso, ¡bájate!

Parece que la chica no me oye. Camina con cuidado. El hilo se menea. Ella se detiene. Saluda con el parasol. Da otro paso. Se detiene. Saluda con el parasol. El hilo nacarado se tensa cada vez más. Todavía está lejos, pero nuestros labios se están acercando.

Herrero — La visita

Sasha llegó a mi sueño por el pasillo de paredes de aire. No pudo haber mejor momento para su llegada. El jardín estaba en pleno vigor: la hierba abundante entremezclada con flores multicolores, arbustos con ramajes adornados de cintitas relucientes, el día entero soleado, rojo como una sandía partida.

Yo estaba sentado en medio de toda esa belleza, iluminado y feliz de que ella, finalmente, fuera a convencerse de la veracidad de la Inscripción de mi género. Maravillada por mi estatura, encantada por el aspecto del jardín, un poco pálida de la cara, me observaba sin palabras, lo único que se escuchaba era el polvo de la incredulidad que lloviznaba de sus pestañas.

—¡Entonces, es así! —creo que dijo—. Qué alto eres. Qué bonito está aquí.

No contesté nada. Sólo la miré y recogí un manojo de mis propias sonrisas.

—¡Teje una guirnalda para los dos! —susurré extendiéndole el manojo.

—Enseguida —aceptó brevemente y un momento después comenzó a entrelazar una sonrisa mía con una sonrisa suya, una sonrisa mía con una sonrisa suya…

LA TORRE DE BABEL DE UN PISO

No era necesario que se presentara. Según su aspecto sin forma precisa, embutido en un traje de corte rígido, se podía concluir inequívocamente que ante nosotros estaba el inspector de uso del suelo, uno de aquellos hombres que se movían con cuerdecitas, pensaban de manera exclusivamente cuadrada y en sus maletines negros llevaban opiniones supuestamente propias que, en realidad, eran obra de otros.

Apenas entró en el cuarto de reuniones el visitante acumuló tantas palabras que tuvimos miedo de que no iba a quedar espacio para el aire:

—Su casa sin techo contrasta con la unidad en la que se encuentra. La estropea, daña su uniformidad y causa protestas de la ciudadanía. La comisión para el uso del suelo les ordena que le devuelvan al objeto su aspecto anterior. De lo contrario, se les demandará, y de cualquier forma tendrían que construir el techo de nuevo y se expondrían a los innecesarios gastos en los tribunales.

Nosotros intercambiamos miradas. A Herrero se le erizó la piel. Esther dejó de parpadear, señal de su confusión suprema. Andrei, por un momento, detuvo la espera de Eta. La desconocida con el parasol, cuya llegada ahora veíamos también en la taza de café, no dio otro paso en el camino nacarado hacia nuestra casa. Algo se alteró en el equilibrio entre los dos baúles de barco, y el de la Gravedad elemental empezó a hundirse profundamente en el suelo con un terrible crujido del parqué.

No obstante, el inspector abrió su maletín con unos movimientos ciegos, como si todo eso no le incumbiera, y sacó una hoja de papel doblada.

—Dic-ta-men —pronunció tajantemente, como si con esta palabra breve quisiera cortar a alguien.

—Sea razonable, nuestra casa sólo puede embellecer el aspecto de la unidad. ¿No es una innovación fresca su techo azul? —Drágor fue el único que guardó la compostura.

—¿Techo? —se puso de puntillas el inspector, estirando aún más el corte rígido de su traje—. Eso pueden decírselo a algún otro. ¿Quién

más considera el cielo como techo? Tienen que devolver las vigas y las tejas. ¡Eso se llama un techo! ¿Por qué se hacen los diferentes y provocan a la población? Además, su casa ya no tendría goteras.

Nos quedaba claro que no iba a haber nada de negociaciones con el visitante. Él reflexionaba simétricamente y jamás iba a entender que nuestra casa no tenía goteras, que el hecho de que carecía de techo hacía posible su expansión hacia el cielo y que, de alguna manera, era una torre de Babel de un piso.

Drágor perdió la paciencia por completo y con letras nerviosas firmó el comprobante de la recepción del dictamen. El inspector asintió con la cabeza con satisfacción, se volvió y se dirigió hacia la puerta. Caminaba de manera insoportablemente correcta, olvidando en cada paso la admiración que sentía por sí mismo (la cual nos costó mucho trabajo dispersar después).

—¿Realmente piensas reconstruir el techo? —gritamos horrorizados apenas el visitante se perdió de vista.

—Tenemos que hacer algo —contestó Drágor pensativo—. Nuestra única oportunidad está en la lucha con su propia arma. Vamos a fingir que estamos construyendo el techo. No van a captar la manera ilusionista de construir,[1] porque ya no están seguros de qué es lo que existe y qué es lo que no.

—No entiendo nada —dijo Esther—. ¿Tendremos el techo o no?

—No, no va a haber techo. Simplemente, durante el día un grupo va a fingir que lo construye. Pero, como existe la posibilidad de que incluso aquel que tenazmente siembra semillas inexistentes acabe recogiendo cosecha real, durante la noche otro grupo va a fingir que derruye lo que los primeros fingían construir.

Seguíamos sin entender nada. No obstante, como la musicalidad[2] empezó a regresar a los lugares de los que se había escapado, y el baúl de barco con la Gravedad elemental comenzó a emerger del suelo, concluimos que el plan de Drágor podía servirnos, por lo menos para una macetita de esperanza.

Así, hasta el otoño, un grupo hacía como que construía el techo, y otro, por la noche, fingía que lo derruía. Por un tiempo, la gente se reunía en la calle observando con cierta satisfacción cómo nos quemábamos en el sol veraniego, pero como las obras se prolongaron, este tipo de diversión pronto se cubrió con la maleza del espeso aburrimiento. Aquel inspector vino varias veces a observar, callado, la obra. Sea que se había percatado del engaño o que se había enredado tanto en el ovillo de las ilusiones que no podía distinguir lo existente de lo inexistente, la cosa es que en la temporada de lluvias se alejó de nuestra casa para siempre. Sea como fuere, para nosotros lo más importante era que el techo no creció una teja siquiera, que nuestra torre de Babel fue preservada y que la seguía cubriendo solamente la

posibilidad aparente de la continuación de su expansión.

[1] BREVEMENTE ACERCA DE LA MANERA ILUSIONISTA DE CONSTRUIR DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LOS NUEVOS HIPERBÓREOS

Ya los cronistas y viajeros de la antigüedad notaron que cierta gente, grupos e incluso países enteros, fingían haber hecho ciertas cosas. Muchos hoy día piensan que el último ejemplo de una construcción seria fue la torre de Babel, y que desde esa época remota la humanidad no ha construido otra cosa real. Es cierto, sin embargo, que aun en aquel entonces sólo un ojo entrenado podía distinguir las diferencias entre el mundo falso y el mundo real, existente. Las razones para esa confusión secular se encuentran principalmente en el hecho de que el propósito de la manera ilusionista de construir nunca es del todo conocido, aunque su esencia, por lo general, está en el deseo, hábilmente encubierto por el poder ilimitado y, por lo tanto, por el estricto control de la libertad de los demás. Está registrado que aun los antiguos egipcios levantaban los obeliscos macizos de la historia cincelados en bloques de granito hecho de arena movediza de mitos (expuesta a la presión del tiempo). Después de todo, es una costumbre que se ha preservado hasta nuestros tiempos, gracias a la cual los asentamientos humanos están copiosamente adornados con todo tipo de monumentos. Otros, a su vez, «construían» caminos inexistentes, luego ciudades inexistentes, destruidas por bár-baros en invasiones inexistentes, para que las legiones posteriores de los «atacados» se lanzaran a las campañas vengativas reales, famosas por su crueldad.

Aunque la «construcción» de los asentamientos fue y sigue siendo la actividad favorita de muchas civilizaciones, a menudo hábilmente combinada con alguna pared de piedras reales o una ventana con vista amplia, los constructores-ilusionistas no se detuvieron en eso. Empezaron a construir países enteros. No se sabe quién fue el primero en denominar a uno de esos países la Nueva Hiperbórea, pero su número empezó a multiplicarse más rápidamente que los piojos de las plantas, y pronto los había tantos que los mismos «creadores» tenían dudas para reconocerlos. Pueblos enteros vivieron, o aún siguen viviendo, convencidos de que son justamente ellos los que habitan del otro lado del Viento Septentrional. A diferencia de éstos, los que se dieron cuenta de esa mentira, todos aquellos que comprendieron que la Hiperbórea es sólo una y que ni siquiera ésa existe, fueron proclamados traidores o gente trastornada.

La organización de aparatos estatales de Nuevas Hiperbóreas está hoy en día en un nivel envidiable. (Este tema fue abordado con particular seriedad por S. Basara en el estudio *Falseland*, colección «Fenómenos».) Todas las Nuevas Hiperbóreas tienen en común ser falsas y afirmar ser las únicas verdaderas. Las diferencias están en sus formas de «construcción».Unos realmente levantan poblaciones enteras pero sobre suelos inexistentes; otros han desarrollado a la perfección la tecnología del retoque y del fotomontaje, por lo que los ciudadanos desleales, incluso partes enteras de un país, desaparecen o aparecen según las necesidades del momento; terceros invirtieron dinero en una red de instituciones que científicamente prueban la verdad, allí reducida a la voluntad de círculos gobernantes; cuartos concentraron todas sus fuerzas en desarrollar el sistema educativo, en el cual, el lugar especial lo tienen las disciplinas de la ingenuidad, el olvido y la persuasión de que justamente su época es *aurea aetas*.

Así, este breve resumen histórico resulta suficiente para concluir que la manera ilusionista de construir se ha desarrollado fuera de toda medida. Ya nadie es capaz de determinar las dimensiones de esta «edificación», y menos de luchar contra ella. Ciertas esperanzas de que todo el planeta no se vuelva una ilusión grandiosa están puestas en los así llamados Espejos Occidentales, que separan la mentira de la verdad, pero su fuerza se ha visto mermada con el adoctrinamiento de los espejos hechos en serie, entrenados desde las fábricas en lo que tienen que reflejar.

2 ANATOMÍA V

Al igual que es imposible encontrar dos hombres con la misma huella digital del pulgar, es imposible encontrar dos personas con el mismo don para la música. Cada individuo posee cierto tipo de musicalidad. Alguien tiene los dedos delgados, otro los ojos grandes, un tercero el cabello sua-ve, algún otro la tez de terciopelo… Por regla, las mujeres tienen más talento musical que los hombres. Tener los pechos, las caderas, los brazos (o las rodillas y los codos, como lo nota M. Vargas Llosa) musicales, no es nada extraño para una mujer.

No obstante, sería erróneo identificar la musicalidad con la belleza. Las facciones agradables del rostro de una persona no son garantía de su musicalidad. A menudo ocurre todo lo contrario. Sin la musicalidad (que percibimos tan bien, pero describimos con tanta dificultad), la belleza sería sólo una característica independiente determinada por las dudosas leyes de la estética.

Y vio el Señor que en la tierra de Sennaar los hijos del hombre edificaban una torre de arcilla y adobes. Y vio el Señor que los hijos del hombre llenaban los aposentos con libros, levantaban piso tras piso, cada vez más y más alto, sin la intención de parar y techar la Torre. Y, además, vio el Señor que, al llegar la Torre a las alturas, los hijos del hombre se lavaban la cara con el cielo.

Pero cuando los hijos del hombre empezaron a coger el cielo con cubetas y a venderlo en la tierra a los viejos y a los enfermos, el Señor se enfureció. Cuando los hijos del hombre comenzaron a cazar a los ángeles en el cielo por sus plumas suaves, el Señor se enfureció. Cuando los hijos del hombre presumieron de su inteligencia tanto que empezaron a dividir el cielo con brechas, el Señor se enfureció.

Y al pie de la Torre envió el Señor la confusión, e hizo que las lenguas de los hijos del hombre se diferenciaran, que unos no entendieran a los otros. Y a la cima de la Torre envió el Señor los vientos que, piso por piso, destruyeron la edificación, levantaron los cuartos repletos de libros en remolino y esparcieron los libros por la llanura de Sennaar.

Desde el lugar de la ruina los hijos del hombre se dispersaron llevando cada uno lo suyo. Podrán lavar su rostro con el cielo de nuevo sólo cuando olviden la soberbia, cuando junten las palabras en concordia y cuando acomoden los libros esparcidos hacia la altura azul.

Cuadro 29. Andrea Palladio, «Plan de la Torre-Biblioteca de Babel», dibujos de la base, la fachada, los cortes y la reconstrucción ideal (elaborados para el estudio *Cuatro libros sobre la arquitectura*), 20 × 10 cm, 1566, propiedad privada, Vicenza.

EL INFORME SOBRE LOS JARDINEROS

Como todos los demás espacios, también el nuestro está poblado de fantasmas. O más bien, está superpoblado de ellos: esos seres se encuentran en abundancia, a cada paso, en cada rincón, detrás de cada fenómeno, en la esencia de cada evento; los más pequeños y planos existen incluso entre estos renglones. Al igual que en otros espacios (y tiempos también), los espíritus en la casa sin techo se dividen simplemente en malos, chistosos y buenos, como cuando uno selecciona las avellanas en tres montones, uno de cáscaras para tirar, otro de gorritos para adornos y el tercero de frutos para pasteles.

Los espíritus maléficos, por supuesto, están detrás del mal humor, las horas oscuras y los eventos tristes. Con una insistencia increíble, tratan de introducir en una casa, por debajo de la puerta, las máximas partículas posibles del Vacío. Partículas que se introducen en la ropa, el calzado y las personas, y en los ojos generan miradas huecas. Los malos espíritus también gobiernan los vientos que vacían las almas. Crean corrientes de aire que enredan cabellos, pensamientos y dedos. Tiran manzanas y membrillos de los armarios. Cada noche estropean el reloj de arena. Los demonios, una clase sumamente peligrosa de espíritus maléficos, alimentan nuestros temores enseñándoles cómo se rompe el vínculo entre el sueño y la realidad (con lo cual para el hombre resulta igualmente peligroso quedarse en cualquiera de las dos orillas). Otra clase, aún más peligrosa, siembra por todas partes a su alrededor las semillas de Infelicidácea, planta que fácilmente prende y muy difícilmente se erradica.

Los fantasmas un poco más inocuos disfrutan con el andar nocturno por el parqué rechinante, por lo que nos alborotamos a buscarlos (esperando en nuestros adentros no encontrarlos) armados con los cuchillos sin filo de los cubiertos, raquetas de tenis y periódicos enrollados como trompetas. Además, hay otros fantasmas (más bromistas que malos) que disfrutan con cambiar las cosas de su lugar, por lo que la pipa de Herrero amanece en el frasco del dulce de ciruela, en la botella de aguardiente de albaricoque encontramos orejones y en el refrigerador hallamos cerillas. Uno de esos «espíritus

malos» (con quien hasta simpatizamos) deja cartitas sobre su actividad nocturna: «Fumé en el piso de arriba. Favor de vaciar los ceniceros. Bebí todo el zumo de frambuesa. Favor de comprar más. Tropecé con el sillón de la sala de reuniones. Favor de devolverlo a su lugar anterior».

Naturalmente, a diferencia de éstos, los buenos espíritus trabajan en cosas buenas. Con su aliento dan vueltas a las páginas de la *Serpentiana* abriéndola siempre en el lugar apropiado que nos saca de algún apuro. Durante la noche nos tapan para que no nos resfriemos. Ahuyentan las dudas de Andrei, a la Silenciosa Tatiana le susurran el verso olvidado, cada mañana vuelven a reparar el reloj de arena y, de las botellas de aguardiente de albaricoque, pacientemente sacan los orejones y los ponen en un platito (?). Los aires gobernados por ellos desenredan nuestros cabellos, esclarecen el pensamiento y alargan los dedos. Los buenos espíritus sacan con diligencia las pizcas del Vacío de las cosas, encuentran y eliminan cuidadosamente los tallos de la planta Infelicidácea y siembran las semillas de Felicidácea, planta que luce racimos de flores de una belleza fascinante.[1]

[1] EL CUARTO ESPEJO

Por mucho tiempo nos estuvo asediando una plétora de preguntas: ¿Dónde viven los espíritus? ¿Adónde desaparecen cuando no hacen las cosas que hacen? ¿Se esconden dentro de la casa o fuera de ella?

Sintiéndose llamado a desenredar el enredo, Herrero empezó una investigación con el propósito de encontrar el comienzo de este ovillo. Por la mañana, a todos nos hacía preguntas. ¿Hemos notado algo extraño? ¿En qué parte de la casa se oía el movimiento? El que colaboraba con ellos mejor que lo reconociera porque él, de todos modos, iba a enterarse de todo… Apuntaba y comparaba nuestras respuestas con cuidado. Antes de acostarse espolvoreaba el suelo con harina para descubrir aun la huella de una hormiga y, por supuesto, las de tantos duendes. Sin embargo, no se podía hacer nada. El misterio permanecía como tal con obstinación. El suspenso del cuento de detectives en el cual Herrero tenía que tener el papel principal se iba convirtiendo una serie humorística.

Y entonces, cuando ya pensábamos que este caso enredado no podría desenredarse, cuando su ovillo empezó a quedarse en los rincones de la memoria, todo se esclareció al igual que en la palma de una mano, por ejemplo, se hace obvio cualquier objeto menor que esa palma.

Limpiando la casa en el piso de arriba Sasha descubrió, en una caja

con montones de cosas semiolvidadas y de segunda mano, un espejo de dama con un marco común de latón. Utilizable, pero no interesante, («Ay, ¡cuánta apariencia en nuestro derredor! ¡Cuán engañados somos por el parecer! ¡Cuánta cosa el velo de las costumbres suele esconder!» —canturreaba la Silenciosa Tatiana en el otro extremo de la casa mientras picaba el perejil.) Al querer ver qué contenía la caja con cosas desechadas, Sasha se inclinó encima del espejo y un mechón de su cabello largo cayó sobre aquel. En realidad tenía que caer sobre éste, pero el mechón… ¡se hundió! Se zambulló en el óvalo del marco de latón como lo haría en el agua. Sasha primero se asustó y después tocó con curiosidad la superficie del extraño objeto. Las puntas de los cinco dedos se sumergieron en algo más tarde descrito como crema para el pastel «Lago de almendras, chocolate y pasas».

El descubrimiento de Sasha causó verdadera sensación. Invadido por la fiebre exploradora, Herrero tiró un lápiz en el espejo. La superficie brillante tembló por un instante y el lápiz desapareció como si jamás hubiese existido. Desde ese momento no podía caber la menor duda: el espejo de latón estaba vivo, en él se podía meter la mano como en un manantial de agua y luego sacarla. Sin embargo, el espejo reflejaba las imágenes, se le podía enderezar, incluso dar la vuelta, sin que éstas se salieran.

—Una cosita del diablo —susurró Esther inconsciente de estar sosteniendo el nudo del misterio justamente entre sus dientes—. Huele a espíritus.

—¿¡Espíritus!? —exclamó Herrero tirando del hilito aún más—. Mi querida Esther, cabecita inteligente, ahora todo está claro. Sólo ésta puede ser la puerta a través de la cual ellos pasan de un mundo a otro.

—Herrero tal vez tiene razón. Que nadie pase largos ratos reflejándose en él. Si éste es el paso de un mundo a otro, el espacio detrás de esta superficie es infinito. La mirada podría verterse en el espejo y el que se ponga delante de él podría quedarse ciego para siempre —Drágor ayudó también a desenredar ese ovillo.

Todos, instintivamente, retrocedimos ante el espejo.

—Es demasiado pequeño para que un hombre se hunda, apenas cabe una mano —protestó alguien después de unos instantes de expectativa.

—Pero el alma humana pasa sin problemas; es más, es el cuerpo el que siempre se queda en este mundo —seguimos desenredando el enigma, devanándolo a la vez en las patas de una silla al revés…

Después de desenredar bien todo, luego devanarlo de nuevo con cuidado y guardarlo en el cajón donde almacenamos enigmas en ovillos, procedimos a la consulta. No tardamos en llegar a un acuerdo. El espejo efectivamente era peligroso, pero ¿no lo son todos los

espejos? Bógomil clavó un clavito en medio de la pared oriental. El pequeño espejo de dama fue promovido a principal Espejo Oriental.

Por la noche y por la mañana, cuando los espíritus pasan más de un mundo a otro, la superficie del Espejo Oriental se alborota como un arroyo lleno de truchas. La lámina se frunce, los espíritus invisibles entran y salen con tanta frecuencia como si nuestro espejo fuera el paso central hacia el imperio del reverso para todo el Suburbio. A veces algún insecto narcisista se lanza contra su doble y ambos desaparecen del otro lado de la superficie.

INFELICIDÁCEA (Infelicitas infelix), *invisible planta perenne cuyo tallo varía desde un par de milímetros hasta varios metros; es de hojas grandes, carnosas, con abundante vello y bordes dentados de manera irregular. La Infelicidácea se reproduce con gran rapidez sin importar la estación del año. Tiene el poder de regeneración, así que del más minúsculo pedacito de esta planta puede desarrollarse una nueva. Contiene un jugo venenoso cuyo efecto es lento y doloroso y causa ampollas que estallan y crean heridas difíciles de sanar.*

FELICIDÁCEA (Felicitas felix), *invisible planta anual (pocas veces perenne) de desigual altura; es de hojas redondas, delgadas y suaves como la seda. La Felicidácea crece en todos los continentes, pero a diferencia de la Infelicidácea requiere de condiciones climatológicas moderadas y un cuidado entregado. El jugo de la Felicidácea es curativo, conocido desde los tiempos más remotos como un medio exitoso contra muchas enfermedades. La flor abierta de esta planta es de una hermosura tan espléndida que embellece todo a su alrededor inmediato. Tiene un aroma sumamente agradable.*

Cuadro 30. «La Infelicidácea y la Felicidácea», del herbario *Flora invisible*, folio 10284 / folio 36477, Departamento de Botánica de la Academia para las Invisibilidades, Leningrado.

LA MUERTE DEL CHÍCHARO VERDE

Conforme los días avanzaban despacio del futuro hacia el pasado, nosotros creíamos cada vez más velozmente que la Comisaría de Uso del Suelo había sido burlada: que la ilusión de la construcción del techo rojo había sido un éxito total. Y cuando quedaba completamente claro que el inspector no iba a aparecer, una tarde soleada, extraviada en una semana lluviosa de otoño, decidimos celebrar la gran victoria sobre los enemigos de nuestro techo azul. Nos pareció que el *Garden*, restaurante de gran renombre, era una selección apropiada.

Acorde con el prestigio de tal lugar (y a nuestra edad), decidimos comportarnos con decoro. A sus solemnes peinados, las mujeres agregaron los vestidos de noche y collares hechos de gotitas del árbol de durazno; los hombres nos pusimos las corbatas y Drágor nos prestó a todos las mancuernas de margaritas. Aparte de sentir pena por Andrei que de ninguna manera accedía a abandonar su lugar detrás del «sofá», todo lo demás prometía una bonita velada.

En la cajita de lujo con la atmósfera refinada que presentaba el *Garden*, un capitán y tres camareros cumplían todos nuestros deseos. Bógomil escogía los vinos y Drágor los platos. La luz discreta, los arreglos florales lujosos en las mesas, los comensales en trajes impecables, la música silenciosa de un cuarteto de cuerdas y las conversaciones aún más silenciosas, eran acompañadas por el tintineo de los cubiertos. Sin embargo, el que nos conoce un poco mejor podría haber notado algo: en los bordes de nuestras sonrisas se acumulaba la telaraña del aburrimiento.

Con la carne de venado (en una salsa especial de romero) nos sirvieron la guarnición de patatas, zanahorias y chícharos. Y fue cuando ocurrió aquello. Probablemente por haberse fijado distraídamente en una mujer con ojos de pescado, a Herrero se le escapó del tenedor, y luego del plato, un chícharo. El verde se ve perfectamente bien sobre el blanco, pero todos nosotros (incluido el capitán que seguía inclinado encima de nuestras cabezas) fingíamos no ver nada. Con un movimiento discreto de dos dedos y el rostro sonrojado por su torpeza, Herrero intentó remover el chícharo

comprometedor. Sin embargo, la desgracia nunca viene sola; justo cuando parecía que iba a corregir su error con éxito, el vivaz chícharo se escapó de nuevo y, volando en arco, saltó al vaso de agua de Drágor. Se oyó un pequeño ¡chas! Al joven camarero que estaba cerca todo esto le pareció un evento chistoso y sonrió con timidez. Azotándolo con una mirada cruel, su superior, el gravemente serio capitán, se volvió hacia Drágor:

—Señor, permítame.

Con un gesto despreocupado, acostumbrado a dominar cualquier situación, aun la más imprevisible, el capitán intentaba llevarse ese vaso indisciplinado con el chícharo fugitivo. Sin duda lo hubiera logrado si Esther se hubiera aguantado y, con una voz acariciadora, con esa voz tan especial, no hubiera dicho:

—Sea tan amable de dejarlo así.

El capitán se desconcertó, retiró la mano y la volvió a tender. El vaso ligeramente tocado se tambaleó sobre su alto pie y cayó. La cara del capitán se cubrió de desesperación. El agua del vaso se derramaba sobre el mantel cual poderosa ola marina durante la tormenta más fuerte, llevando victoriosamente en su cresta espumosa el travieso chícharo.

—Oh, señores, disculpen —tartamudeó el capitán mientras los demás comensales se volvían con curiosidad hacia nuestra mesa, en la cual, en medio del charco, el chícharo ostentaba su color verde brillante.

Dos mozos jóvenes del restaurante se acercaron casi corriendo. Mientras el primero retiraba la vajilla con agilidad, el segundo simplemente se abalanzó sobre el chícharo. Entonces, ya nadie tenía fuerza para contenerse más. Sentíamos tanta simpatía hacia el liberal chícharo que, después de un intercambio rápido de miradas, Bógomil hizo lo que todos queríamos. Con un gesto leve, apenas perceptible, empujó al atacante y el joven se desplomó sobre la mesa dando con la cara en medio del arreglo floral. Se armó un caos. La porcelana y las cosas de plata chillaron. Los últimos tonos de su melodía interrumpida, parecidos a un pedazo de seda abandonada, oscilaban encima del suelo y, entonces, un silencio incómodo se apoderó de la sala.

El capitán dio una vuelta a su alrededor. Su rostro se veía más oscuro que la más negra descripción. Las manos le temblaban. Respirando con dificultad, como si por su garganta pasaran piedras en vez de aire, alzó el menú encuadernado en piel de ternera y con toda fuerza lo dejó caer sobre el responsable del escándalo. De la boca de Sasha se desprendió un grito mudo:

—¡¡¡!!!

Sin embargo, era demasiado tarde. El pobre chícharo no tuvo tiempo de temblar siquiera, transformándose en una mancha. Esther apuntó con un dedo al capitán y con ojos lacrimosos pronunció dificultosamente:

—¡Asesino!

El personal y los comensales nos miraban mudos. Drágor pidió la cuenta. Fuera del restaurante, mientras el viento secaba las lágrimas de las mejillas de nuestra Esther, con el pañuelo hecho de sus bordes más suaves, todos nos volvimos hacia el rótulo brillante del *Garden* y con la mirada llena de desprecio borramos su nombre de nuestra lista de memorias agradables.

Durante 1586 más de treinta carabelas de gran calado desembarcaron, en los muelles de Málaga, Cádiz y Valencia, cientos de miles de brazas de los bordes de los vientos provenientes de las islas caribeñas. Aquello era la boga de la moda despilfarradora que reinó por casi un siglo sin competencia en España. Es difícil imaginar siquiera a una señora de aquella época que guardara buena opinión de sí misma y no tuviera, por lo menos, un baúl de pañuelos hechos de leves brisas ultramarinas. Incluso el severo rey Felipe II tenía tantos, según lo describen los registros del tesoro, que en el palacio de El Escorial reinaban permanentemente corrientes de aire. Durante los calores del verano o algún evento triste, en general en muchas ocasiones, con estos pequeños pedazos de frescor se refrescaba la frente y se secaban las lágrimas o gotitas de vino de los labios. Las preciosas brisitas eran también la prenda preferida del voto de fidelidad entre los amantes. El poeta Francisco de Figueroa versa: «Secaste el calor con el viento, me diste un pañuelo de obsequio, yo lo llevo en mi pecho y hacia él se dobla mi corazón».

Pero los pies del que va más rápido que la naturaleza caminan sobre la tierra desierta. A días y noches de navegación de España, en las islas lejanas donde los conquistadores cortaban, sin piedad, cada brisita del aire, los vientos se iban marchitando uno tras otro. Quedaban únicamente los nombres aborígenes según los cuales apenas vislumbramos el roce que producían. «Caricias nocturnas», «El beso joven», «El susurro de las conchas», «El vaivén», «La mirada de la luna», «Dulzura», «El rocecito», «La sonrisa de las estrellas», «Canción de cuna», «El brote de las flores»… A principios del siglo XVII *los vientos restantes de las islas caribeñas, despojados de sus bordes suaves, soplaron con crueldad, serpenteando con rabia como los que quieren quitarse de encima el peso de las ofensas que cargaron por mucho tiempo. Los pañuelos no se podían coser de tornados, pero la inteligencia humana no ha cambiado. Sólo cambió la moda; hacia Europa zarparon embarcaciones avariciosamente sobrecargadas de pájaros, hoy día desconocidos, que tenían varios pares de alas.*

Cuadro 31. *El Pañuelo*, pedacito de viento caribeño «El rocecito», 18 × 16 cm, alrededor del año 1590, La Sala de la Frescura, El Escorial.

LA DESCONOCIDA LLEGÓ HASTA EL FINAL DEL SENDERO NACARADO MIENTRAS LOS PECECITOS TRAZABAN OCHOS

Herrero observa con interés la colección de sus futuros éxitos.[1] Desde la cocina se oye el tintineo de cacerolas, se preparan las conservas de invierno. Desde el piso superior llega el sonido del clarinete porque Bógomil prepara las guirnaldas de melodías para los días de frío. En la sala de reuniones se ve el brillo de los pececitos lunares: nadan con alegría en el acuario trazando ochos. Drágor dormita en el sillón con la *Enciclopedia Serpentiana* abierta sobre el pecho y una sonrisa misteriosa en los labios. Junto a la casa corre la tarde tranquila rompiendo sus olas en silencio.

De repente, soñando, Drágor empieza a mover el pie derecho, su pulgar se dobla ligeramente, parece que la hebra nacarada está tensada hasta el punto de estallar. Sasha, Esther y la Silenciosa Tatiana se asoman, Bógomil baja del piso, Herrero explica a Andrei que no se trata de Eta. El hilito que va del pulgar al cuarto contiguo y sigue por la ventana hasta la lejanía está tensado como cuerda de un instrumento aunque, y a pesar de ser parte de un sueño de Drágor, todos con claridad vemos cómo se mueve.

—Ella está llegando —susurra Sasha—. Siento el aroma de un perfume desconocido.

—¿Quién? —está confundida Esther.

—¡Qué pregunta! —se asombra Sasha—. La chica con la bolsa de viaje y la sombrilla. La chica que camina sobre un hilo.

Efectivamente, como si el sueño de Drágor se hubiera condensado hasta hacerse realidad, en nuestra casa entra sobre el delgado sendero nacarado una figura femenina borrosa, con los ojos cerrados, los brazos extendidos hacia delante, una bolsa de viaje y una sombrilla abierta. Perplejos, la observamos caminar a un buen metro por encima del suelo.

—¡Estoy soñando! —frota sus ojos Herrero.

—¡Silencio! —le da una pequeña bofetada Sasha—. No estás soñando tú, sino Drágor. Habla más bajito para no despertarlo, el sueño se desvanecería, el hilo se rompería y la chica desaparecería…

No obstante, el miedo es innecesario. La viajera ya está cerca del soñador. Conforme el hilo desciende hacia el pulgar, ella camina con mayor seguridad, después baja del sendero, prueba la firmeza del suelo, deja la bolsa, cierra la sombrilla y, otra vez tendiendo los brazos, abraza al dormido Drágor.

—¡Lusilda! —se despierta éste—. ¿Cómo tú aquí? Imagina, hace un rato soñé que…

—De tu sueño estoy llegando —se despierta también la chica—. Si no me hubieras soñado, Drágor, no te habría visitado.

—¡Ella es de deveras, quiero decir, real! —Herrero tiene que confirmar en voz alta lo que está pasando.

—Lusi, mi amiga del circo, artista en el trapecio… — todavía alcanza a decir Drágor entre dos besos.

—Mucho gusto —se inclina Lusilda y abraza de nuevo al soñador soñado.

Después de un centenar de besos, cuando la emoción por el encuentro disminuye un poco, todos estamos sentados. Lusilda, ahora claramente visible, una chica de pestañas largas y de pelo corto, color avellana, cuenta sobre su búsqueda de Drágor. En realidad, de su sueño de Drágor, porque todo empezó medio año antes, cuando ella abandonó sonámbula la autocaravana del circo y zarpó en su hilito de Ariadna, llevada por la fuerza de la atracción.

—¿No te despertaste durante seis meses? —pregunta Bógomil atónito.

—No —contesta Lusi—. Sin embargo, todo acabó felizmente. Algunos no se despiertan de sus sueños ni se espabilan de sus búsquedas en toda la vida.

—Medio año no es poco. ¿Cómo aguantaste sin comida y sin agua, con los ojos cerrados, en un peligro constante de no desviarte de un camino tan estrecho, de resbalarte y accidentarte? —tenía Herrero un pequeño haz de preguntas.

—Es verdad que medio año no es poco. Sin embargo, una vez que uno se encuentra en esta clase de sueño no despierta, aunque lo desee, hasta que ese sueño pasa al estado de la realidad.[2] Aparte de eso, yo ya había caminado sobre el hilo en el mundo real y me resultaba más fácil, incluso, desde que empezaron a faltarme, de vez en cuando, partes de mi imagen; esto era señal de que aparecía en la taza de café de alguien, de que estaba cerca de mi meta.

—¡Cierto!, vimos tu llegada en los posos de café —confirmó Sasha —. ¡Qué romántico es esto! Andar de sonámbula medio año.

Exponerse a tantos peligros. Pero, ¿por qué tú y Drágor no abandonaron el circo juntos?

—Lusi no veía o no quería ver lo que yo veía —respondió Drágor—. El circo ya no era lo que debía ser. No sólo era que el público ya no creía en los milagros que yo hacía, sino que los consideraba simples trucos. Pero cuando noté que los payasos portaban sus máscaras alegres con dificultad, que lloraban después de la función, decidí irme de una vez para siempre.

—Sí, yo noté todo eso más tarde —agregó Lusilda—. Pero fue aún peor. Los acróbatas empezaron a morir (las cuerdas que los unían con el cielo se rompían), y los gerentes, en vez de emprender algo, comenzaron a traer gente completamente inexperta que se caía en cada función, se rompía brazos y piernas e incluso moría. A decir verdad, las visitas mejoraron por eso. El circo se volvió una gran mentira multicolor, iluminada con las luces de neón, vestida con trajes brillantes debajo de los cuales se escondían el cansancio, los moretones y la tristeza. Mentira fue también ese público, aparentemente jubiloso, que en realidad venía a ver un error de alguien: que al malabarista se le cayera una pelota de la mano, que los tigres se enfurecieran y atacaran al domador, que el acróbata calculara mal la distancia y acabara en el aserrín de la carpa.

Drágor y Lusi hablaron del circo y de su vida en él hasta muy tarde; el reloj solar ya llevaba siete horas sin trabajar. Después le contamos a Lusilda de nuestra casa, de las ventajas de un hogar sin techo, de las características de nuestros espejos, de los pececitos lunares, del destino triste de Andrei, del horrible ladrón Augusto, de los intentos de Herrero de crecer, del dinero invertido en «Redes Azules» y de muchas cosas más. Cerca del amanecer, Sasha se levantó a traer sábanas para la cama de Lusilda, pero la invitada dijo que después de haber dormido medio año, tenía la intención de pasar otros seis meses despierta. Consideramos que eso era demasiado, pero al despertar el día siguiente en la mesa nos esperaba el desayuno preparado y las sonrisas de Lusilda bien distribuidas en la sala de reuniones.

1 LAS FORMAS MENOS USUALES DE COLECCIONAR COSAS

Al hombre le ha gustado coleccionar cosas desde siempre; le gusta estar rodeado. Es cierto también que en la casa sin techo existía un gran número de diversas colecciones. Algunas de ellas se preservaron, de otras se perdió el rastro, mientras que algunas otras dejaron sólo su

nombre. Ciertos objetos de estas colecciones llegaron a los fondos de famosos museos, otros llamaron la atención del público lego, pero algunos se perdieron, por desgracia, irrecuperablemente en los tres tiempos existentes.

De toda la pluralidad de colecciones de la casa sin techo hoy día, conocemos: la colección de los dientes de leche, la de vistas a las puestas de sol, la colección de Herrero de sus futuros éxitos, la de siempre nuevas emociones mientras se escucha la música, la de los cuestionamientos, la de los puntos de reflexión, la de aromas, la de servilletas, la de sombras, la de tonos azules, la de notitas de recordatorios, la de comparaciones, la de esculturas del ciclo «La forma y el jabón», la de eventos misteriosos, la de violetas, la de hilos de estambre contra el mal de ojo, la de cerillas usados, la de ovillos de enigmas, la colección de mapas no desempaquetados que no representan ni la tierra ni el cielo y la colección de miniaturas en forma de corazón. (Según la revista *Gaceta Museológica*, núm. 3-4, Nueva York, 1992.)

[2] ANATOMÍA VI

Tomando en cuenta el grado de densidad de la realidad, distinguimos tres formas fundamentales de la existencia a través de las cuales pasa un cuerpo: el estado gaseoso, el líquido y el sólido.

La forma particularmente gaseosa, en realidad la falta de una forma, es la característica más importante del estado gaseoso. El ejemplo clásico de esta forma de existencia en la gente es el sueño. Las moléculas de la realidad, las partículas individuales de la estructura granulosa del hombre (véase Anatomía IV) están a tal distancia durante el sueño que entre ellas actúan las fuerzas de atracción más pequeñas. En el sueño, el cuerpo humano se extiende ilimitadamente, alcanzando alturas nunca imaginadas y conquistando extensiones inmensurables.

En la segunda forma fundamental —la líquida—, la densidad de la realidad se incrementa mucho más. El hombre se encuentra entre el sueño y la realidad. A la vez está limitado e ilimitado, capaz de ascender, pero a veces obligado a ser la impotente agua estancada. Los ejemplos conocidos de esta forma de la existencia son: sonambulismo, coma y el embarazo en las mujeres.

Las moléculas completamente compactas de la realidad son la característica del estado sólido. El hombre tiene la misma forma que en la realidad. Perdió la levedad y la libertad de movimiento y ganó el peso y la fragilidad, por lo que en esta forma es cuando más a menudo

se quiebra.

Es un hecho lamentable que buena parte de la humanidad obstinadamente existe sólo en una forma (por lo regular, en la tercera) rechazando las dos primeras como poco serias o peligrosas. Pero, por fortuna, este error evolucionista lo corrige cierta cantidad de gente que, sin miedo, cambia el estado físico viviendo todas las ventajas del aire, el agua y la piedra.

(*a*)

La voz de Tatiana era parecida a un arroyo serrano que vuela delante de sí mismo, rebota de una roca a otra, se eleva hacia arriba, de repente cae, estalla y lleva miles de semillas de luz de las que, en algún lugar de la lejanía, brota el haz multicolor del arco iris.

(*b*)

La espuma que hacía el jabón-escultura de Herrero envolvió los hombros de Sasha como si fueran las pieles más sedosas, y ésta, finalmente, recordó que el hombre se siente sumergido en tanta tersura solamente cuando se envuelve con el amor.

(*c*)

Esther abría sus párpados queriendo recibir a Bógomil en sus grandes ojos, justo como los marineros extienden sus velas esperando el viento que los llevará a los mares más cálidos.

Cuadro 32. De la colección de comparaciones: a) *La construcción del arco iris*, técnica combinada, 300 × 900 cm, 1991, Museo Metropolitano, Nueva York; b) *Tersura*, pintura al pastel, 21 × 38 cm, 1991, Museo Real de Bellas Artes, Bruselas; c) *Navegación*, vitral, 18 × 62 cm, 1992, propiedad privada, Viena.

EROS O TÁNATOS[1]

Atacó a Sasha en el baño. Esperó su descuido (junto con la ropa, ella se había quitado su amuleto hecho de la octava parte de los cincuenta y dos ingredientes) y se lanzó como una ola de tentaciones. De repente, a pesar de que ninguna llave estaba abierta, el baño se llenó de una nube de vapor. La tubería de agua empezó a gemir y a borbotear. A Sasha, desnuda como estaba, la inundó el calor. Entre los pechos, debajo de las axilas, alrededor de la cintura, en corvas y sangraduras, encima de los muslos, brotaron justamente 666 (las contó con rapidez) gotitas de sudor. Ella enseguida alcanzó una toalla y empezó a secarlas una por una, pero conforme eliminaba una, aparecía otra nueva. Su cabeza daba vueltas, ora de izquierda a derecha, ora en dirección opuesta, el calor la mareaba, sus rodillas se doblaban y las plantas de sus pies se escocían como si estuviera sobre un suelo hecho de mijo. En el espejo del baño, un espejo común antes de que se nublara de vapor, Sasha se vio sólo a sí misma, lo que era un signo seguro de que Él estaba a su lado. Porque ella sentía muy bien su aliento en el cuello y las brasas de su tacto deslizándose por su espalda.

Si Sasha no hubiera estado desnuda, sin duda habría salido corriendo del baño para pedir nuestra ayuda; de este modo, estaba parada indefensa, ni para aquí ni para allá, casi resignada a su destino de víctima.

Él debió saberlo. Despacio, sin ninguna prisa, giraba en torno suyo sintiendo que ella no tenía a dónde huir (al fin y al cabo, de Él no se puede escapar). La experiencia milenaria le decía que si ella era de alguien, era suya.

Con algo, debió de haber sido su mano, le acarició el cabello, hasta tocó su antebrazo. La piel de Sasha se erizó, la lengua se hizo gruesa, la garganta se encogió, el pecho empezó a crecer, el abdomen y los senos se endurecían, el escozor hormigueaba hacia el bajo vientre y un terrible miedo y excitación se soltaron por sus venas con rabia.

—Eres mía, eres mía… —le susurraba ronco.

Ella negaba con la cabeza, moviéndola de izquierda a derecha. En vano, las conchas de sus orejas se estaban llenando.

—Eres mía, eres mía… —repetía la voz que se enredaba alrededor de ella como una telaraña lechosa, que agasajaba sus hombros con besos parecidos a hojas húmedas, que la rozaba con el tacto de arena de mar seca, que olía a resina de las coníferas insulares y que le mecía todo su cuerpo como si fuera hierba de una bahía.

—Sí, soy tuya —reconoció Sasha cuando se oyó un ruido conocido; alguien tocaba la puerta del baño.

—Sasha abre, necesito el peine, se me enredó una pestaña —apenas distinguió la voz de Lusilda.

Como si alguien hubiera roto una ventana, el calor se diluyó enseguida. Su susurro calló, las caricias cesaron, algo siseó y borboteó como cuando el agua huye por el desagüe. Un remolino de frescor rompió los hilitos de telaraña lechosa y limpió el suelo de mijo. Sasha, aún turbada, encontró la cerradura y giró la llave. Lusilda abrió la puerta.

Las consecuencias del ataque en el baño fueron: las burbujas de cal debido al exceso de humedad, el vaho continuo en el espejo encima del lavabo y los 666 (los contamos con precisión) diminutos puntitos rojos como de picaduras de aguja de pino por todo lo ancho y largo del cuerpo de Sasha. No tocamos las burbujitas (nos parecieron simpáticas), cambiamos el espejo y con aceite de oliva curamos las huellas de las picaduras. Además, Bógomil tapó todos los desagües y después vertió en ellos el agua en la que se estuvo hirviendo, por dos horas, la corteza de espino. Todos, también, recibimos una lección de Drágor:

—Por Dios, ¡jamás se separen de sus amuletos!

Si no contamos algunas conversaciones sobre ese tema, todo acabó con eso, es decir, todo acabó con eso para nosotros.

Para Sasha, en particular, todo siguió de nuevo. Cada noche jugaba un juego peligroso. En la cama, retando al destino (¿o qué otra cosa?) antes de dormir, se quitaba rápidamente la bolsita bordada con la octava parte de los cincuenta y dos ingredientes. El calor inundaba su cuerpo, alguien tocaba su cuello, sus hombros, sus caderas y sus piernas, sus senos endurecían y aquella voz susurraba:

—Eres mía, eres mía…

Asustada, debajo de la sábana húmeda, Sasha rápidamente se volvía a poner el amuleto y todo desaparecía, excepto un temor dulce, o tal vez excitación, que la impulsaba a volver a entregar, la noche siguiente, las hierbas de su bahía a la misma pleamar de tentaciones.

[1] O SÓLO UN SER

Últimamente, entre los estudiosos de la mitología está cada vez más presente la opinión de que Eros y Tánatos son una misma «persona» de doble carácter. Desgraciadamente para los partidarios de esta hipótesis, nadie ha determinado el aspecto de esta «unión» peculiar y los que tal vez lo hicieron no están dispuestos o no son suficientemente valientes para describirla, por lo cual, de momento, siguen sin conocerse los atributos del ser que se supone, desde tiempos inmemoriales, ha gobernado a la gente. Si tiene alas doradas o negras, ojos bondadosos o malvados, tacto suave o áspero, ropa ligera o pesada, o quizás todo esto a la vez, son preguntas que, por ahora, siguen sin atravesar la puerta del conocimiento.

El problema lo mistifican adicionalmente las de por sí escasas fuentes y literatura con sus raras y completamente ilegibles «indicaciones». La *Enciclopedia Serpentiana* es apenas un poco más clara. En el capítulo «El poseedor de la vida y de la muerte» debajo de la única oración traducible: «Todo su poder yace en una espada con dos filos igualmente cortantes», está a guisa de una grieta encima de aquella puerta, un cuadro estrecho:

Con un lado
del filo Él
separa el sexo de
la razón, con el otro
la cabeza del cuerpo.
Al blandir el primero,
genera la pasión.
Al lanzarse con
el otro, genera
temor.
Nunca se sabe
con qué lado
va a atacar,
por lo cual la gente
anda por la tierra
a la vez anhelando
y temiendo
el encuentro con sus
bondadosos
o malvados
ojos.

Cuadro 33. *La espada del poseedor de la vida y de la muerte*, iluminación de la *Enciclopedia Serpentiana*, 15 × 3 cm, año de elaboración desconocido, propiedad de Drágor.

COMO SI HUBIERA ENCONTRADO EL SENDERO MÍTICO QUE UNE LA TIERRA CON EL CIELO

Después de que Bógomil colocó las sillas y los sillones en dos filas y Sasha llevó al piso superior una jarra de limonada, el dulce de ciruela, el vino de zarzamora, el aguardiente de albaricoque y otras delicias, cada uno escogimos un lugar desde el cual íbamos a seguir el espectáculo de Lusilda. De pies desnudos, vestida sólo con un leotardo blanco, cerró los ojos por un instante para acumular fuerzas. La alentamos con un aplauso cálido al que contestó con una leve reverencia y el primer salto. El salto era corriente, lo podía hacer cualquiera. Después, sin darnos tiempo de decepcionarnos, saltó de nuevo. Este segundo salto era un poco más alto, casi irreal, pero la artista regresó al suelo del primer piso. Entonces, contrayéndose apenas y parpadeando varias veces, Lusilda se dirigió de nuevo hacia arriba y, contrario a toda expectativa, se quedó allá. Uno o dos minutos, sólo se quedó «de pie» un par de metros encima de nuestras cabezas flotando como si no tuviera ni la más remota reserva de peso, y luego hizo un salto mortal hacia atrás lanzándose al cielo. Parpadeaba con rapidez y luego con mayor rapidez, así que parecía que se quedaba en el aire justamente debido a sus largas y espesas pestañas,[1] Lusi subía cada vez más.

—¡Uf! —frotaba sus ojos Herrero.

—¡Bravo, bravo! —gritábamos nosotros desde abajo.

—¡Magia! —ya desarrollaba Herrero su nueva teoría en voz alta—. Por lo visto, tarde en otoño se da muy bien la magia.

Mientras tanto, arriba, Lusilda estaba volando. Estaba cada vez más lejos del suelo. Ora se precipitaba hacia el piso arrancándonos suspiros, ora se elevaba de repente hacia arriba, tan arriba que apenas la divisábamos. Una bandada de pájaros se detuvo en el horizonte olvidándose, maravillada, de aletear. A causa del asombro, un par de nubes se dividió en nubecitas y huyó del cielo esquivando con una curva amplia a Lusilda que hacía diferentes acrobacias. Giraba con los brazos extendidos, se erguía y caminaba como si hubiera encontrado

aquel sendero mítico que une la tierra con el cielo, luego hacía molino, piruetas, giros, espirales y volteretas. Se elevaba como el vilano del diente de león y descendía meneándose como una hoja de abeto.

Al arribar suavemente al parqué del piso superior de nuestra casa, las pestañas de Lusilda se reconciliaron con la velocidad común del movimiento, y con los ojos totalmente abiertos y una sonrisa, ella miró nuestras caras maravilladas.

—¡Bravo, bravo! —gritábamos mientras nuestras palmas ardían por los aplausos.

En los bordes de sus pies desnudos brillaba el polvo como si allí, en algún lugar del cielo, hubiera caminado por un sendero bien escondido entre los desbordantes rayos del sol.

[1] LA CITA DEL LIBRO

«Las pestañas —pelitos en los bordes de los párpados— sirven para volar y para proteger los ojos, por ejemplo, del polvo. Los párpados pegajosos son señal de inflamación y se curan con ungüentos para los ojos. Arrancar pestañas puede abrir camino a la infección, y pintarlas puede causar graves inflamaciones de la córnea y del músculo ocular. Las pestañas se cuidan con pequeños peines y cepillos, así como con suaves ungüentos. (*Lexicón de la salud*, Belgrado, 1936, pág. 782).

Cuando Gabriela bajó, dos soldados con arboletes la agarraron de los brazos, mientras que un tercero, con las burdas tijeras para esquilar, cortaba sus largos cabellos y pestañas para que no se les escapara de nuevo al cielo. La muchedumbre acompañó la caída de sus rizos al lodo con gritos terribles:

—Bruja, bruja, ¡al fuego con ella!

Aquí ya no había que hacer una investigación. La herejía era tan obvia que los soldados dejaron a la multitud rasgar las prendas de Gabriela a quien arrastraron, con una lluvia de insultos y piedras, hacia la pira donde los demás ya recogían las ramas secas.

En la ropa desgarrada, con el honor y los brazos manchados de injurias y lodo, con el pelo esquilado y las pestañas cortadas, Gabriela sólo observaba toda esa ira a su alrededor sin lograr comprender cuál era su terrible pecado.

La hoguera fue personalmente incendiada por doña Manuela. Bajita, de ojos diminutos, hinchada de maldad, ésta gritó airada lanzando una tea:

—¡Aquí tienes, palomita!

—¡Palomita, palomita! —repetía la masa riendo y burlándose mientras las lenguas de las llamas siseaban, las ramitas crepitaban y el fuego llameante desprendía el olor a carne humana calcinada.

Demasiado divertida con el deseado espectáculo de la muerte, la multitud no notó que del espeso humo encima de la plaza se formaba, por algún capricho del viento tal vez, una figura blanca de un ángel de alas extendidas, pelo rizado y largas, largas pestañas.

Cuadro 34. Juan Manuel Ridruejo, *Sanctum officium*, grabado, 175 × 130 cm, s. xvii, Museo del Prado, Madrid.

EL NÚMERO CIENTO CUATRO DONDE HABITA EL TEATRO

(Inicio, según el recuerdo, de la pastorela de Herrero *La pastora raptada*, cuyo estreno estaba previsto para la celebración del aniversario de habitar la casa sin techo, la cual nunca fue terminada por razones descritas al reverso de este lienzo encerado. El manuscrito fue destruido, el recuerdo está en la caja de dulces «Fruit Drops»,[1] que lleva la pequeña inscripción «El número ciento cuatro donde habita el teatro».)

Personajes

Herrero, el joven pastor
Sasha, la joven pastora
Bógomil, el sátiro malvado
Drágor, el viejo sabio
Esther, la diosa del alba, del día y de la luz
Andrei, el dios de la noche y de la oscuridad
Tatiana, la diosa del silencio, pero también
del canto melodioso de pájaro
Lusilda, la diosa del viento

Ocurre en un prado y en un bosque

Acto primero

HERRERO: ¿Qué ruido es ese?
SASHA: Es el alba que rompe.
ESTHER (*al público*): Yo soy el alba.
HERRERO: Oh, qué feliz estoy, porque nos dejó la os-curidad.
(*Mira a lo lejos, es decir, hacia el «sofá» en donde no se ve*
Andrei, que hace de oscuridad).
(*Por el escenario pasa corriendo Lusilda.*)

herrero: He aquí que el noble viento refresca nuestros rostros.

sasha (vuelta hacia la Silenciosa Tatiana): Y qué agradable resulta el silencio de la mañana.

herrero: Lo más agradable es que ¡tú estés junto a mí! (La abraza y la besa).

(A continuación el autor había previsto que el sátiro Bógomil raptara a Sasha, y después de muchas peripecias el joven pastor, ayudado por el viejo sabio, la liberara. Indignado por nuestras objeciones de que toda la obra estaba planeada para que los personajes principales se besaran, Herrero dejó la elaboración de la pastorela *La pastora raptada*).

1 LAS CAJAS DE HOJALATA

Al principio no guardábamos los recuerdos en cajas de hojalata. Los dejábamos por todos lados a nuestro alrededor, los movíamos y los cambiábamos de lugar y temporalmente los olvidábamos. Los teníamos en las fisuras de las paredes, debajo de las alfombras, entre las cosas antiguas, en los bolsillos de los abrigos que no usábamos, en los libros, en los armarios y en los ramos de flores secas. Luego, al llenarse todos los lugares «ocultos», nos topábamos con ellos cada día, los encontrábamos por casualidad al hacer la limpieza o al buscar espacio para nuevos recuerdos. Pronto nos dimos cuenta de que ya no era posible soportar tal desorden, además existía la posibilidad de perder algún recuerdo importante, o de que se lo comieran las polillas o lo almorzara la humedad. Por eso, un sábado organizamos la gran limpieza. Sacamos todos los recuerdos a la luz del día, los cepillamos bien, los asoleamos y, envueltos en pedazos de tela encerada, los colocamos en cajas de hojalata de galletas, del tabaco para pipa o de los dulces. No tiramos ni uno solo (ni siquiera el más desagradable), porque los recuerdos no se tiran: un día podría amanecer en el basurero la mayor parte de uno mismo, superior a la parte que quedara del susodicho.

Cuando hace mal tiempo o simplemente cuando tenemos ganas, nos divertimos viendo el contenido de las cajas de hojalata. Con cuidado desenvolvemos los paquetitos de tela encerada y nos mostramos mutuamente aquello que nos hace lo que somos. En los días de frío sacamos los recuerdos particularmente cálidos y con ellos tapamos las ventanas y nuestras orejas o nos cubrimos antes de dormir.

Cuando Rajcˇeta se fue a la guerra, Míroslava reunió todos sus recuerdos de él y los puso en una pequeña cuba comprada en la feria del día de los Santos Magos. Se habían casado sólo una semana antes de la leva, así que no quedaba mucho, tanto como cuantas zarzamoras se pueden recoger junto al camino del arroyo a la casa, puras zarzamoras grandes, llenas de fuerza y de calor, con sólo una de ellas uno montaría el invierno. Al escoger el mejor lienzo del lino del cajón con su ajuar, Míroslava hizo una funda de almohada, la llenó con aquellos recuerdos y la adornó con ramas y hojas bordadas. Desde entonces sólo dormía y soñaba en ella. No podía usar otro cabezal, aunque éste fuera de seda. Allí sobre el recuerdo de su Rajcˇeta, soñaba con su vida de viuda, endulzaba con las noches la luz amarga del día, platicaba con él, recordaba las caricias, con la mejilla calentaba su recuerdo, con el oído escuchaba su paso que se alejaba de la casa cuesta abajo, subía la montaña Cer, andaba por las cañadas albanesas y cruzaba el agua que rodea la lejana isla de Corfú… Durante el día le daba al hijo la almohada hecha de recuerdos para recordar al padre no recordado, pero ella se juntaba con ésta de nuevo cada vez que el sol se separaba de la luna. Cuando desde la muerte de Rajcˇeta habían pasado tantos años como cuantas zarzamoras puedes recoger junto al camino de la casa al arroyo, Míroslava se presentó ante el Dios amado, soltando su alma en el sueño sobre la almohada hecha de recuerdos. Dicen los que entienden de esas cosas que su alma se quedó allí y de los plumones de recuerdos hizo su nido.

Cuadro 35. Míroslava de Rajcˇeta, *Almohada hecha de recuerdos*, lienzo de lino, hilo y recuerdos, 42 × 38 cm, 1914, propiedad de la familia Vucˇic´, pueblo Cvetke cerca de Kraljevo.

POLOVSKI A HERRERO Y HERRERO A POLOVSKI

I

desde el otro lado del espejo,
octubre

Estimado señor Herrero:

El largo viaje que he emprendido para recorrer las partes de esta vastedad interesante ha impedido mi intención de escribirle antes, y de esa manera agradecerle el haber devuelto mis pensamientos al pasto junto al monumento a Orfelín. A decir verdad, no creo que usted jamás esperara una carta de mi parte, pero yo me he prometido enviarle un par de palabras en cuanto me estableciera. Sin embargo, se ha demostrado que la mudanza al otro mundo no es una cosa simple. Pero de eso hablaremos más tarde. Me gustaría saber: ¿cómo está usted? ¿Cómo va su amor por Sasha? ¿Cómo va la vida en la casa sin techo?

Yo aquí tengo muy buenas noticias de todos ustedes. Eso es mérito de un duende bueno que cada mes visita a los «vivos» y gracias a cuya amabilidad estoy en la posibilidad de enviarle estas líneas. Por él me estoy enterando de que descubrieron el espejo hecho de agua de la montaña Ahaggar, el paso de un mundo al otro; aunque es más correcto decir que se trata de un solo mundo, dividido por una frontera invisible y unido por las aperturas de esa ilusión (aperturas que son justamente como su principal Espejo Oriental).

¿Qué le escribiría de mi «vida» aquí? Reconozco que aún me tortura la nostalgia. A menudo pienso en ustedes. ¿Sasha se acuerda de mí? ¿Recuerda usted sus celos infantiles? ¿Se olvidaron de mí como les pasó a muchos por aquí? Me dicen que eso es normal: los recién llegados siempre piensan en ello; al parecer, es el sentimentalismo.

Pues, si no fuera por eso, aquí se estaría muy bien. Vi un número grande de gente interesante y famosa. El clima me sienta totalmente bien. Y aquí me pasó «aquello» por lo que le escribo. Aunque no se

trataba de una amistad común, en aquel mundo yo no tenía gente más cercana que ustedes, por lo que es a ustedes a quienes quiero informar primero de la gran noticia. Es decir, empecé un romance prometedor con cierta señora rusa de San Petersburgo, Várvara Leonidovna, una mujer sincera y afectuosa, como la que anhelaba desde la época en que estaba «vivo». En ese sentido espero lo mejor. También Várvara Leonidovna abriga sentimientos positivos hacia mi persona. En resumen, señor, estoy de júbilo: finalmente he encontrado el amor.

Cierto peligro para nuestra felicidad representa el marido de Várvara Leonidovna, un general zarista, hombre malo e iracundo que desde aquella vida torturaba a la pobre. Pero mi Variusha y yo tenemos un acuerdo: vamos a escaparnos. Por eso emprendí ese viaje que le mencioné al principio de la carta, para encontrar un rincón conveniente donde anidar nuestra nueva «vida» en paz.

Querido amigo, pronto me voy con Várvara Leonidovna a un lugar alejado y especialmente bonito de este mundo. Allí, donde vamos a estar no llega aquel espíritu bueno que les entregará esta carta. Así que es muy probable que ya no haya oportunidad de hablarnos. Con todo el corazón les deseo todo lo mejor. Sinceramente suyo

Polovski

II

Desde este lado del espejo,
noviembre

Estimado señor Polovski:

¿Adivina quizá con cuanta emoción leí su carta? Usted comprenderá, uno no lleva correspondencia todos los días con los muertos (perdone si la expresión «muerto» lo ofende). Desde el momento en que encontramos su misiva debajo del Espejo Oriental no dejamos de hablar de usted. Tengo que insistir en que todos estamos agradablemente sorprendidos por su carta. En particular nos alegra su relación con la señora Várvara Leonidovna. Dele nuestros más sinceros saludos.

Pero tenga cuidado, señor Polovski. Mi amigo Drágor, buen conocedor de la historia, afirma que había leído algo de ese general zarista, esposo de Várvara Leonidovna. Ése sí que era malo. A finales del siglo pasado había matado en duelos en San Petersburgo, en un solo año, a siete hombres, y a todos por alguna insignificancia. No sé si usted, estando muerto, puede ser su víctima, pero el aconsejo que tenga cuidado con ese vil hombre.

Gracias por preguntar, yo estoy bien, así como todos los demás en

la casa sin techo. No obstante, mi amor por Sasha no va muy bien que digamos. Yo pienso que todo se debe a mi estatura, por lo que le pido que allá, ya que creo que es posible encontrar a alguien así, es decir, que en ese mundo usted investigue ¿qué pasa con mi Inscripción? ¿Cuándo se va a cumplir? ¿Algún día voy a crecer?

Señor Polovski, si todavía no ha partido a su viaje, se lo ruego, por Dios, resuélvame este asunto allá. Además escríbame en su carta, que espero con la mayor impaciencia, sobre los detalles relacionados con la vida y la muerte porque tengo mucho interés en saber algo de eso.

Usted no me ha aconsejado cómo enviarle la respuesta, espero que sea suficiente echar mi carta al espejo o, como usted dice, a la apertura en la frontera aparente. Espero que ese buen duende lo encuentre, si aún no ha partido, y que usted pueda escribirme de nuevo. Una vez más, los saludo a usted y a la señora Várvara Leonidovna y les deseo una felicidad plácida en el futuro.

Herrero

La tradición de la tribu bereber tuareg cuenta que hace mucho tiempo, en la época en que la lejanía y la cercanía estaban separadas por mil paradores de caravanas, en el corazón del Sahara existía un gran lago llamado La Puerta de los Mundos. El agua de ese lago no era solamente milagrosa porque a su alrededor crecía un vasto oasis, sino porque también era el único velo en el único paso del Mundo Superior al Mundo Inferior. Allí llegaban de todas partes las almas de los muertos para sumergirse en el otro reino, o las orillas del lago, a su vez, eran visitadas por los vivos que deseaban enviar mensajes y ofrendas a los suyos en el otro mundo. Así era, y parecía que así iba a ser para siempre, pero como los milagros con el tiempo se reducen a incredulidad, muchos curiosos empezaron a tirar piedras al lago llamado La Puerta de los Mundos, comenzaron a cazar con redes las almas de los muertos e intentaron secar sus aguas para llegar vivos al Mundo Inferior. El Señor de Todo, al principio benévolo, enfureció terriblemente, y decidió privar a la gente de saber dónde estaba el paso de un mundo al otro. Una noche, el Pájaro aliancho soltó de sus garras una gleba tan grande que en el lugar del lago amaneció la montaña Ahaggar, y en vez del oasis, a su alrededor brotó el secreto adonde fue trasladado el paso entre el Mundo Superior y el Inferior. Los tuareg, pueblo que protege la memoria con turbantes que defienden las orejas de los vientos del olvido, fueron los únicos en conservar la memoria del lago. En las cañadas de Ahaggar, en apenas unos cuantos manantiales, ellos recogen el agua en cuyo destello leen los mensajes de los antepasados o de la cual hacen con maestría espejos, pequeñas entradas al otro mundo, con las orillas de latón.

Cuadro 36. *La leyenda de la Puerta de los Mundos*, imagen pintada a mano en una vasija de la tribu tuareg, 27 cm de altura, antes de la islamización, Museo de Artes Aplicadas de Nómadas, Argelia.

LOS DÍAS DE INVIERNO

El Suburbio entero estaba sumergido en la nieve. Los copos caían y seguían cayendo tan tupidamente que el cielo parecía tender miles y miles de hebritas blancas finamente hiladas. Como si alguien arriba ovillara y desovillara los hilos de nieve suaves como algodón, invitándonos a tejerlos de nuevo en suéteres viejos, aquellos suéteres que a uno le quedan muy bien aun cuando haya crecido.

La nieve nos alegró a todos. Sólo Andrei estaba insatisfecho. Para él significaba la tardanza de trenes, los embotellamientos en las carreteras, los aeropuertos cerrados, un caos total en las arduas conjeturas sobre el regreso de Eta. Según su vieja costumbre, no quería o no podía bajar al patio. Por eso, mientras nosotros fuera nos tirábamos copos y tomábamos fotos en la nieve fresca, con él, detrás del «sofá», estaba sentado el sistemático Herrero, ayudándole a introducir cierto orden, al menos, en sus esperanzas.

Los días de invierno pasaban tranquilos, llenos de pequeñas alegrías: de saborear el té, de contar cuentos de hadas, de preparar compotas, de observar copos de nieve… Aparte de eso, cada uno hacía su trabajo personal, el cual lo calmaba más. La Silenciosa Tatiana bordaba. El otoño pasado, por descuido, había sacudido su chalina con pájaros demasiado fuerte y tres tórtolas levantaron el vuelo para no regresar. Ahora quería recuperar esa pérdida con hilos dorados y plateados.[1] Drágor indagaba en la *Serpentiana* la secreta receta que liberaría a Andrei de la sombra de Eta.[2] Bógomil, con un lápiz en la mano, regía el tiempo.[3] Esther se inclinaba cada vez más hacia su nueva profesión —se estaba enamorando de Bógomil.[4] Lusilda le enseñaba a Sasha a volar con las pestañas.

Las horas idílicas eran perturbadas únicamente por nuestros vecinos que, desde que cayó la primera nieve, trataban de quitar con fervor el suave cobertor de las calles y de los techos. Con todo un arsenal de escobas, palas, azadones y raspadores creaban sin piedad negras heridas en la blancura, mirando asustados hacia el cielo (con susurros: «¡Imagínate, sigue cayendo!»), sin darse cuenta que desde arriba se estaban tejiendo las hebras algodonosas como copos, sin adivinar que de éstas se podían tejer los viejos suéteres de la infancia,

suéteres que le quedan a uno perfectamente bien aun cuando se haya hecho adulto.

[1] UN POCO MÁS ACERCA DE LA CASA PARA PÁJAROS O UN LAZO PARA EL CABELLO

«Lo que el otoño desteje, la primavera lo vuelve a tejer», dice un antiguo dicho de los tejedores. A principios de la primavera, aquellas tres tórtolas regresaron. Como la chalina de muselina de la Silenciosa Tatiana ya estaba ocupada por los pájaros nuevamente bordados, los recién llegados se alojaron en su cabello. Siempre fue hermoso oír cómo los tres fugitivos, ahora posados en el lazo, competían con un canto aprendido en algún lugar del sur con el canto que invernaba en la chalina de la Silenciosa Tatiana.

[2] LA RECETA MÁGICA PARA LA ELIMINACIÓN DE SOMBRAS AJENAS

Confiando en la superioridad de su tecnología, las civilizaciones occidentales rechazaron con desprecio los conocimientos del ocultismo. Decididas a explicar matemáticamente todo a su alrededor, se olvidaron de las artes antiguas: cómo anular el mal de ojo, hacer los brebajes amorosos, transformar el plomo en oro, ahuyentar el mal, invocar a los espíritus. Por eso, Drágor concluyó correctamente que la receta necesaria podría encontrarse únicamente entre los pueblos que aún creen en el poder de la magia. La medicina avanzada de las civilizaciones modernas no sólo no podría liberar a Andrei de la sombra de Eta, sino que sospecharía incluso de la posibilidad de este no tan raro fenómeno. De que eso es realmente así lo confirmó la *Enciclopedia Serpentiana* en el capítulo «La transmigración de las sombras»:

«Los integrantes de la tribu baulé (Costa de Marfil) afirman que los individuos o grupos de gente pueden permanecer bajo la constante sombra ajena de algún hechicero, incluso bajo la sombra de un hombre común. En eso hay que distinguir la Sombra Azul, que sigue a su nuevo dueño protegiéndolo de las influencias del mal, de la Sombra Gris, que es inmóvil (y debido a eso, su propietario también), por lo cual, bajo su auspicio maligno, como en un calabozo, se muere de hambre o de locura.

Con un tipo de rito especial es posible cambiar al dueño de la

sombra arrebatándole al enemigo su Sombra Azul y ayudando al amigo a deshacerse de la Sombra Gris. Por lo general, quien lleva el rito es el jefe de la tribu o el hechicero. Junto con las danzas rituales éste dirige su plegaria al dios del cielo Niani para que cierre sus ojos, porque para la transmigración de las sombras se necesita el eclipse total de Sol, de la Luna y de las estrellas. Dependiendo de su arte, el hechicero tarde o temprano provoca el eclipse momentáneo de toda luz. Cuando ésta desaparece las sombras se quedan sin forma, por lo que el prisionero de la Sombra Gris puede salirse de ella fácilmente, y tampoco resulta difícil apoderarse de la Sombra Azul (siempre y cuando, mientras había luz, se haya recordado dónde estaba). Después de regresar la luz, cada uno se queda con la sombra con la que se encontró (casual o intencionalmente), y las sombras que se quedaron sin dueños o esclavos, vagan como fantasmas por el mundo, confiando en un nuevo eclipse».

3 EL SEÑOR DEL TIEMPO

—¿Por qué tachas los días en el calendario? —le pregunta un día Sasha a Bógomil.

—Es más ordenado, sé exactamente cuánto pasó y cuánto queda —le contesta él.

—¿Cuánto pasó y cuánto queda de qué?

—Del año —le sorprende a Bógomil su ignorancia.

—Estás loco, ¿acaso eso tiene importancia? —pregunta de nuevo Sasha.

—Por supuesto, es muy importante. Mira, por ejemplo: aquí tienes lo negro, es la parte tachada del año, la que está tras de mí. Tienes lo blanco, son los días que van a venir. En la frontera entre lo negro y lo blanco, estoy yo. Así que cuando tacho siempre sé exactamente dónde estoy. Exactamente aquí.

Sasha está confundida con la respuesta. Imagina a Bógomil como una membrana delgadita y pulsátil que separa lo negro de lo blanco y soporta la presión, por un lado de los días pasados y por el otro, la de los futuros.

—El hombre es una membrana —reflexiona en voz alta Sasha.

—¿Perdón? —no oyó bien Bógomil.

—Nada, nada —Sasha hace un ademán de rechazo con la mano, escuchando cómo la noche borbotea en los canalones del Suburbio.

4 UNA FRESA SILVESTRE

Conforme se iba entregando cada vez más a su nueva profesión, Esther sentía cada vez mayor desasosiego. Amar a Bógomil era un trabajo que consigo traía la debilidad de las piernas y de los brazos, ligera humedad de la piel y difícil respiración. Por todo eso se veía que el cuerpo aprobaba su elección, pero cuando en el hombro izquierdo apareció un lunar en forma de fresa (*Fragaria vesca*) estaba claro que también el alma confirmaba su decisión. Desde ese momento Esther se entregó al enamoramiento de Bógomil por completo, en el cual se mostró como una persona con mucho talento y diligencia.

Al haberse alejado una nube de langostas increíblemente espesa y grande nos dimos cuenta de que esa no fue toda la desgracia. Corriendo asustados por una oscuridad total (porque las langostas ocultaron toda la luz) habíamos intercambiado nuestras sombras. El joven Fabián tenía la sombra de la tienda de campaña, a la señora Auber se le pegó la sombra de una gallina, mientras que el señor Auber reflejaba la sombra de una palmera. Empezó un griterío del cual pronto sobresalió la voz histérica de la señora Auber:

—Ah,¿¡qué pasa con mi sombra!? Señor Paul, ¿¡qué gallina es ésta que anda a mi alrededor!?

—Sin pánico —contestó fríamente nuestro guía, el señor Paul, que no se había movido durante el eclipse y era el único que seguía con su propia sombra—. Las tribus están en guerra. Los aborígenes están pidiendo a sus dioses quitar la luz por un momento. Si los dioses no les conceden su deseo, ellos con la magia hacen grandes nubes de cualquier cosa: langostas, remolinos de hojas, flores o termitas. Lo único importante es que esas nubes no dejen pasar la luz, porque durante los periodos de oscuridad absoluta intentan arrebatarles algo a sus enemigos, algo que se llama la Sombra Azul, una especie de escudo contra todo mal.

—¡Qué tierra salvaje! —seguía chillando la señora Auber, intentando desesperadamente deshacerse de la sombra de gallina a patadas—. ¡Qué tierra salvaje!, George, ¡dónde me has traído! George, ¡regrésame enseguida a Francia!

—Señora, temo que con esa sombra usted no está como para París —sonrió el señor Paul—. Pero no se preocupe. Llamaré a un brujo del pueblo vecino. Por un par de francos provocará otro eclipse y cada uno recibirá de nuevo su sombra.

La señora Auber miró desamparada hacia abajo y por primera vez desde el inicio del viaje se quedó sin palabras.

Cuadro 37. *La mujer blanca con la sombra de gallina*, daguerrotipo parcialmente coloreado, 18 × 15 cm, tomado en la orilla del río Komoé en 1894, Instituto para la Magia, Lagos.

LA TERCERA MISIVA

Desde el otro lado del espejo,
diciembre

Estimado amigo:

Me emocionó muchísimo tu carta, el recuerdo que tienen de mí, los deseos para el éxito de mi romance y las advertencias bien intencionadas.

En mi primera misiva no te dije que está estrictamente prohibido descubrir cualquier detalle de esta «vida» (o si quieres, «muerte»). Tampoco está permitido mantener correspondencia con los «vivos», pero parece que este espejo fue tomado de un manantial apartado del antiguo lago de La Puerta de los Mundos, esto es, no está tan estrictamente vigilado, por lo que espero que no vaya a haber malas consecuencias para nadie.

Tu carta llegó, como se dice, al cinco para las doce. Variusha y yo pospusimos el viaje para averiguar algo de las cosas que te preocupan.

¿Palabras de quién habría que enviarte como dádivas?, me preguntaba buscando a la persona que conociera las respuestas a tus preguntas sobre la estatura y la Inscripción. Me recomendaron a varios sabios, pero yo no pude hablar con todos, aquí soy nuevo, sin amistades necesarias para los encuentros con los «muertos» de tan diferentes épocas. Sin embargo, gracias al parentesco de Várvara Leonidovna con la renombrada casa de los Romanov, logré ver a algunos de los que se destacaron, aún en aquel mundo, como hábiles para tamizar la ignorancia para llegar al conocimiento.

Entonces, los mandarines chinos me dijeron que el agua siempre corre hacia otra agua más grande, así que el hombre siempre tiende a crecer más alto, pero para eso se necesita tener el mayor número posible de afluentes que conozcan el camino hacia las montañas. El gran alquimista Paracelso considera que tus intentos de llenar los Vacíos en el espacio, tanto con tus pensamientos, tus emociones, tus obras artísticas, como con tu propio cuerpo, es decir, con tu estatura, son parte de la eterna tarea general del género humano de luchar contra el Vacío. Él dice que te conformes con tu estatura, que ella es

inalterable, pero que jamás te conformes con el Vacío; del éxito de tu lucha con él depende tu propia supervivencia y junto con miles de millones de otros resultados, también la supervivencia de la humanidad. Otros, como por ejemplo el teórico de la pintura Giorgio Vasari, me afirmaron que tú padeces de la enfermedad llamada horror vacui, por lo que sería bueno que por la mañana, junto con la miel y el agua, tomaras grandes pedazos del aire azul celeste. Terceros me dirigieron hacia el capítulo «La estatura total» del libro Serpentiana, una enciclopedia de contenido infinito que interpretamos con dificultad y en la cual apuntamos también nuestras propias entradas para facilitar el camino a los futuros viajeros. En la colonia de los antiguos babilonios escuché que no habrá nada de tu estatura, que no habrá nada de la estatura de la gente en general, hasta que se junten de nuevo las salas dispersas de la biblioteca-torre. Además de todo esto, había muchas más interpretaciones y antes alcanzaría la muerte aquí donde no se muere, que lograr desenredar cada una de sus explicaciones.

Querido amigo, sabiendo que todas estas respuestas no te van a caer nada bien, decidí hacer un intento más, sin importar que todo eso aplazara mi salida con Várvara, poniendo en duda el final exitoso de nuestra huida. En esa ocasión la ayuda decisiva me la prestó nuestro Zacarías Orfelín; los cartógrafos son un gremio muy unido también en este mundo. Aunque los separan varios siglos, Orfelín no tardó más que lo que tarda un día en desmigajarse para encontrar a Musafir Hamid, hijo del célebre geógrafo Idrisi, gran mártir de la causa de la Cartografía, el único que confirma la existencia de la Inscripción. Tú te acuerdais que Hamid en su travesía hacia la montaña Kavdak, montaña que forma el borde del mundo, se topó con un hombre que cambiaba su estatura gracias a la Inscripción que su género transmitía de sueño en sueño como de una generación a otra. Sin duda sabes que Hamid quiso visitar el sueño de este hombre raro, pero el camino lo llevaba con mayor velocidad que el tiempo del que disponía para detenerse.

Pues esto es lo que sabes. Y ahora viene lo que desconoces: en el camino de regreso a Sicilia las olas de la tercera Gran Agua obligaron al velero del cartógrafo a desembarcar de nuevo en aquella ciudad. Mientras los marineros cosían los agujeros en las velas, Hamid encontró a aquel mismo hombre y después de largas persuasiones consiguió que lo recibiera en su sueño para que el explorador se convenciera de la existencia de la Inscripción. Así, cuando los dos se durmieron, el invitado pasó al sueño de su anfitrión y comenzó a buscar. Hamid caminaba y caminaba, y atravesaba distancias más grandes que las que recorre un hombre con sus pies en toda la vida, porque en el sueño se puede llegar más lejos de lo que se puede

imaginar en la realidad. Anduvo y anduvo el cartógrafo por el sueño, pero no había un solo rastro de la Inscripción. A decir verdad, junto al camino había todo lo que puede encontrarse en un sueño: flores de estrellas, palacios flotantes, molinos de rayos solares, engendros con cuatro narices, ángeles que acababan de aprender a volar, unicornios con cuerpos de vírgenes, hadas con cabellos de agua, pero nada de la Inscripción. Los que fueron preguntados sólo indicaban hacia delante y el camino serpenteaba entre primaveras y otoños, ora pasaba por arriba de inviernos, ora se arrastraba por debajo de veranos. Antes de que amaneciera, cuando hubo que regresar, porque es peligroso esperar el despertar en el sueño ajeno, los ojos de Hamid divisaron el final del camino. Éste hizo un último esfuerzo, corrió cada tercer paso y se encontró al borde del sendero. A pesar de haber recorrido todo el mundo y conocido todo tipo de maravillas, lo que vio en ese lugar lo impresionó más que todo lo conocido y desconocido que había visto hasta entonces.

El camino que Musafir Hamid había caminado toda la noche desembocaba en una calzada ancha que se extendía verticalmente con respecto a su afluente. De esa calzada vertical, a su vez, se bifurcaban por arriba y por abajo, se entrelazaban y desenredaban miles de caminos y senderos. Las sendas se extendían por todos lados, hacia el pie del camino vertical (que no se podía ver) o hacia su cima (que no se podía adivinar). El cartógrafo primero pensó que se encontraba en algún lugar del Nudo de Caminos (del cual había oído una leyenda), pero pronto empezó a distinguir una ley en ese caos aparente. Y cuando en una bifurcación de dos senderos vio encima de su cabeza un nido de aquellos ángeles que apenas estrenaban su vuelo, enseguida comprendió que todo el sueño estuvo caminando por una rama del Árbol del Universo. La sensación de que se encontraba en alguna parte de la copa infinita, aquella copa de la cual se conoce sólo el comienzo —la semilla del Creador—, lo llenó de arrepentimiento porque gastaba la vida viajando sólo por la realidad hecha de bordes. Pero no había tiempo para el lamento, aquel hombre se despertó y con él, acompañado por un dolor en el pecho, se despertó también Musafir Hamid.

Pues así es como el cartógrafo vio la Inscripción, más bien, una parte de ella. En la despedida sólo agregó que te dijera que tengas cuidado con las ramas del Árbol del Universo que seguramente llegan hasta tu sueño también, aunque en realidad llegan hasta los sueños de toda la gente, sólo que en algunos crecen lentamente para desarrollarse en el páramo del Vacío (por lo que éstos no pueden moverse más allá de la realidad), mientras que en otros se expanden en abundancia con cada vez más caminos nuevos, se extienden y se extienden al infinito, por entre los otoños y las primaveras, por encima

de los inviernos y por debajo de los veranos.

Querido mío, Variusha y yo saldremos de viaje en cuanto termine estas líneas; ya no debemos vacilar un instante siquiera porque intuyo que su esposo ya nos anda buscando. Créeme, agotamos todas las posibilidades de ayudarte. Esperamos que logres cultivar tu Árbol del Universo. De todos modos, te deseamos suerte. A mis saludos para ti y para todos en la casa sin techo, se une también Várvara Leonidovna que está soplando a las letras por encima de mi hombro para que se sequen mejor. Reciban el más cordial adiós

Polovski

Todo lo que existe tiene su sueño, así que sólo sumado con ese sueño tiene su verdadera dimensión. Lo visible o lo invisible es igual, no está completo si se observa sin su sueño. Al fin y al cabo, si no hubiera sueños, no habría nada excepto el Vacío —la única forma conocida que no posee su sueño.

El volumen de los sueños individuales es cambiable. Va desde los ejemplos casi insignificantes, hasta los sueños tan vastos que ni siquiera pueden comprenderse, y menos ser indagados. Los sueños mal desarrollados, atrofiados por el constante envenenamiento del estilo de vida actual, los encontramos entre los miembros de las civilizaciones modernas. Estos sueños son tan pobremente pequeños que para sus dueños resulta mejor no agregarlos a lo visible. Por otro lado, los hombres (pueblos) más cercanos a la naturaleza poseen sueños de extensiones y alturas suntuosas. Es muy conocido el ejemplo de los aborígenes de Australia (desde el punto de vista occidental, un pueblo primitivo) y sus sueños prácticamente ilimitados. Para ilustrar, basta sólo esto: la copa del sueño de un bebé de un año de este pueblo alcanza la estrella Alfa Centauri (*4.3 años luz de la Tierra), una estrella que, por cierto, los aborígenes «desconocen».*

Los sueños, durante (y después de) la vida, se pueden ir disminuyendo, aumentando, transmitiendo, perdiendo, prestando, regalando, robando. Hay que cuidarlos con mucho celo. De ellos no depende solamente la estatura total de un individuo, sino, sumados con los demás sueños, también la estatura total de la humanidad.

Cuadro 38. «La estatura total», capítulo de la *Enciclopedia Serpentiana*, año de elaboración desconocido, propiedad de Drágor.

LA NOCHE DE LUTO

La terrible noticia de que su estatura es definitiva cayó con todo su peso sobre la voluntad de Herrero para vivir. Por ese hecho cruel su mirada se cubrió de un velo gris de tristeza, y Sasha tuvo que preparar el té de manzanilla para que el desolado enjuagara sus ojos. Además, para mayor seguridad, le dimos a observar una iluminación medieval de la plegaria eficaz contra la debilidad de la vista. Y como el pobre permanecía en total silencio nos asustamos de que la planta Infelicidácea pudiera cubrir su boca y dejarlo mudo para siempre así que empezamos a callarnos para compartir el mutismo.

Por supuesto, la despedida de Herrero de la esperanza de crecer nos afectó también a nosotros. Esther hizo para todos una cinta negra como muestra exterior de tristeza; y todos nosotros individualmente nos mudamos al lado umbrío[1] del ser como signo interior del respeto por la pena de Herrero. Bógomil cubrió con un lienzo negro el baúl con la Levedad elemental y éste, como si le hubieran puesto algo particularmente pesado encima, bajó de su alegre altura al penoso nivel del parqué. Antes de que el día se vertiera en la oscuridad encendimos la luz eléctrica para que los pececitos lunares, seres demasiado alegres en ese momento tan triste, no se notaran.

Herrero recibió nuestras expresiones de condolencia con suspiros. En silencio abrimos la botella de aguardiente de albaricoque, bebimos un vasito cada uno y Esther incluso soltó una lágrima. Entonces subimos al piso de arriba y, escuchando el clarinete de Bógomil, observamos las estrellas. Ya sea por su luz o por el té calmante, tal vez por aquella miniatura de la plegaria, el velo de tristeza en los ojos de Herrero adelgazaba convirtiéndose en melancolía.

—Con la estatura o con el sueño, pero yo las alcanzaré —dijo, mirando pensativo hacia la bóveda celeste despejada.

Copiosamente impregnado de color azul, el cielo parecía muy lejano, pero nadie dudó del voto de Herrero. El viento sopló con ráfagas anchas. Abajo, el lienzo negro se deslizó del baúl con la Levedad elemental que se estremeció un poco y con un ligero bamboleo empezó a elevarse. Arriba susurraba la copa del invisible Árbol del Universo.

A través de la noche se oía cómo se alejaban los pasos crujientes de alguien. Parece que el Vacío se retiraba por la nieve.

[1] ANATOMÍA VII

La imaginada, aunque no inexistente, superficie que pasa a través de cada hombre divide su persona en el lado umbrío y el lado luminoso.

El lado umbrío de la persona es el que no tiene sol y está escondido de los vientos que barren la oscuridad y la niebla, donde crecen el musgo, los hongos y el moho. En ese lado la humedad abunda a tal grado que a veces penetra hasta los ojos en forma de lágrimas. Allí habitan el pasado, la desesperación, la melancolía y la tristeza.

Todo lo contrario a éste, el lado luminoso es aquél donde la primavera llega antes. En general, este lado del ser humano se adelanta en el futuro por lo menos por una sonrisa antes que su propio dueño. Por ese lado viajan los vientos agradables y está soleado y habitado por la salud, la despreocupación y la abundancia.

Aunque en el inicio de la vida dichos lados humanos son de un tamaño bastante parecido, con el tiempo uno de los lados se expande a costa del otro. Si uno de ellos no se frecuenta, o se visita raras veces puede menguarse, encogerse, incluso desaparecer por completo. A una persona no instruida hasta un conocedor superficial de la anatomía podría aconsejarle en qué dirección hay que hacer los desplazamientos de la persona.

Señor, ten misericordia, Dios, amén. Partieron los siete forasteros al viaje y a los caminos y encontrándose con ellos Jesús les dijo: «¿Adónde van, siete forasteros?» Ellos le dijeron: «Señor, vamos con aquel siervo de Dios (nombre) para limpiarle los ojos de lágrimas y cúmulos, de enfermedades, de «torbellinos», de vientos, de basura y de polvo. Que los ojos queden limpios como una perla en un vaso de oro, limpios como el amanecer del sol en todo el mundo. Que la enfermedad se disperse de mis ojos como un torbellino en la tierra, como una nube en el cielo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre».

Cuadro 39. *La oración para cuando los ojos se ponen lagañosos y duelen*, miniatura de Trebnik de finales del s. xii, 6 × 13 cm, Colección de Manuscritos de Radoslav Grujic´ 3-I-65, Museo de la Iglesia Ortodoxa, Serbia, Belgrado.

CINCO PEQUEÑAS POSADAS DE UN SUEÑO GRANDE

Lunes

El lunes es angosto, hay poca luz, el día se retrasa, la noche se adelanta, apenas para que alcances a pasar por en medio. En esas pocas horas logramos desayunar huevos con tocino, coser los botones descosidos de las margaritas secas en los abrigos de invierno, observar nuestra morada desde el piso de arriba; nos sentamos y de nuevo comentamos los eventos del viaje apenas iniciado, para la comida guisamos la sopa con puntitos de zanahoria, nos preparamos para continuar la búsqueda, empaquetamos lo que resultó ser necesario desde la primera noche, cometas y lámparas de papel para indicar la dirección de movimiento, ropa y calzado más cómodos, el reloj de claro de luna, cuentos de hadas para inducir valentía, herbario para las plantas, los paraguas, el viento en el cabello, gorras y parasoles (porque el camino serpentea entre el otoño y la primavera, por encima de los inviernos y por debajo de los veranos). Nos reanimamos con el vino de zarzamoras. En el clarinete de Bógomil llevamos la cena; nos reconfortaremos con sus melodías.

Miércoles

Entramos en la posada a través del miércoles porque el martes resulta ser un pasillo demasiado estrecho; el miércoles, a su vez, es ancho, un día blanco de invierno, con la nieve cubierta de sol. Desayunamos las melodías restantes del lunes y descansamos nuestros pies y ojos. Por la tarde, al fin nos encuentra el cartero Spíridon, que nos estaba buscando en el martes; nos trae otra carta amenazadora en la que nos advierten que tenemos que devolver el techo a nuestra casa. Posponemos la lectura de la carta para el jueves. Con Spíridon esperamos la aparición de la tía Despina en el Espejo Septentrional. Es sabido que ella viene cuando Spíridon pasa por aquí, y él pasa por aquí justo cuando ella está por venir, la cual viene justo cuando él nos visita y así hasta marearte con ese extraño romance. En verdad aún no alcanzamos a describirle a Spíridon nuestra búsqueda de las ramas del Árbol del Universo cuando la tía Despina aparece en el Espejo

Septentrional envuelta en el enojo:

—¿A qué están jugando? ¿Están en el martes o en el miércoles?

—Perdona tía, estamos cansados de la búsqueda del Árbol del Universo. El martes nos pareció un poco estrecho, así que lo saltamos y estamos descansando en el miércoles —se justifica Bógomil.

—¡Pamplinas! —la tía no tiene ninguna intención de abandonar su enojo—. ¿Qué es eso de saltar un día? Yo he vivido algunos días por años.

—No se enoje, señora Despina, usted misma nos aconsejaba que no debíamos peinar demasiado la realidad —se mete en la conversación el cartero Spíridon.

—Oh, ¡usted está ahí! —la tía está aparentemente sorprendida y nosotros sabemos que lo peor ha pasado.

—Buenos días todos los días —sonríe el cartero—. Noto que se ve usted muy bien.

—Gracias por notarlo —se sonroja la tía.

Hasta el final del miércoles queda sólo un poco de tiempo para descansar. Después continuamos el sueño.

Jueves y viernes

Al amanecer entramos en el jueves, pero al recordar que había que leer aquella carta amenazadora relacionada con nuestro techo rápidamente cambiamos de opinión. Saltamos el jueves por completo. Viajamos hasta el viernes, al cual llegamos tarde, pues el sol ya está bien redondo. Presurosos, deshacemos las maletas con sueños y nos ponemos a vivir la realidad, observamos el cielo, cantamos las canciones, consultamos la *Enciclopedia Serpentiana* para la búsqueda del Árbol del Universo, relajamos las plantas de los pies con las plumas de pavo real, ya casi está, nos alentamos, está por aquí, muy cerca, Sasha afirma que había oído el susurro de su copa, juramos que no vamos a desistir. Bógomil propone llevar el ajo, ha oído que a su alrededor vuelan e impiden el acceso las tarascas, las vampiras, los camuñas y las pesadillas, nosotros estamos de acuerdo, con una voluntad firme abandonamos la posada, primero las aguas someras de la almohada, después las profundidades de los sueños.

Sábado, no precisamente un sábado verdadero

En la noche entre el viernes y el sábado nuestros oídos ya están llenos del susurro de la copa del Árbol del Universo. También se siente la vibración de los pequeños senderos que lo rodean. La decisión es unánime, no nos despertaremos hasta llegar, por lo menos, al más estrecho caminito. Por eso todo el día estamos soñando y hasta la posada del sábado se va solamente Sasha para regar las flores y traer

algo de comer. Nos informa que estamos roncando bastante fuerte.

—Nos ahoga la emoción por el pronto descubrimiento —explica Drágor.

Nos vamos deprisa.

Domingo

Con las últimas fuerzas, tambaleantes por el cansancio, logramos llegar hasta el domingo. Oh, ¡de qué manera nos hormiguean los pies, cómo zumban los oídos, se duermen las palabras y arden los ojos! Sin embargo, en nuestros labios, las sonrisas. Lo logramos, encontramos una ramita, una vereda del Árbol del Universo. No precisamente una carretera, no precisamente un camino, pero una vereda por la cual podremos seguir. En el sueño atamos a un extremo suyo un cometa, será fácil encontrar el punto de partida en las noches futuras. Después de una comida solemne observamos las chucherías traídas del viaje, las hierbas somnolientas, una pluma veraniega de ángel, un murmullo del molino del claro de luna… No podemos hablar mucho, la Silenciosa Tatiana canta una canción sobre un grupo de viajeros valientes. Un verso reza: «Por arriba de las aguas someras de la almohada, por debajo de los sueños profundos, a través del azul, en un barco de papel hasta el puerto del infinito».

Siete valentías al sudoeste de Manaos, justamente a lo largo de la línea del octavo paralelo del hemisferio sur, a través de la selva más espesa de la Amazonia, por las alturas y llanos, por el furioso río Madeira, el espumoso Tapajoz y el potente Xingu, por la jungla preservada desde la creación del mundo, pasa un sendero inexplicable de más de novecientas millas de largo y de ancho justo el suficiente para que se cruce una bandada de pericos que vuelan con una bandada de pericos que caminan. El camino que no construyó la mano humana y que comienza de repente, más sorprendentemente se extiende y súbitamente cesa, visible sólo desde el aire, es un misterio para todas las investigaciones llevadas a cabo hasta ahora. ¿Qué mente pudo haberlo trazado tan inequívocamente?, ¿cuál es su propósito? y, finalmente, si es que existiera algún propósito: ¿cómo pudo haberse realizado a través de esa espesura una hazaña del tamaño de la construcción de la Muralla China? Por un lado, tantas preguntas, por el otro, sólo una leyenda de las tribus indígenas de la cuenca del Amazonas, según la cual, el sendero es en realidad una ramita del Árbol del Universo que se había roto, durante una fuerte tormenta en tiempos inmemoriales, del sueño de algún brujo grande y que cayó en la realidad. La veracidad de lo dicho es confirmada también por los numerosos testimonios sobre muchos seres y artefactos que se pueden ver junto al camino y que existen sólo en los sueños: ángeles, cabañas voladoras, engendros con cuatro narices, mujeres con el cabello de agua, molinos de rayos lunares… Las tribus aborígenes creen que por el sendero del sueño pueden moverse sólo las personas sinceras. Para las demás es mejor que no lo pisen, sino que anden por la circundante selva de la realidad.

Cuadro 40. *El sendero del sueño*, imagen tomada desde el aire, 1: 10 000 000, 28 × 20 cm, 1990, Centro de Investigación Espacial nasa, Milwaukee.

EL TRABAJO EN LA DESTRUCCIÓN DEL VACÍO

Después del descubrimiento del Árbol del Universo, Herrero dividió su día en tres partes iguales. La primera la cedió al sueño, en el cual visitaba regiones sorprendentes y exploraba senderos, caminos y carreteras que lo llevaban cada vez más arriba. La segunda parte del día seguía, como hasta entonces, dedicada a Sasha y a su amor hacia ella. Las ocho horas restantes las gastaba en la investigación del Vacío y en la búsqueda de los métodos más exitosos para llenarlo.

No era necesario ceder muchas horas a los relojes para determinar que el Vacío era un campo muy poco explorado sobre el cual existía escasa literatura, cubierta por la secular telaraña del olvido o el miedo a la cognición. Sin embargo, Herrero pronto descubrió lo principal. El Vacío existía por todas partes a nuestro alrededor, se expandía y se retiraba, se unía en Vacíos grandes, se dividía en miles de Vacíos pequeños, atacaba con arrogancia o rondaba aparentemente sin interés, esperando el momento adecuado para atentar contra su víctima. A veces la gente estaba consciente de su existencia, a veces luchaba y, a veces, imprudentemente descuidaba el peligro con que éste la amenazaba. Los terribles ejemplos de desgracias causadas por el Vacío le advertían a Herrero que ante sí tenía un enemigo sumamente serio. Y encima de eso, su característica principal era la perfidia: podía ocultarse, esperar durante días, incluso años, y luego atacar con furia nuevos territorios, conquistándolos con vertiginosa rapidez. Por lo general, se apoderaba de la memoria y de la vista (aunque el atacado «veía»), pero lo más terrible y doloroso era su introducción en el alma. Los que se defendían se las arreglaban de diferentes maneras: tapaban su alma con estopa, la envolvían en redes, la regaban con la risa, la herraban con oro, la cubrían de piedras preciosas o la cortaban junto con el lugar infectado. Algunos pusilánimes ni siquiera oponían resistencia y cedían hasta el último pedazo de su persona, se rendían hasta morir.

No obstante, a pesar de ir comprendiendo cada vez más contra quién estaba luchando, Herrero parecía adquirir nuevas fuerzas y siempre encontraba suficientes impulsos para los constantes y

numerosos enfrentamientos. Los pequeños Vacíos, del tamaño de un grumo, se los encargó a Bógomil y a Esther. Su amor, recién florecido convertía, como en broma, esos Vacíos en polvo. La experimentada Lusilda y Sasha, quien ya había aprendido a volar con las pestañas, controlaban con éxito los vacíos de tamaño medio, informaban sobre las direcciones en que éstos se movían o con sus propios vuelos los dividían en segmentos más pequeños, más fáciles de vencer. Pero los Vacíos más grandes quedaron bajo la responsabilidad de la Silenciosa Tatiana (porque su canto llegaba hasta las mismas estrellas), de Drágor (porque era el mejor para interpretar las innumerables entradas de la *Serpentiana*) y del mismo Herrero (porque, simplemente, se consideraba el indicado para ser el enemigo más feroz e implacable de los Vacíos).

Y a pesar de que esa lucha era (y se divisaba que seguiría siendo) una tarea ardua, llena de giros repentinos, con resultados cambiantes, en general, una tarea a la cual no se le adivinaba el final, todos notábamos ciertas mejoras desde el día que Herrero emprendió la destrucción de los Vacíos. En el patio, las flores y el pasto se daban mejor, los amores en la casa progresaban, los cuentos de hadas se contaban mejor y la luna se llenaba más a menudo, por lo cual la horquilla, el frasquito y los pececitos lunares brillaban con mayor fuerza. Además de todo esto, ojalá nadie lo tome como una exageración, de vez en cuando nos parecía que los Vacíos estaban tan lejos de la casa sin techo que nosotros ocho nos comprimíamos en sólo dos personas.

Triste, viendo cuánto Vacío amenazaba a la gente, nuestro Señor ordenó que, por todo su país, se construyeran nuevos templos y se restauraran los abandonados para devolverles su antigua belleza y altura. Tras la construcción de firmes paredes, relucientes domos y esbeltos campanarios, el Vacío ya no pudo desplomarse sobre la tierra, sino que se quedó arriba por un tiempo y, destejido por los vientos, se desgarró y se dispersó. Y todo el pueblo empezó a glorificar al Señor suyo y nuestro, alabando su sabiduría, que lo había liberado de aquel peligro y que había salvado sus cuerpos y sus almas. Y en el país (entonces) empezó el florecimiento de la belleza, los años se volvieron cada vez más fructíferos, las mujeres más fértiles y todo amor, respeto y razón comenzaron a multiplicarse, lo que para mí, un monje pecador, era una felicidad enorme ver y describir en esta piedra. En los días iluminados por la bondad del gran y bienaventurado Señor Stefan Milutin, rey serbio, y nuestro arzobispo Nikódim. Gloria a Dios para siempre. Amén.

Cuadro 41. El monje pecador, *Pilares*, ilustración de una forma de lucha contra los Vacíos, inscripción grabada en la argamasa fresca de la nave central de la iglesia de la Ascensión de la Madre de Dios, 60 × 50 cm, año 1320 o 1321, Monasterio Gracˇanica, Gracˇanica.

CUENTOS DE HADAS (UNA SELECCIÓN)

El cuento de hadas de Bógomil sobre un padre, dos hijos y el desierto

Érase una vez un emperador. Y tenía dos hijos. Un día los hizo llamar y les dijo:

—Hijos míos, ya estoy viejo y debería descansar antes de morir. Estaba pensando a quién de los dos dejar la corona, pero como os quiero por igual, no me he decidido. Por eso sería mejor que os pongáis de acuerdo solos. Mañana os llamaré para que me digáis vuestra decisión.

Cuando los príncipes oyeron las palabras de su padre se dirigieron al campo para reflexionar sobre eso. En medio del campo había un árbol viejo alrededor del cual jugaban de niños. Los hermanos se sentaron debajo del árbol mirándose callados. El menor fue el primero en interrumpir el silencio:

—Que sea emperador el que primero llegue a la cima del árbol.

Su hermano estuvo de acuerdo con esta propuesta y ambos empezaron a subir a toda prisa.

Los príncipes tenían la misma fuerza y habilidad, así que pronto los dos se encontraron cerca de la misma punta del árbol. Ya no se podía avanzar más, las ramas eran demasiado frágiles para aguantar su peso.

Cuando pudo respirar, el hijo mayor del emperador dijo:

—Yo heredo a nuestro padre, la rama en la que estoy es más alta que la tuya.

Pero su hermano, que era más alto, no pensaba igual:

—Es verdad que tú estás en la rama más alta, pero mi cabeza está más cerca de la cima del árbol. El imperio es mío. Así disputaron los hermanos todo el día y toda la noche.

Por la mañana, el emperador descubrió que sus hijos no estaban, se preocupó mucho y envió a sus hombres a buscarlos. Los cortesanos no tuvieron problemas para encontrarlos, pero los príncipes se rehusaban a bajar del árbol hasta que se determinara quién había ganado. Así, un

paje regresó a la ciudad para informar al emperador de lo ocurrido. Al oírlo, el emperador se quedó pensativo y dijo:

—Los dos tienen razón. Por eso, diles a mis hijos que daré el imperio al que primero baje del árbol.

El paje regresó entonces al campo y repitió las palabras del emperador. Después de oír este mensaje, enseguida los hermanos comenzaron a bajar del árbol. Con la prisa, el menor resbaló y empezó a caer. Cuando el mayor vio eso, pensó que su rival quería llevarse la victoria con un salto, así que se decidió por el mismo y más rápido camino.

Ambos príncipes tocaron el suelo al mismo tiempo, pero como la altura era demasiada, los dos quedaron muertos. Los cortesanos regresaron a la ciudad en gran confusión.

Al enterarse de todo, el emperador se puso muy triste y en su dolor ordenó que se cortaran todos los árboles en su país. Pronto, del duelo por sus hijos, él murió también. Su imperio sin herederos fue atacado y devastado por el gobernante vecino. La gente se fue a otros lados, las ciudades en ruinas se cubrieron de maleza, y el viento, ahora sin árboles que le estorbaran, acumuló con el tiempo mucha arena y de esa manera se formó un gran desierto.

El cuento de hadas de Sasha sobre el molino de la existencia

Había un molinero del que se decía que podía predecir cuánto iba a durar la vida de cada persona. Por eso, cada día la gente de diferentes partes lo visitaba pidiendo que les predijera su hora final. El interesado tiraba bajo la piedra del molino del acontecer un puñado de granos del maíz de la vida y, según el tiempo de la molienda, el molinero determinaba cuántos años le quedaban al visitante.

Al enterarse de todo esto, el emperador de ese país decidió visitar al adivino. Pero, como quería vivir el máximo tiempo posible, decidió hacer una trampa. Les pidió a sus canteros que le hicieran piedras, las más duras que pudiesen, semejantes enforma a los granos de maíz. Así equipado, apareció ante el molino.

El molinero recibió bien al ilustre huésped. A la hora de vaticinar la longitud de su vida, el emperador tiró bajo la piedra aquellos granos fabricados. La piedra del molino empezó a rechinar y con un chirrido fuerte comenzó a desmenuzarse. El maíz falso fue demasiado duro para ella.

—Parece que voy a seguir viviendo por mucho tiempo —dijo el emperador a través de la risa.

—Realmente, señor, según los granos de la vida, no vas a morir nunca —contestó el molinero.

Pero no pasó mucho tiempo, aquel emperador enfermó gravemente y era cuestión de momento que iba a separarse de su alma. En el lecho de muerte hizo llamar al molinero.

—Tú dijiste que yo jamás iba a morir. ¿Por qué me mentiste? —le preguntó airado.

—Yo no mentí, emperador, fue tu maíz —dijo el molinero.

—¿Es que la piedra del molino ya molió todos los granos de mi vida? —se sorprendió el emperador.

—No, señor, ninguno —negó con la cabeza el molinero.

—Si es como dices, ¿por qué me estoy muriendo? —enfureció el emperador.

—Porque la piedra del molino del acontecer se gastó por sus granos, señor. Así que ahora tú mismo entiendes que el maíz sin la rueda de molino no tiene sentido, como tampoco la vida sin acontecimientos —contestó tranquilo el molinero.

El emperador sonrió con tristeza. Al ver que no era posible engañar a lo inevitable, ordenó que los canteros hicieran una nueva piedra de molino.

He aquí que esa rueda, aunque labrada en aquellos tiempos remotos, sigue dando vueltas despacio, despacio aún hoy en día.

Pero no pasó mucho tiempo, y aquel emperador enfermó gravemente y era cuestión de momento que iba a separarse de su alma. En el lecho de muerte, ordenó a sus cortesanos llamar a aquel molinero.

—Tú dijiste que yo jamás iba a morir. ¿Por qué me mentiste? —preguntó airado en cuanto el molinero se acercó a su cama.

—Yo no mentí, emperador, fue tu maíz —el molinero hizo la reverencia.

—¿Es que la piedra del molino ya molió todos los granos de la vida? —se sorprendió el emperador y con él, como junco bajo el viento, se sorprendió todo el séquito palatino.

—No, señor, ninguno —negó con la cabeza el molinero en dirección contraria a ese viento.

—Si es como dices, ¿por qué me estoy muriendo? —enfureció el emperador, y tanto que los cabellos rizados de los cortesanos se alisaron de miedo.

—Porque la piedra del molino del acontecer, señor, se gastó por tus granos. Así que ahora tú mismo entiendes que el maíz sin la rueda de molino no tiene sentido, como tampoco la vida sin acontecimientos —contestó el molinero con tanta tranquilidad que ni una sola pizca de harina se desprendió de su vestimenta.

El emperador acarició su barba. Luego sonrió con tristeza. Al ver que no era posible engañar a lo inevitable, ordenó que los canteros hicieran una nueva piedra de molino.

Cuadro 42, Herrero, «El emperador y el molinero», ilustración para el *Cuento de hadas sobre el molino de la existencia*, carbón sobre papel, 12 × 10 cm, 1992, propiedad del autor.

LA PESADA, DEMASIADO PESADA, PIEDRA NEGRA

Así como el lobo siente a sus perseguidores, la leona el peligro para sus crías y el caracol la llegada de un incendio forestal, nosotros sentimos que iba a ocurrir algo malo. ¿Qué? No lo sabíamos. Pero algo malo, algo pesado oprimía el aire. Bógomil soñó que a nuestra casa le había crecido el techo. Directamente de la cama corrió al piso en su pijama con diseños de notas musicales y claves de sol, y sólo cuando topó con el cielo la pesadilla se le cayó de las manos. Andrei encontraba erratas en sus libros de itinerarios de trenes. Erratum en la literatura de ficción puede ser peligroso porque introduce la equivocación en la realidad, pero un error en los libros de itinerarios de trenes, en estudios historiográficos o en periódicos tiene el peso de la fatalidad porque introduce la realidad en la equivocación.[1] En el cabello de la Silenciosa Tatiana se alojaban sólo las canciones tristes. Peinarlo cada día se mostró como una tarea vana, porque las canciones tristes hacen sus nidos más rápido que el más veloz movimiento de una mano. En los posos de café, Esther veía el camino que salía de la casa sin techo. Aunque este tipo de cartografía no está completamente reconocido, negar su verosimilitud significa el comienzo de la imprudencia. Herrero perdió una idea ya compuesta para una novela y las páginas aún sin unir se dispersaron en los tres tiempos. A Lusilda se le cayeron dos pestañas. Como la pérdida ocurrió en el párpado derecho, durante el vuelo se desviaba seriamente a la izquierda. Sasha estaba convencida de que todas las Felicidáceas se habían marchitado. Y, por lo mismo, que las Infelicidáceas crecían desenfrenadamente. Drágor sospechaba que un Vacío particularmente peligroso se había introducido en nuestra casa. Por eso revisamos toda la morada de arriba abajo. ¡Por donde no miramos!: detrás de los muebles, en los rincones, en los floreros, debajo de las alfombras. Incluso peinamos el patio. Y aunque no encontramos ese Vacío agobiante, la sensación de algo malo no mejoraba. Al contrario, cada momento iba aumentando de peso. Dejamos de contar y de inventar cuentos de hadas, dejamos de tocar música, de escuchar las melodías que se detuvieron en los pliegues de

las cortinas, dejamos de jugar, de seguir los movimientos de dibujos terrestres y celestes, incluso de hablar para que casualmente no se nos escapara alguna palabra de mal agüero. El primer martes del mes de marzo este mal presentimiento adquirió tal espesura que se nos nubló la vista.[2]

Por uno o dos momentos no veíamos nada excepto la negrura, seguida por el estrépito del viento y el terrible rechinar del parqué. Cuando el eclipse pasó, notamos que el Baúl con la Gravedad elemental apenas se asomaba del hoyo en el suelo del cuarto de reuniones. Nosotros mismos, más pesados por los oscuros pensamientos, intercambiamos miradas asustadas.

[1] ERRATA CORRIGE

En vísperas de los días de Pascua de 1980, en los veinte *arrondisements* de París, justo al amanecer, dos mil repartidores de periódicos repartieron gratis, a los habitantes de la Ciudad Luz, casi medio millón de ejemplares del primer número del periódico llamado *Errata corrige*. Aparte de la pequeña nota editorial, firmada por la editora del periódico y profesora de ética en la Sorbona, Nadine Moene, todas las páginas de *Errata corrige* estaban llenas de series de columnas con un título común, «Correcciones», y los títulos individuales «Donde», «Está» y «Debe estar». Acostumbrados a muchas publicaciones vanguardistas, los ciudadanos de París tal vez no le habrían prestado la atención debida al nuevo periódico si la mencionada nota editorial, publicada en letras grandes, no los hubiera informado: «Queridos conciudadanos, en los siglos pasados así como en el nuestro también, particularmente en la década pasada, los escritores de periódicos, los dibujantes de mapas, los historiógrafos, los políticos y los servicios de publicidad y propaganda produjeron montones de mentiras tan insolentes, que no pueden ser otra cosa más que erratas. Con el deseo de creer en esto último y aceptando ese juego que es mucho más que un juego, publicamos esas erratas y ofrecemos a su juicio, como al final de cualquier libro serio, sus correcciones».

Durante las horas siguientes, por París corrieron más acontecimientos que los que las famosas calles y palacios recuerdan en el último decenio. El contenido del periódico agotado se difundía, los embajadores pedían la recepción, el nuncio apostólico presentó una protesta, el Gobierno tuvo una sesión, la Academia también, los ciudadanos se reunían, los desmentidos se multiplicaban, se creó una inquietud entre los servicios secretos, hubo pánico en los consejos de

las grandes corporaciones y confusión en las oficinas gubernamentales. Debido al estruendo general de inculpaciones y justificaciones nadie oyó el disparo de revólver que en un edificio tranquilo en la calle Lafayette produjo la mancha roja en el pecho de Nadine Moene, inclinada justamente encima de la *Ética* de Aristóteles.

Como suele ocurrir antes de los días festivos, el número de robos de casas en París creció vertiginosamente. Esta vez, en vísperas de la Pascua de 1980, de los apartamentos y coches robados, desaparecían misteriosamente sólo los pliegos doblados de papel amarillento, titulados *Errata corrige*. Algo se dijo también de que las comisiones especiales habían destruido la tirada completa del periódico. Otros diarios, ya en sus ediciones vespertinas, convirtieron ese rumor en mutismo. También silenciosamente, la mano de alguien con un guante de terciopelo sacó de debajo del cuerpo sin vida de Nadine Moene, la *Ética* de Aristóteles. Y la cerró. París se estaba inundando con su luz.

2 EN ÉL, UN PEQUEÑO Y, SIN EMBARGO,GRANDE TRAZO DE BLANCURA

Al igual que el granito más negro tiene alguna veta de blancor, así también todo ese mal tenía una cosa buena. Dado que los presagios funestos oscurecieron todo ante nuestros ojos y, por lo tanto, no había luz, desaparecieron también todas las sombras. En ese momento breve nada en nuestra casa tenía su reflejo, por lo cual la sombra de Eta, en forma de sofá, tampoco caía sobre Andrei. En la oscuridad total el preso de varios meses simplemente se levantó y, por primera vez desde el tintineo del pestillo, dio un paso fuera de su prisión. Cuando el día regresó no nos dimos cuenta enseguida que Andrei estaba de pie junto a la mesa, parpadeando como la gente que pasa mucho tiempo en la oscuridad y palpando la textura del aire con las yemas de sus dedos. Sólo después de ver el Baúl con la Gravedad elemental hundido, notamos su sonrisa. Entonces vimos cómo la sombra cuadrada de Eta salía por la ventana entreabierta. Afortunadamente, durante el eclipse nadie se movió, así que ésta no se había aferrado a una nueva víctima. Rozando la tabla de la ventana y derramando el polvo gris, la sombra de Eta nos abandonaba para siempre. Fuera se detuvo titubeando y luego, llevada por las corrientes de aire, desapareció en los remolinos de la lejanía.

—¡Bienvenido, bienvenido! —gritamos con alegría.

Andrei se palpaba, se frotaba los ojos, se tocaba las piernas y los brazos sin creer que se trataba precisamente de él. Todos le dimos besos como a un hombre que inesperadamente regresa de un viaje

largo y peligroso.

—¡Bienvenido, bienvenido! —cundía a alegría de sobra.

Confundido por la repentina libertad, Andrei sonreía y daba pasos de asombro por el cuarto de reuniones.

Donde:	Está:	Debe estar:
en cada lugar	dinero	el tipo de ídolo extensamente difundido en todos los cruceros
en cada lugar	políticos	jugadores de cuadrilla juntoa los caminos
en cada lugar	iglesia	corporación para la difusión, preservación y venta de fe junto a los caminos
en cada lugar	ciudades	obstáculos en los caminos
en cada lugar	Estado	gran obstáculo en los caminos
en cada lugar	tecnología	la cima de la colina de la apariencia
en cada lugar	cartografía de la tierra	ideología que representa los ríos, losbosques, las cañadas y las montañascomo obstáculos, y las señales de carretera como señales de carretera
en cada lugar	cartografía del cielo	ideología que con la tecnología trata de alcanzar el supuesto obstáculo de la altura

Cuadro 43. Nadine Moene, «Algunas correcciones generales», parte de la página del periódico *Errata corrige*, impresión manual, 15 × 10 cm, 1980, Expediente M45621-7, Archivo de un ministerio, París.

TAN TÁN

La liberación de Andrei de la sombra de Eta refrescó nuestro estado de ánimo ya completamente marchito. Por la misma razón, el Baúl con la Gravedad elemental había salido (brotado) del parqué. Es verdad, sólo un poquito, pero lo suficiente para poner debajo de él dos sogas y, tirando todos juntos, sacar hasta la mitad este objeto tristemente sumido. Sólo en el sueño podía hacerse más que eso: en la realidad, el mal presentimiento seguía presente, demasiado pesado incluso para usar una palanca que Drágor había inventado.

Sin embargo, la vida en la casa sin techo regresaba despacio a su lecho original, con la orilla derecha formada por la tierra y la orilla izquierda por el cielo. También nosotros, cada vez más a menudo, regresábamos a las antiguas tareas: a la recolección de guijarros de las dos orillas, a la búsqueda de las maneras para superar los peligrosos remolinos y a evitar los mohosos silencios. En el medio, donde la corriente se cansa sólo cuando se ata en el nudo mortal, admirábamos la voluntad de Andrei de alcanzar la marcha avanzada. Propenso a la precisión (característica desarrollada debido a la investigación de los itinerarios de trenes), armado con pinzas y una pequeña escoba, él encontraba y aniquilaba con éxito hasta los Vacíos más diminutos, en general los más peligrosos, capaces de introducirse en las personalidades humanas, donde primero pican a uno y luego, al unirse entre sí, crean verdaderos abismos.[1] Además de eso, Andrei se lucía en la narración de cuentos de hadas invernales y en largas caminatas sobre la nieve, pero mostraba especial talento en el arte de moverse entre la cantidad de entradas de la *Enciclopedia Serpentiana*.[2] Era un pequeño gran milagro lo rápida y completamente que había revivido después de tantos meses de prisión.

Aparte de expresar su deseo de que la sombra de Eta encontrara a su propietaria (seguramente no es fácil para la gente estar sin su propio reflejo), a ella no la mencionaba. Terminó el juego del escondite el día que organizamos una comida solemne por su regreso. Simplemente, así como se desatan las cosas enredadas, se acercó al rincón que formaban el armario con membrillos y el armario con manzanas y dijo brevemente:

—Tan, tán, salvación para todos nosotros.

Entonces se sentó a la mesa. El lugar que le asignamos estaba entre Bógomil y Esther. Sus miradas enamoradas no permitían que encima de la cabeza de Andrei se juntaran, a causa de las malas experiencias, las nieblas de la decepción amorosa.

La vida se cruzaba con las orillas. Las olas tocaban la tierra y el cielo, esculpiendo en silencio las piedras y las nubes.

1 ANATOMÍA VIII

Cada individuo, en realidad, representa una entidad determinada y única, formada por un gran número de personalidades. Y aunque resulta difícil obtener una imagen real de ellas, es cierto que pueden variar desde unas pocas hasta varios centenares. Además, es imposible determinar su número exacto, ya que éste es variable: en un hombre ciertas personalidades nacen o mueren varias veces durante su vida.

En cada uno de nosotros, las personalidades se diferencian por un ramillete de sorpresas. Sin embargo, no sorprende que de alguna manera subsisten en una paz relativa. El secreto, por supuesto, está en la armonía, un principio difícil de explicar, pero en el cual todo descansa y en donde se basa todo lo existente e inexistente.

Cualquier alteración de la mencionada armonía conlleva una serie de malas consecuencias. Hacer caso omiso de alguna personalidad propia y reprimirla a favor de otra ocasiona grietas. En las grietas se alojan los pequeños Vacíos que a su vez se unen formando Vacíos cada vez más grandes. Es fácil deducir adónde lleva su expansión adicional.

Todas las personalidades internas son abarcadas por la externa, la cual no es ninguna de ésas, pero tampoco una aparte. Los etruscos fueron los que prestaron un término a la mayoría de las lenguas europeas: *phersu* —el ser que vive entre el mundo visible y el invisible. Por eso es posible creer a esos antiguos habitantes de la península apenina, quienes nos transmiten a través de los siglos que el mejor análisis de la personalidad externa nos lo puede ofrecer cierto Espejo Occidental. Lamentablemente, en la milenaria inundación de espejos instruidos a obedecer a sus propietarios, esa especie particular de espejos se perdió, y tal vez se olvidó también la manera, por lo demás simple, de usarlos.

2 LA VETA DE ORO QUE EN ESTE CASO RESULTA SER DE PLOMO

Gracias a la intuición desarrollada en la oscuridad de su encarcelamiento de varios meses, Andrei, infaliblemente, descubría y descifraba las enredadas entradas de la *Serpentiana*. Sus aguzados sentidos percibían el movimiento de los textos en la enciclopedia como los rabdomantes sienten el movimiento de los ríos subterráneos más recónditos. Nosotros, en broma, decíamos que Andrei había encontrado la veta de oro y que ahora sólo había que seguirla. No obstante, cuando nos interpretó la entrada de «La conversión de los metales inferiores en los superiores», comprendimos que nuestra broma estaba con un pie dentro de nuestra sala de reuniones. Antes disperso por aquí y por allá, ahora en la *Serpentiana* estaba escrito:

CADA planta tiene su semilla. (Ende)
La biblioteca es un crucigrama de filas horizontales de
LIBROs y filas verticales de aire. (Borges)
AUN el camino más ancho está quieto ante un río. (Andric´)
Por el mapa extendido derramaron el agua y la arena para ver
dónde estaba EL vado del río. (Cortázar)
DE ella emanaba calor. (Singer)
Los mensajes de mayor IMPORTANCIA se esconden
en los ojos. (Buzzati)
También el susurro de la hierba es APARENTEMENTE bajo,
pero alcanza los oídos. (Vian)
A la montaña la consideran baja porque es PEQUEÑA en relación
con el cielo. (Polo)
Una libra de realidad TIENE aproximadamente dos libras de
sueños. (Vuk)
Introduza SU alma por la hendidura, y luego
usted mismo sígala. (Potocki)
Cada noche excavaban la VETA lunar. (Tolkien)
Una cabellera DORADA se ata con las cintas de la lengua
francesa. (Pavic´)
Por la mañana encuadernaban los sueños como si fueran una obra
IMPRESA. (Calvino)
Los libros CON TIPOGRAFÍA hecha de sueños son más ligeros
que los manuscritos. (G. Márquez)
Un puñal con mango DE madera de rosal (Kiš)
Las iglesias tienen los techos de PLOMO para que los
frescos no puedan levantar el vuelo. (Eco)
SU cintura. (Carver)
En China no se mide el peso sino
el BRILLO de los ojos. (Freiser)
Antiguamente la panza SE abotonaba con botones. (Rabelais)
Al amanecer el cielo se DESCUBRE de la oscuridad. (Crnjanski)
A UN PERSEGUIDOR veloz le puedes leer el destino
en las plantas de sus pies. (Rushdi)
La casa de un constructor PACIENTE tiene
varias ventanas. (Cˇelebija)

Su vestido se mecía tan COPIOSAMENTE que
mareaba a los pájaros. (Harms)
Subimos a la cima PREMIANDO los ojos con
el fértil valle. (Dante)
El alma es ligera si EL ESFUERZO EMPLEADO
es pesado. *(Chéjov)*

Cuadro 44. *La conversión de los metales inferiores en los superiores*, impresión en oro, 211 cm de longitud total, año de elaboración desconocido, *Enciclopedia Serpentiana*, propiedad de Drágor.

LA CARTA VOLTEADA, SONIDOS, LO QUE RESULTE MEJOR

Ocurre a veces que un jugador de solitario[1] se detiene ante el miedo de la carta que sigue. Los dedos se le ponen rígidos, por su frente empieza a deslizarse una gota de sudor, en su estómago comienza a hervir el miedo, sus labios se cierran en un nudo de silencio. ¿Quién se esconde tras el diseño laberíntico en el reverso del naipe? —se detiene su mente pensando y él pasa el tiempo tratando de oír lo que oculta el otro lado, constantemente aguzando su oído, distinguiendo sonidos con el corazón oprimido:

Primero las voces humanas, un susurro ondulado, pasos crujientes, atrevidos gritos a todo pulmón, risas… Luego, el retumbar de las máquinas y de la tierra que se arruga, el sordo martilleo, los sonidos de derrumbes. Después, como si a las paredes se les doblaran las rodillas. Un momento de silencio. Entonces una lluvia de tejas. Primero remota y luego cada vez más cercana. Después, todo se repite, una, dos, tres veces… Cuando el oído ya se ha acostumbrado a la monótona repetición, cuando la curiosidad gana al miedo, ¡un estruendo aún más fuerte! Como si con el rechinar de la puerta se cerraran también todas las entradas y salidas. Como si con el estallido de todos los cristales de las ventanas se rompieran también todos los horizontes. Como si con las paredes se derrumbaran también los huecos en donde se guardan los recuerdos. Como si, en lugar de la lluvia de tejas caídas, el cielo se partiera con un gemido. Como si con el tintineo de sus radios de plata, la rueda lunar se detuviera en el mismo comienzo del abismo, donde los bordes se desmigajan y, con las manos desnudas, libran su batalla de vida o muerte.

Si esos sonidos llegan desde abajo de la carta, es mejor no darle la vuelta. No viene de sobra, tampoco, poner algo sobre ella, de ser posible, algo muy pesado.

[1] **EL SOLITARIO O LA POÉTICA**

El solitario es un juego de naipes con muchas variantes para una sola persona. Consiste en distribuir los naipes de una o varias barajas según determinadas reglas, unos sobre otros o unos junto a otros, lo cual, en caso de terminarse con éxito, obtiene cierto significado.

A menudo ocurrirá que debamos usar dos naipes próximos o lejanos. En tal situación, en un naipe hay que doblar la parte que se encuentra fuera del marco, pero que está orientada hacia el marco del naipe próximo o lejano. Colocamos el naipe doblado sobre el marco del naipe próximo o lejano, de manera que la base y la bóveda de un naipe sean la continuación de la base y de la bóveda del naipe próximo o lejano. Si queremos pegar las hojas de los naipes, entonces en una de ellas cortamos, junto al borde del naipe, su lado septentrional y su lado oriental. La hoja en la cual estos lados están cortados se pega sobre la hoja próxima o la lejana, de manera que en ambos coincidan los bordes, para que la base y la bóveda de un naipe sean la continuación de la base y la bóveda del otro naipe.

Cuadro 45. Aleksandar Đ. Petrovic´, «Composición de los naipes», la quinta parte del octavo capítulo del manual para viajeros *La lectura de los naipes y la orientación*, 10 × 8 cm, 1970, Biblioteca Nacional de Serbia, Belgrado.

ACERCA DE LA DIFERENCIA ENTRE UN RELOJ DE SOL Y LOS RELOJES MECÁNICOS

Cuando sobre la medianoche había caído la tercera o cuarta braza de oscuridad nos despertó un sonido parecido al aleteo de una bandada de murciélagos. Enseguida bajamos de los sueños a las almohadas y así, soñolientos, saltamos de las camas. Descendiendo deprisa de su Árbol del Universo, Herrero se torció el tobillo. Bógomil tiró una silla. Lusilda tropezó con su «¡Oh!». La Silenciosa Tatiana dio un traspié con Lusilda. Las tórtolas asustadas levantaron el vuelo. Los pececitos lunares se escondieron en los pliegues del agua del acuario. Finalmente, Sasha encontró una vela, pero sus parpadeos débiles no iluminaron más que el desorden.

Justo cuando nos acostumbramos a cierto peso del miedo, éste se duplicó, detonó un estruendo más fuerte por el cual la casa se sacudió tan a fondo que se cayeron todas las grietas de las paredes. Temiendo pisar alguna de ellas con los pies descalzos, no nos movíamos y en silencio escuchábamos cómo algo amenazador retumbaba y se desmoronaba encima de nuestras cabezas.

—El coco anda suelto —Herrero susurró primero; la naturaleza de cierta gente no hace diferencia entre el momento en que hay que hablar y el momento en el que hay que amarrar la lengua a los dientes.

—Que yo sepa, nosotros no tenemos desván —se opuso Bógomil, sólo para que el terrible silencio no se impusiera de nuevo.

—E… —empezó Herrero, pero en el piso de arriba algo estalló de nuevo, y después se dispersó en un eco que rompió las ramas del durazno y los retoños del tejo.

La ventana jamás había enmarcado una vista tan triste. La luna flotaba de manera muy rara. Sus rayos de plata giraban en el vacío. Como si alguien hubiera destejido los diseños lunares. Soplaba un viento fuerte, la bóveda celeste aleteaba como una bandera rota.

—Topamos con un iceberg —leímos el aliento helado de la Silenciosa Tatiana sobre el cristal de la ventana.

—Es imposible, el invierno se está acabando —Drágor borró su neblina.

—¿No será un meteoro? —preguntó Sasha.

—Imposible, hasta el verano nos falta aún la primavera —otra vez no estaba de acuerdo Drágor.

—En este caso, ármense de valor y vamos a ver qué ocurre arriba —Andrei dobló la conversación y la metió en el bolsillo de su pijama.

Había bajado otra braza de oscuridad hasta que reunimos suficiente valor para subir. No era que tuviéramos miedo, sino que con cada estallido nuevo el valor se nos caía de las manos, por lo que no lográbamos juntar la cantidad necesaria.

Finalmente, entre dos estallidos, juntamos lo que se pudo y partimos hacia los aposentos de arriba. A nueve montañas de allí estaba despuntando el alba. Apenas para poder notar lo gris del cielo. Y entonces la casa se sacudió de nuevo. Casi nos caímos, maldiciendo sin vacilar el momento en que abandonamos el cuarto de reuniones. El cielo se mecía, de sus bordes se caían las estrellas restantes, masas de nubes entrechocaban y los plateados rayos de luna se atoraron en el negro abismo sin cumbre. Las gruesas sogas del chirrido nos llevaron a la causa de nuestros problemas. Allí donde la Ciudad colindaba con el Suburbio, giraban las grandes grúas, las cabrias rompían la bóveda, se construía un rascacielos. En las casas aledañas de techos rojos todos seguían durmiendo tranquilamente. El amanecer había llegado hasta la quinta montaña,

—¡Ay del río que destruye sus propias orillas! Tarde o temprano se convertirá en pantano, pero esto no es un cuento para nosotros, sino para los viajeros[1] —dijo Drágor.

—¡Nos están quitando el techo, ayuden, nos están quitando el techo! —gritaba Esther; sin embargo, el viento se llevaba sus palabras.

Protegidas por la última braza de oscuridad, las grúas seguían rompiendo la bóveda azulada. En ese lugar seguramente habían imaginado un edificio particularmente alto. El amanecer conquistaba las pendientes de la tercera montaña.

Entumecidos por la impotencia, con los ojos abiertos de incredulidad y con los corazones oprimidos, nosotros seguíamos de pie en el piso superior de la casa. Cuando el alba alcanzó la segunda montaña, las grúas se pararon. El mundo empezaba a despertarse. A pesar de haber amanecido, nuestro reloj de sol no funcionaba. Los inquilinos de las casas de techos rojos se apresuraban por las calles paralelas mirando sin cesar sus relojes mecánicos sin notar el ¡!

[1] **UN CUENTO PARA VIAJEROS**

Érase una vez un río. Por la mañana corría verde, al mediodía se tendía rojo, al anochecer pasaba azul. Sus aguas se movían: una ola rápidamente, otra ola despacio. Con el mismo cuidado llevaba en sus aguas libélulas, hojas, espuma y lanchas. Atrapaba el mal en sus remolinos y corría sosegado por su lecho, abrazándose sin cesar con sus dos orillas, una de la tierra, otra del cielo. Puesto que la tierra y el cielo le obsequiaban su rumbo, él les devolvía otro bien: con sus aguas bañaba sus piedras y sus nubes. La primera ribera siempre era fértil, la segunda siempre despejada. Así corría el agua y transcurría el tiempo.

Pero sólo la lucha entre el bien y el mal es eterna, todo lo demás tiene duración incierta. ¿Tal vez fue el agua la que se había envanecido, o los remolinos habían enloquecido, o las olas rápidas hundieron las tranquilas o los dueños de las lanchas quisieron navegar a mayor velocidad? Difícilmente al-guien recuerda qué fue lo que sucedió. Sea lo que fuere, el río comenzó a agitarse, a revolcarse y a enfurecer sin preocuparse en absoluto por sus orillas. Ola tras ola empezó a golpear la tierra y el cielo, desmenuzando piedra por piedra, rompiendo una nube tras otra, derribando sin piedad las dos orillas. La tierra se cubrió de lodo y el cielo de légamo. El mismo río se volvió turbio, pero siguió devorando sus riberas, extendiéndose sin mesura, perdiendo su rumbo en la extensión inundada. En el inicio del final, al haber gastado su fuerza, sin el cauce delimitado por la tierra y el cielo, desbordado, se convirtió en agua estancada, el agua que no corre a ningún lado, la que no trae nada.

Es digna de admiración la inteligencia de nuestros constructores. El mismo día fue traído un centenar de cajas repletas de flautas. A los más sensibles se les repartió algodón para los oídos, porque durante la soldadura las flautas emitían sonidos implorantes. El montaje de los tubos no duró mucho. Del rascacielos se seguían oyendo aún esporádicos tonos de los instrumentos oprimidos, pero cuando por las flautas dejaron correr el agua matada con el calentamiento en las calderas, se hizo un silencio sordo, listo para recibir a los nuevos inquilinos.

Cuadro 46. R. K., *Los constructores que infunden orgullo: la introducción de la calefacción central en el nuevo rascacielos en el límite entre la Ciudad y el Suburbio*, fotografía en blanco y negro, 20 × 5 cm, 1992, *El diario de la Ciudad* (número 1794).

UNA FANTASIA COLECTIVA

Al igual que los flejes de acero sostienen la oscuridad en un barril, así la realidad rompía sin misericordia el azul con un eco doloroso, y clavaba una grieta tras otra en la bóveda celeste, construyendo un Vacío cada vez más grande, más ancho y más profundo. Si un recipiente colmado de oscuridad no se llena con algo, seguramente se rompe y entonces no hay estopa que pueda detener el derramamiento de la negrura. Por eso, en los barriles siempre hay que poner algo como medida de protección. Aún hoy en día, los vinicultores en la región de Mosela, después de vaciar un barril, suelen poner en él una baya grande de uva u otra cosa, para que la oscuridad no se imponga hasta la nueva vendimia. Como nosotros teníamos más fantasía que otras cosas, decidimos enfrentar el Vacío con lo único que no nos escaseaba.

—¿Con la fantasía? —pregunta Esther—. ¿Qué es una fantasía?, ¿lo mismo que una ilusión?

—No precisamente, la fantasía es algo que existe, pero a muchos les parece que no. Con la ilusión ocurre lo contrario, es aquello que no existe, pero muchos creen que sí —le contesta Drágor detalladamente.

—No me parece demasiado bien peinado eso —está confundida Esther con la explicación.

—Y no debe serlo —sonríe Drágor.

—¡Helo aquí! —Herrero tiene que ser el primero—. Estoy imaginando un campo. Más bien, una ladera que desciende suavemente hacia el río flanqueado por sauces.

—La hierba, veo, está entretejida con las sombras de las nubes. Y la trama de las nubes mechudas son los rayos del sol —traduce Drágor el canto de la Silenciosa Tatiana.

—Las flores en el campo son silvestres. Pequeñas en cuanto a forma, grandes en color. Por encima de las flores corre un caballo blanco. Cuando su Cuerpo se yergue en el galope, sus ancas brillan. Lo monta el Espíritu —agrega Sasha.

—El caballo y el jinete, el Cuerpo y el Espíritu, se meten por entre los sauces al río. El agua salpica por todo el sendero. Los guijarros susurran. Junto al camino ondulado, el caballo blanco y el jinete

viajan hacia el cruce de la confluencia, de allí por un río más pequeño, y después por un arroyo hacia el manantial —dice Bógomil.

—De vez en cuando, el caballo blanco toma el atajo por la orilla de la tierra. A veces acorta el camino por la orilla del cielo. A la derecha lo acompañan nutrias, cangrejos y tortugas, a la izquierda, agachadizas, patos y grullas —se manifiesta Lusilda.

—Después regresa al sendero de agua. Les abre paso a los cardúmenes de peces en su camino hacia el desovadero. Entre las briznas de las hierbas de arroyo, por la cañada y cuesta arriba, va deprisa hacia el manantial —agrega rápidamente Andrei.

—En el manantial, alto arriba en la montaña, debajo del viejo y crecido árbol, el jinete y el caballo se detienen —es breve Esther.

—El caballo blanco agacha la cabeza y bebe del principio del sendero. El Espíritu desciende por su Cuerpo al manantial para lavar su rostro con el agua primigenia —concluye Bógomil.

Luego, todos callamos observando la fantasía. El silencio es tan espeso que hasta nosotros no llega el chirrido de las vigas ni el doblar de las rodillas de nuestro techo azul que se hunde cada vez más peligrosamente bajo los golpes de grúas y cabrias.

—¡Qué paz tan agradable arriba en las montañas! —después de media hora dice Sasha primero.

—Muy agradable —confirmamos nosotros.

—Me pregunto ¿por qué esto es sólo una fantasía… —murmura Esther decepcionada, jugando, cautivada, con una hoja del sauce enredada en sus rizos.

—¡Eh! —suspira Drágor y pasa la mano por su propio cabello, parecido a una crin.

Los ojos azulados de la Silenciosa Tatiana navegan por nuestros cuerpos. Se oye la respiración cansada de Andrei; Herrero enciende la pipa y le tiende a Sasha una gota de agua clara que milagrosamente aparece en la palma de su mano. Esther escribe en su diario: «Esta noche tuvimos una fantasía colectiva. Es como poner una baya de uva en la oscuridad de un barril o meter la lavanda en el armario para que la oscuridad no te cree Vacíos en un suéter cálido».

Después de marcar el fin de la anotación con un punto, Esther envuelve su cuaderno con el aroma de tabaco de la pipa de Herrero.

—Para que no se desgasten las cubiertas —explica, aunque nadie se lo pregunta.

El rechinar de la bóveda corroe el borboteo del lejano arroyo. Los golpes sordos oscilan encima de nuestra casa sin techo como contando el tiempo que queda. En el límite entre la Ciudad y el Suburbio ya están forjando sonoramente los pesados aros para ceñir la oscuridad. El suave aroma de tabaco cubre despacio los muebles en el cuarto de

reuniones, como un lienzo blanco antes de la mudanza.

Los pueblos prístinos lo llamaban el Mar Salado. Hasta sus costas de azufre (bajo las cuales se arrepienten ardiendo en llamas los pecadores de Sodoma y Gomorra) llevaban en las pesadas carretas de bueyes la oscuridad, cuidadosamente recolectada durante todo el año en toneles que sólo los brazos de una familia de cinco miembros alcanzarían a rodear. Para que no volara por el mundo, el oscuro contenido se vertía en las aguas sin salida.

Más tarde, hacia el mismo lugar, ahora llamado Lacus Asphaltites, serpenteaban las caravanas romanas agotadas por el sol del desierto y la carga de las ánforas colmadas de oscuridad y selladas con yeso. Las tinieblas de todas las Provincias terminaban en el agua estéril, bien asegurada por las columnas de piedra, de las que cada una podría ser la desdichada esposa de Lot, advertencia sumamente suficiente para que los latinos no volvieran sus cabezas de regreso.

Los árabes sólo cambiaron su nombre denominándolo Bahr-Lut. Transportaban la oscuridad en grandes odres colgados de las jorobas de pacientes camellos. Obsesionados con la luz, le agradecían al Profeta haberles obsequiado el depósito de la oscuridad que no tenía salida.

Con el tiempo, el curso de los cambios de nombres se detuvo en el de Mar Muerto. Con un cuidado tan grande como su sabiduría, la gente no dejaba que la oscuridad se extendiera, sino que la seguía trayendo en barriles, así teniendo siempre a la vista todo el Vacío del mundo.

Pero el gorgojo que va comiendo los siglos tampoco deja en paz las buenas costumbres. Vertiginosamente multiplicando la oscuridad, la gente descuidó su eliminación y cada vez pensaba menos en sus almas y aún menos en sus descendientes. Los Vacíos se derramaron por el cielo y se dispersaron por la tierra creando remolinos profundos, tan pérfidamente profundos que a sus entrañas entrara sólo el espíritu, dejando en la superficie los cuerpos uniformes.

Todo apunta a que los Vacíos harán intransitables los caminos antes de que las buenas costumbres sanen. El Mar Muerto está quieto. Espera que la gente se acuerde de Sodoma y Gomorra.

Cuadro 47. Max A. Steimann, *El paisaje metafísico del Mar*

Muerto con la leyenda en seis colores, óleo sobre tela, 160 × 140 cm, 1929, Museo Hebreo, Frankfurt.

UNA CARTA CON RENGLONES BIEN PEINADOS

En cuanto el cartero Spíridon cruzó nuestro umbral con dificultad (al igual que debajo del teléfono, pusimos un diente de ajo también por debajo de la estera para impedir la llegada de malas noticias), supimos que no nos traía nada bueno. En la mano sostenía un sobre gris, sus labios estaban atados a una sonrisa confusa, en torno a sus pies se enredaba una enredadera triste y en cada ojo llevaba, se veía claramente, la tristeza de una mariposa capturada. Sí, todos sabíamos lo que eso significaba. Sólo faltaba leer el contenido de la carta y, finalmente, determinar la razón de los malos presentimientos que nos atormentaban en los últimos días.

Desde temprano por la mañana, en las grietas del cielo se estuvieron introduciendo nubes de apariencia enfermiza y podrida. A pesar de que varias horas intentamos en vano reparar el reloj de arena, éste se negaba a funcionar. En la casa había poca luz, por lo que el frasquito lunar parpadeaba desde el mediodía. La vieja astucia de observar la naturaleza en vez de leer las cartas no se podía emplear esta vez. Drágor rompió una esquina del sobre y abrió el papel cubierto por el sarpullido de negras letras mecanografiadas.

Que según el artículo tal y tal, de la ley tal y tal, y puesto que su unidad está prevista para la destrucción, porque en esa locación se va a construir un magnífico centro de negocios con amplios pasillos y plantas tropicales, de plástico, pero eso no se va a notar, con lo cual nuestra ciudad se va a acercar a las metrópolis mundiales, por lo tanto a ustedes se les concedió también un apartamento de tal superficie, en tal unidad, tal entrada, tal piso, entre los pisos tal y tal, con la vista hacia tal y tal lugar, con instalaciones modernas, acceso a antena parabólica, calefacción central y una terraza inclusive, por su seguridad bien cubierta de vidrio, sin derecho a quejas, plazo tal y tal, con fecha de tal, archivado, firma de la persona encargada, lugar de sello, sello.

¡El centro, abandonar la casa, el acceso, el plazo, la firma, el sello! Fue como si nos hubiera inundado una ola de debilidad. Sasha se mareó. Herrero apretaba los dientes. La enredadera triste se extendía a

costa del aire y se respiraba con dificultad. A Drágor se le cayó la carta de las manos. Enseguida nos inundó la esperanza de que las letras negras se iban a caer del papel y de que sería suficiente barrerlas de la alfombra y olvidar todo. Sin embargo, eso no ocurrió.

Fuera, las grúas se clavaron de nuevo en el cielo. Éste se tambaleó. Con la velocidad de un relámpago una rajadura se dirigió a nuestra casa. Como a la mitad del camino se convirtió en una grieta, y para cuando nos alcanzó, ya estaba llena de espesos nubarrones. En el cuarto de reuniones estaba tan oscuro que nadie pudo evitar oír al cartero Spíridon:

—Algunos ya se están mudando.

—¿Mudando? ¿Adónde? ¿No es posible que allí? En esas unidades habitacionales no existe la destrucción del techo, allí no se pueden cultivar los diamantes de durazno… —murmuró Esther.

—Temo que tendrán que hacerlo —bajó la cabeza el cartero.

—¡De ninguna manera, de ninguna manera! He leído que allí hacen los tubos de radiadores de flautas, la superficie de la ventana no puede rebasar un séptimo de la superficie del suelo, el agua que llega al apartamento ya está muerta, el cielo está demasiado cerca para ser el verdadero. ¡De ninguna manera! —exclamó Bógomil en nombre de todos nosotros.

Las nubes se desgarraron contra los bordes de la bóveda celeste. Se desprendieron miles de gotas pesadas. En el techo de la planta baja aparecieron puntitos amarillos. No los contamos, pero sabíamos que había exactamente 666 de ellos. Para cuando nos encontramos ante el Espejo Meridional para la fe ya era demasiado tarde —las manchas se estaban comiendo la blancura de la cal. Nuestra casa goteaba.

—Bien —dijo Andrei con calma—. Así como queda claro que no vamos a ir a esas cajitas, también queda claro que tenemos que irnos de aquí. Sólo nos falta ver a dónde.

Sin previo acuerdo, cada uno de nosotros emprendió una tarea. Sasha y Esther empezaron a cortar con pequeñas tijeras la triste enredadera porque había que dejar el máximo espacio libre en el cuarto de reuniones. Lusilda trajo los impermeables. La Silenciosa Tatiana hizo el té. Para salvar los muebles de la mojada, Herrero soltaba aceleradamente espesos humos de tabaco. Bógomil hizo varios medallones de música para acompañar el té. Andrei desenvolvió hábilmente sobre la alfombra uno de los mapas de Drágor que no representan ni la tierra ni el cielo, un papel en blanco enrollado y sellado, metiendo sus esquinas debajo de los diseños de la alfombra para que el mapa no se enrollara de nuevo.

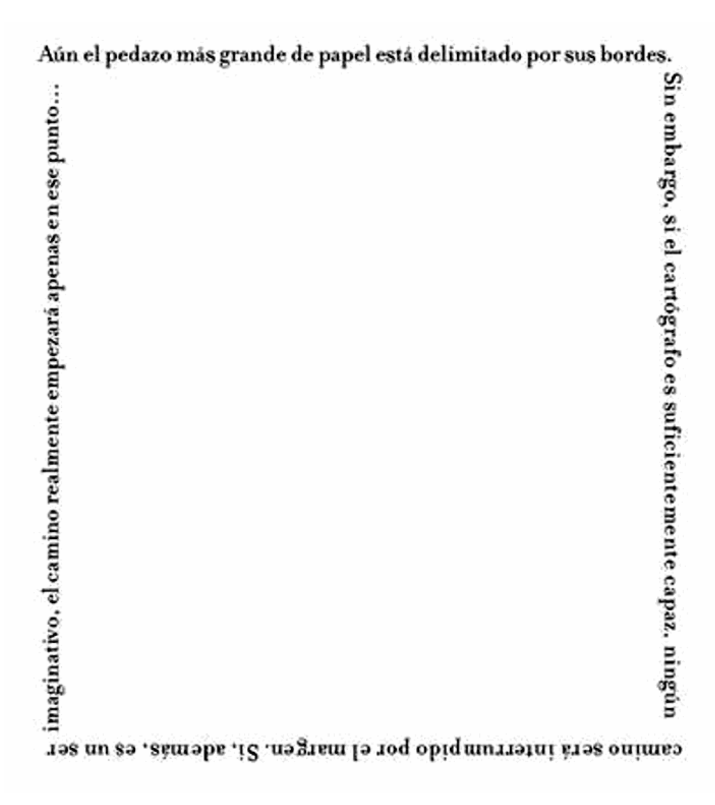
Nosotros dibujábamos las trayectorias de la mudanza en silencio, sin usar más instrumentos[1] que nuestras propias miradas.

A fin de tener la máxima luz posible para trabajar, Andrei de vez en cuando sacudía el frasquito lunar. Los rayos revueltos brillaban con mayor fuerza cubriendo las regiones apenas terminadas de plata delicada.

[1] SIN LO QUE SE PUEDEN Y SIN LO QUE NO SE PUEDEN HACER LOS MAPAS

Los mapas se pueden hacer sin cadenas, cuerdas, pasos, triángulos, brújulas, astrolabios, teodolitos, escalas, compases, lápices, gomas de borrar, reglas, micrómetros, planímetros, transportadores, curvímetros, catalejos, planchetas, eclímetros, binoculares, taquímetros, cuadrantes, niveladores, dioptómetros y sextantes.

No se pueden hacer sin la valentía.



Cuadro 48. *Los mapas* passe-partout *que no representan ni la tierra ni el cielo*, papel sin dibujo, dimensiones infinitas, propiedad del viajero.

LA LISTA

La lista de los trabajos importantes que habría que hacer antes de irnos de la casa sin techo:

—Proceder según esta lista.

—Preparar la masa para el pan.

—Pedirle a la Silenciosa Tatiana que cante una canción de despedida.

—Dar al cartero Spíridon el acuario con los pececitos lunares a cambio de su carretilla.

—Ensartar collares para los habitantes femeninos de la casa sin techo de las pequeñas burbujas que hacen los pececitos lunares.

—Aparte, regalar al cartero Spíridon una docena de reflejos de la tía Despina. Envolverlos en un papel festivo y atarlos con una cinta de color.

—Quemar el sofá de Andrei.

—Olvidar los itinerarios de trenes. Tal vez para siempre. Esperar en los andenes y puertos no es lo mismo que viajar.

—Depositar dinero en la cuenta del señor Aaron Hartman con el propósito de seguir realizando la operación «Las Redes Azules».

—Dejar el mensaje escrito a los constructores que derrumben la casa despacio: le va a doler menos.

—Llenar las cajas de hojalata con los recuerdos más recientes.

—Empaquetar en el tercer baúl de barco, el común y corriente: la *Enciclopedia Serpentiana* y los demás libros, las boquillas, las pipas y los artefactos adicionales, la correspondencia del señor Polovski, las vistas desde el piso superior de la casa, todos los frascos con dulce de ciruela (y las hojitas de geranio perfumado), un ovillo de estambre rojo contra el mal de ojo, el terrible paisaje de Herrero, dos membrillos y dos manzanas de los armarios, las esculturas de jabón restantes, mínimo cinco botellas de aguardiente de albaricoque, no, mínimo seis botellas de aguardiente de albaricoque, ropa y calzado necesarios, avíos para una relación personal con la higiene, un terrón con violetas, una cazuela con la tierra del patio, velas y el pan que hay que hornear.

—No olvidar la colección de los Puntos de Reflexión y otras.

—Recordar a Sasha que se ponga la horquilla lunar.

—Limpiar el clarinete de los posibles restos de melodías tristes y dejarlo encima de las demás cosas.

—Transcribir todas las Anatomías en un cuaderno pequeño para poder arreglárnoslas mejor con otra gente y con nosotros mismos.

—Encontrar una bolsita de red adecuada. En la bolsita meter el frasquito lunar. Colgar todo en la parte delantera de la carretilla como medio de protección contra la oscuridad.

—Hornear el mencionado pan para el viaje.

—Preparar una cuerda fuerte con la que ataríamos el baúl con la Levedad elemental.

—Preparar por lo menos ocho globos y llenarlos con auténtica risa, para luego atarlos al baúl con la Gravedad elemental. Transportar este objeto demasiado pesado de la manera descrita.[1]

—Empaquetar con cuidado los cuatro espejos y dejarlos a la vista, tal vez de repente hagan falta.

—Recoger las flores secas para los botones de camisas y abrigos.

—Obligatoriamente llevar, en cestitas de mimbre, todos los sueños recordados y no recordados, la fantasía colectiva y todos los cuentos de hadas terminados y no terminados. Doblarlos con sumo cuidado para que no se aplasten.

—Hacer una carpeta de cartón grueso para los mapas llenos y sin llenar que no representan ni el cielo ni la tierra. En la carpeta escribir con letra solemne «atlas», y en la primera hoja, el mismo texto de la última anotación, la del número cincuenta y dos.[2]

—Ver que todos abandonemos la casa, y si es necesario contarnos unos a otros varias veces.

—De adorno y para la buena suerte, llevar cada uno una flor de Felicidácea.

[1] LA BATALLA

Toda la noche contamos bromas por turnos. Por ser la más cuidadosa, la Silenciosa Tatiana juntaba la risa. Acostumbrada a manejar las canciones, sabía muy bien cómo manejar tan delicada materia. Conforme llenaba los globos, los ataba al baúl con la Gravedad elemental. El gran baúl no se dejaba tan fácilmente, rechinaba con enojo, se aferraba al suelo con obstinación, se sacudía con rabia y, salvajemente, se resistía a la levedad; pero tampoco nosotros cedíamos. Con la elevación de bromas cada vez más atrevidas, subían las oleadas de risa cada vez más etéreas. Por fin cuando el octavo

globo estaba lleno hasta el tope, el baúl cedió y ligeramente subió, sólo un poco, pero lo suficiente para pasar por debajo de él una brisa delgada.

2 SI SE NAVEGA SIEMPRE EN UNA DIRECCIÓN, AL PUERTO DE PARTIDA SE LLEGA DESDE LA OTRA

Atlas speculi sive tabulae orbis neque terrae neque caeli.

Si se navega siempre en una dirección, sin importar las paradas, al puerto de partida se llega desde la otra dirección. Primero lo que hizo Joaquim Almeida de Cruz, uno de los diecinueve sobrevivientes del barco Victoria, *fue pedir el caballo más veloz para llegar cuanto antes a su ciudad natal. Así se pudo dar que el cartógrafo de Magallanes llegara a Lisboa media noche antes que la noticia de que un velero había logrado circundar el mundo.*

Aunque no había visto su casa durante más de tres años, Joaquim Almeida de Cruz tenía la distribución de sus cuartos memorizada en la piel de las plantas de sus pies y entró en su estudio sin prender la tea. Se encontró a sí mismo durmiendo en la silla un sueño cuarenta estaciones de año más joven. Agotado por el escorbuto, los frecuentes intercambios del sol y del viento, de la realidad y de la fantasía, el cartógrafo de Magallanes se aproximó y miró los papeles extendidos sobre la mesa. En uno de ellos, al parecer el titular, estaba escrito: «ATLAS». Sin despertar a aquel primero, Joaquim Almeida de Cruz mojó la pluma en el tintero abierto y agregó. «Atlas speculi sive tabulae orbis neque terrae neque caeli». Luego, sin poder resistirlo, pasó su mano suavemente sobre el cabello del que dormía en la silla..

Por la mañana, en Lisboa corrió la voz de que si se navega siempre en una dirección, sin importar las paradas, al puerto de partida se llega desde la otra dirección. Despertado por las voces alborotadas, el novelista Joaquim Almeida de Cruz se frotó los ojos y salió corriendo de su casa.

—¡El Victoria *fue el único en llegar! ¡Sólo dieciocho lo lograron! ¡Magallanes no regresó! —se oían los gritos.*

—¿Dieciocho? —preguntó Joaquim Almeida de Cruz al transeúnte más próximo, un marinero ya atacado por el escorbuto.

—Sí, dieciocho —le confirmó el hombre de cara conocida.

—¿Nos conocimos en alguna parte? —preguntó de nuevo el novelista.

—Oh, lo dudo —dijo el hombre con una voz débil—. Yo acabo de llegar desde otro lado, completamente opuesto.

Cuadro 49. Anónimo, *Joaquim Almeida de Cruz, retrato de juventud*, óleo sobre tela, 60 × 40 cm, 1552, Galería Nuño Gonçalves, Lisboa.

LA CANCIÓN DE DESPEDIDA DE LA SILENCIOSA TATIANA

Estamos saliendo de la esfera azul de nuestro sueño, caminamos a través de la mañana avanzada, dejamos pasar nuestra piel color de aroma, nos cogimos de las manos y mutuamente nos llevamos hacia la lejanía del mediodía. Allí, evitando las sombras de los edificios cubistas, dejamos atrás el rechinar de las ruedas y las palabras de la narración.

Esta vez, las constelaciones no se reunieron en nuestro cielo. El Vacío cubría toda la bóveda. El viento despeinaba el oriente del poniente y el sur del oriente. El norte se extendía por el horizonte.La luna sufría en una de las grietas. La noche pesada anunciaba una mañana pesada.

—Hay que irse mientras todo el Vacío está en el cielo —susurró alguien.

—Juntémonos y salgamos —añadió Drágor.

Cuadro 50. *Mapa de la distribución de las constelaciones encima de nuestra casa inmediatamente antes de la partida*, 1992, Observatorio Astronómico, Belgrado.

UNA FELICIDÁCEA EN EL PELO Y OTRA EN EL OJAL

Hacía tiempo que la Silenciosa Tatiana había terminado de cantar la canción de despedida, pero mientras el cartero Spíridon nos ayudaba a sacar las cosas de la lista de mudanza, su voz seguía flotando por la casa sin techo. Es más, aun cuando el cuarto de reuniones fue totalmente vaciado, la canción de Tatiana se comportó como si todos los objetos siguieran en sus lugares. Aleteando apresuradamente, el verso final rodeó el inexistente armario con manzanas, subió al inexistente armario de membrillos y luego descendió a la inexistente mesa. Por un instante se oyó cómo latía su corazón agitado, y entonces cundió el silencio. Era la hora de partir.

Dando vueltas, contándonos unos a otros a media voz, viendo si no olvidábamos nada, reuniéndonos de nuevo y otra vez contándonos, nos encontramos ante la puerta. Frotándonos los ojos por el polvo de lágrimas, primero salió ella. Enseguida, en el patio me encontré yo. Todos los Vacíos estaban en la bóveda celeste, de nosotros ocho ahora éramos sólo dos.

Spíridon ya había sacado la carretilla al camino. Nos despedimos en el portón. A mí me apretó la mano con fuerza, a ella le dio un beso en la mejilla. Un rato observamos cómo avanzaba despacio calle arriba cargando el acuario con pececitos lunares. Éstos hacían burbujas plateadas.

Nos deslizamos al camino. Ella caminaba junto a mí, mientras yo, justo como decía la canción, empujando la carretilla, dispersaba el rechinar de las ruedas. Sí, justo así, caminábamos evitando las sombras de los edificios cubistas.

En el primer cruce nos detuvimos. El cauce de la calle se bifurcaba en tres direcciones. La mañana corría junto a las casas ya abandonadas, entre los restos de la orilla de la tierra y los restos de la orilla del cielo.

—¿Hacia dónde? —pregunté.

—Siguiendo el mapa —contestó ella, y de las cosas amontonadas cogió el «Atlas».

Sin palabras observé cómo desataba los lazos rojos y abría las tapas.

—¿Crees que fue elaborado con exactitud? —preguntó el siempre suspicaz Herrero.

—Por supuesto, lo hicimos según nosotros mismos —respondió Lusilda.

—¿Dónde está el clarinete? —susurró Bógomil—. En un crucero siempre es bueno tocar algo, desenredar los caminos.

—Un momento, por favor, para quitarme el pelo de los oídos —sonrió Sasha.

—Por aquí —Andrei indicó la calle con menos sombras.

—¡Suerte! —Esther tocó la flor invisible de la Felicidácea en el ojal de mi abrigo.

—¡Suerte, vámonos! —dijo Drágor y tocó la flor de la Felicidácea en su cabello.

El viento se enredó en el manto de la Silenciosa Tatiana. La seda de muselina se infló como una vela. Una tórtola bordada en hilo de oro levantó el vuelo y empezó a cantar una corona alrededor de mi cabeza y de la suya.

—Por arriba de las aguas someras de la almohada, por debajo de los sueños profundos, a través del azul, en un barco de papel…

Seguimos caminando. Bastante por encima del suelo, atados con una cuerda a la carretilla en movimiento, se mecían el baúl de barco con la Levedad elemental y el baúl de barco con la Gravedad elemental. El primero flotaba por sí mismo. El segundo se mecía llevado por los globos con risas multicolores.

En primavera, cuando el aire encima del Cerro del Papalote es azotado por los vientos bizantinos y se hace más transparente, el viajero que no va únicamente en pos de sus propios pasos, plantas y setas comestibles, puede notar encima de esa cumbre no demasiado alta, un portal mucho más antiguo que la edad del hombre, un trabajo raro aun para las regiones más prolíficas en fantasía. A pesar de estar esculpido en piedra (mármol rosado salpicado de hojas de siempreviva) y de pesar más de veinte toneladas, esta antigua entrada a la posada para viajeros pasa años encima del cerro mencionado, meciéndose ingenuamente como si fuera más ligera que una pluma. Y ya que la historia del extraño portal se hojea hacia atrás, hay que decir que éste se quedó en el aire en el siglo XX, *después de que un silencioso e insistente terremoto destruyó dos tercios de las antiguas edificaciones, entre otras, también el mencionado lugar de descanso junto al camino invisible. Los parlanchines corrieron la voz, pero de los silenciosos quedó el testimonio: «La duración de ese golpe, que persistió al menos una década, no la hubiera aguantado ni una construcción menos erguida. La posada se cuarteó y se llenó de vacíos. Finalmente, una mañana gris, se despidió de la existencia visible temblando apenas cuanto se sacude la siempreviva al ser pisada por el invierno. Sin paredes, el portal y las ocho ventanas se encontraron en el aire intactos como cuando uno suelta una cometa. El viento gris de invierno enseguida dispersó las ventanas a los ocho puntos cardinales, pero la entrada rosada, demasiado pesada para volar, demasiado ligera para caerse, se quedó unos veinte metros por encima del cerro que, según este caso misterioso, hoy día lleva el nombre obvio de la cometa».*

Cuadro 51. Ádam Span, *El portal del ángel sonriente*, mármol rosado, 940 × 430 cm, año de elaboración desconocido, Cerro de la Cometa (Zmajevac), los alrededores de Kraljevo.

Sólo hay que agregar que el constructor del portal flotante y de las ventanas, hoy día desconocidas, era un tal Ádam Span, autodidacta de nombre corto y aliento largo. Dicen que su apellido Span creció como no le quiso crecer la barba. Estuvo esculpiendo su única obra para un cliente secreto durante cincuenta y dos años completos, todos los días, en todo momento, con un breve descanso solamente en las noches de luna llena, las únicas en las que soñaba, aunque poco, apenas para respirar, porque despierto no respiraba. Un centenar de ayudantes con la garganta tapada del polvo de piedra había abandonado a Ádam Span antes de que las formas enlazadas de seres fantásticos y volutas vegetales surgieran del bloque del mármol rosado. Otro centenar huyó cuando bajo los dedos del maestro se divisó la figura principal del portal (y de las ventanas perdidas): un ángel de rostro sonriente. Finalmente, sólo el tercer centenar, después de cincuenta y dos años de trabajo arduo, alcanzó a ver a Ádam Span respirar satisfecho en la realidad, cuando de la boca del ángel de labios ligeramente extendidos se oyó la risa, una risa tan liviana que podía cargar el peso de la piedra. Fue una noche de luna llena cuando terminaron la posada para viajeros. Hasta un viajero ciego la encontraría por la risa sonora del ángel del portal. Ádam Span murió lampiño esa misma noche. Se ahogó porque se le olvidó regresar a su sueño por un poco de aire. Quien hojeando la historia hacia atrás llega hasta su comienzo puede leerla de nuevo por el orden de los eventos. En los periodos del año no gobernados por los transparentes vientos bizantinos, la risa del ángel esculpido encima del Cerro de la Cometa atestigua que no existe persona cuya raíz del peso no se deja cortar con la ternura.

Cuadro 52. Ádam Span, *El portal del ángel sonriente, detalle*, mármol rosado, 940 × 430 cm, año de elaboración desconocido, Cerro de la Cometa (Zmajevac), los alrededores de Kraljevo.

SUMMARY

Even the biggest piece of paper is bounded by edges. If the cartographer is capable, though, no road will be cut by a margin. And if he is an imaginative person too, the road will really begin from that place…

FUENTES PRINCIPALES Y LITERATURA

Almanah Beogradske manufakture snova (*Almanaque de la manufactura de sueños de Belgrado*), Belgrado, 1988.

Andric´, Ivo: *Travnicˇka hronika* (*La crónica de Travnik*), Belgrado, 1972.

Associated Birthday Lines of Commonwealth Countries, Londres, 1985.

Atanackovic´, Pavle: *Ogledalo cˇovecˇnosti* (*El espejo del humanismo*), Viena, 1823.

Badrich, Stipan: *Pravi nacin za dovesti dusce virni na xivot vicgni*, Venecia, 1746.

Bagrow, L. / Skelton, R. A.: *History of Cartography*, Cambridge-Massachusets, 1964.

Bandic´, Dušan: *Narodna religija Srba u sto pojmova* (*Cien conceptos de la religón popular de los serbios*), Belgrado, 1991.

Barkeley, George: *Rasprava o principima ljudskog saznanja* (*Tratado sobre los principios del conocimiento humano*), Belgrado, 1977.

Basara, Svetislav: *Fenomeni* (*Fenómenos*), Užice, 1989.

Berni, David: *Ptice* (*Pájaros*), Belgrado-Sarajevo-Zagreb-Murska Sobota, 1990.

Borges, Jorge Luis: *Maštarije* (*Ficciones*), Belgrado, 1963.

Bošnjakovic´, Fran: *Nauka o toplini* (*Ciencia de calor*), Zagreb, 1950.

Breton, André: *Tri manifesta nadrealizma* (*Tres manifiestos del surrealismo*), Kruševac, 1979.

Burkhardt, Jacob: *Kultura Renesanse u Italiji* (*La Cultura del Renacimiento en Italia*), Belgrado, 1991.

Buzzati, Dino: *Prodavnica tajni* (*La tienda de los secretos*), Belgrado, 1977.

Calvino, Italo: Palomar, Belgrado, 1989.

Carver, Raymond: *O cˇemu govorimo kad govorimo o ljubavi* (*De qué hablamos cuando hablamos de amor*), Novi Sad, 1988.

Cartier, Giselle: *Caractéristiques essentielles des ombres africaines*, Lyon, 1967.

Cesarec, Rudolf: *Analiticˇka geometrija linearnog i kvadratnog prodrucˇja* (*Geometría analítica del campo lineal y cuadrado*), Belgrado, 1988.

Cortázar, Julio: *Školice* (*Rayuela*), Belgrado-Sarajevo, 1984.

Crnjanski, Miloš: *Seobe* (*Migraciones*), Belgrado, 1987.

Chéjov, Anton Pavlovich: Izabrane *pricˇ*e (Cuentos selectos), Belgrado, 1977.

Cˇuvanje i spremanje sec´anja (*Cuidado y almacenamiento de recuerdos*), Belgrado, 1989.

Dante, Alighieri: *Pakao* (*Infierno*), Belgrado, 1959.

Dedijer, Sava: *Transportni ured-aji* (*Los mecanismos del transporte*), Belgrado, 1971.

Dobrašinovic´, Draško: *Metodologija ispunjenja snova* (*La metodología del cumplimiento de los sueños*), Belgrado, 1979.

Dusl, Josif: *Mineralogija* (*Mineralogía*), Belgrado, 1983.

Đord-evic´, Tihomir: *Deca u verovanjima i obicˇajima našeg naroda* (*Niños en las creencias y tradiciones de nuestro pueblo*), Belgrado-Niš, 1990.

Đord-evic´, Tih. R.: *Naš narodni život* (*Nuestra vida popular*), Belgrado, 1923.

Eco, Umberto: *Umetnost i lepo u estetici srednjeg veka* (*El arte y lo bello en la estética del Medievo*), Novi Sad, 1992.

Elíade, Mircea: *Šamanizam* (*El chamanismo*), Sremski Karlovci, 1990.

Ellice, Susane: *Šta može da se napravi od mesecˇine* (*Qué se puede hacer del claro de luna*), in press.

Ende, Michael: *Beskrajna pricˇa* (*La historia sin fin*), Belgrado, 1991.

Fotografija kod Srba (*Fotografías de los serbios*), Belgrado, 1990.

Fouché, Eugène: *Le Mystère des Voiles Azurs*, París, 1950.

Frazer, James *George: Zlatna grana* (*La rama dorada*), Belgrado 1992.

Fuentes, Carlos: *Terra Nostra*, Belgrado-Sarajevo, 1985.

Fuhrmann, Olaf: *Musterbriefe für alle Gelegenheiten*, Niedernhausen, 1985.

García Márquez, Gabriel: *Ocˇi plavog psa* (*Ojos de perro azul*), Belgrado, 1980.

Gale, David: *A Mirror Guide Book*, Edinburgo, 1987.

Garms, Harry / Born, Leo: *Fauna Evrope —prirucˇnik za raspoznavanje životinjskih vrsta* (*Manual para el reconocimiento de las especies animales*), Ljubljana, 1981.

Gasparetto, A.: *Il vetro di Murano dalle origini ad oggi*, Venecia, 1958.

Glossaire des revenants, Bordeaux, 1952.

Gojkovic´, M.: *Drvene konstrukcije oplate i skele* (*Las construcciones de cimbras y andamios de madera*), Belgrado, 1981.

Gordieiva, Olga: *Châles de Russie*, Leningrado, 1985.

Gösele, Karl: *Zvuk, toplota y vlaga* (*Sonido, calor y humedad*), Belgrado, 1979.

Gostuški, R.: *Lecˇenje bolesti lekovitim biljem Jugoslavije* (*Curación de enfermedades con las plantas medicinales de Yugoslavia*), Belgrado, 1935.

Grad i okolina (*La Ciudad y sus alrededores*), La Ciudad, 1974.

Gradac, *Tajna društva* (*Asociaciones secretas*), número 89-90-91, cˇacˇak 1989.

Gradski *dnevnik* (*El diario de la Ciudad*), número 1 – 1856, La Ciudad, 1954-1992.

Hammitzsch, Horst: *Zen in the Art of the Tea Ceremony*, Tisbury, 1979.

Harms, *Danil: Slu cˇajevi* (*Casos*), Belgrado, 1989.

Hejn, Mihael Henri: *Plemeniti mirisi isto cˇnih i zapadnih zemalja* (*Los aromas nobles de países orientales y occidentales*), Belgrado, 1986.

Historija cirkusa (*Historia del circo*), Rijeka, 1977.

Huizinga, Johan: *Jesen srednjeg veka* (*El otoño de la Edad Media*), Novi Sad, 1991.

Ivanovic´, Mirjana: *Epigrafski spomenici u Srbiji* (*Los monumentos epigráficos en Serbia*), Belgrado, 1979.

Janc, Zagorka: *Islamska minijatura* (*La miniatura islámica*), Belgrado-Zagreb-Mostar, 1985.

Jevtovic´, V.: *Prirucˇnik o transportu fluida* (*Manual de transporte de los fluidos*), Belgrado, 1971,

Katalog retkih ogledala (*Catálogo de espejos raros*), Belgrado, 1988.

Kic´evac, Pavle: *Pasijansi* (*Los juegos de Solitario*), Belgrado, 1987.

Kiš, Danilo: *Bašta, pepeo* (*Jardín, ceniza*), Zagreb-Belgrado, 1985.

Kiš, Danilo: *Grobnica za Borisa Davidovicˇa* (*Tumba para Boris Davidovicˇ*), Zagreb-Belgrado, 1985.

Konzelmann, Gerhard: *Der Diwan des Harun Al Rashid*, Stuttgart und Wien, 1987.

Koch, Wilfried: *Baustilkunde*, München, 1988.

Krstic´, Nikola: *Obrazi iz opšte istorije* (*Enseñanzas de historia general*), Novi Sad, 1860.

Labutin / Böhm: *Schalung und Rüsting*, Berlín, 1957.

Larousse encyclopedia of archeology, Londres, 1972.

Legende sveta (*Las leyendas del mundo*), Belgrado, 1984.

Leksikon zdravlja (*Léxico de la salud*), Belgrado, 1936.

Livio, Tito: *Istorija Rima od osnivanja grada* (*Historia de Roma desde

la fundación de la ciudad), Belgrado, 1991.

Lyotard, Jean François: *Fenomenologija* (*Fenomenología*), Belgrado, 1980.

Lukovic´, Snežana: *Opšta mineralogija* (*Mineralogía general*), Belgrado, 1963.

Makarovska, G.A.: *Russian printed shawls*, Moscú, 1986.

Malinovski, Bronislav: *Argonauti Zapadnog Pacifika* (*Los argonautas del Pacífico Occidental*), Belgrado, 1979.

Mann, Thomas: *Cˇarobni breg* (*La montaña mágica*), Novi Sad, 1980.

Marjanovic´, Radivoje: *Otpornost materijala* (*La resistencia de materiales*), Niš, 1976.

Merin, Oto Bihalji / Tomaševic´, Nebojša: *Enciklopedija naivne umetnosti sveta* (*Enciclopedia del arte naif mundial*), Belgrado, 1984.

Mesecoslov (*Calendario*), Moscú, 1888.

Mijatovic´, Elodija: *Nešto o nezi bolesnika* (*Algo sobre el cuidado de los enfermos*), Belgrado, 1864.

Mikovilovic´, Dragan / Mikovilovic´, Goran: *Cˇamci sveta* (*Las lanchas del mundo*), Gornji Milanovac, 1991.

Mitag, Martin: *Grad-evinske konstrukcije* (*Construcciones de ingeniería civil*), Belgrado, 1974.

Miškovic´, Vojislav: *Logaritamske i numericke taˇblice* (*Tablas logarítmicas y numéricas*), Belgrado, 1978.

Mozes, David: *O ispitivanaju polazišta iz sveta u svet* (*De la exploración de puntos de partida de un mundo a otro*), Novi Sad, 1970.

Monumenta cartographica Jugoslavie (*Anticˇke karte-Mapa antiguos*), Belgrado, 1974.

Monumenta cartographica Jugoslavie (*Srednjovekovne karte-Mapas medievales*), Belgrado, 1979.

Nevidljivo bilje sveta (*Las plantas invisibles del mundo*), Belgrado, 1970.

Nedeljkovic´, Mile: *Godišnji obicˇaji u Srba* (*Las costumbres anuales entre los serbios*), Belgrado, 1990,

Nofretete Echnaton, Berlín, 1976.

Oates, Joan: *Babylon*, Londres, 1986.

Obradovic´, Eremia: *Roždanik sa sanovnikom* (*El horóscopo con el libro de sueños*), Belgrado, 1853.

Ostojic´, Bogdan: *Transport kovcˇega sa elementarnom Lakoc´om i Težinom* (*El transporte de los baúles con Levedad y Gravedad elementales*), Kragujevac, 1961.

Ostrogorski, Georgije: *Istorija Vizantije* (*Historia del Bizancio*), Belgrado, 1959.

Pavic´, Milorad: *Izvrnuta rukavica* (*El guante volteado*), Novi Sad,

1989.

Pavic´, Milorad: *Istorija srpske književnosti baroknog doba* (*Historia de la literarura serbia del barroco*), Belgrado, 1970.

Panofsky, Erwin: *Ikonolške studije* (*Estudios sobre iconología*), Belgrado, 1975.

Petrovic´, Aleksandar Đ.: *C˘itanje karata i orijentacija* (*La lectura de cartas y la orientación*), Belgrado, 1970.

Petrovic´, Dragutin: *Elektric˘no osvertljenje* (*Iluminación eléctrica*), Belgrado, 1971.

Petsas, Photios: *Delphi*, Atenas, 1981.

Pešic´, Branko: *Zgradarstvo* (*Edificación*), Belgrado, 1972.

Pešic´, Miodrag: *Hladno izvlac˘enje žica, šipki i cevi* (*Estiramiento en frío de alambres, varillas y tubos*), Belgrado, 1965.

Polo, Marco: *Milion* (*Millón*), Belgrado, 1985.

Popovic´, Gavril: *Astronomija* (*Astronomía*), Belgrado, 1850.

Porta, G. B.: *Magia Naturalis*, París, 1600.

Potocki, Jan: *Rukopis nad-en u Soragosi* (*Manuscrito encontrado en Zaragoza*), Belgrado, 1964.

Prozni priruc˘nik za izgradnju prenoc´išta u poeziji i prozi (*Manual en prosa para la construcción de lugares para pernoctar en la poesía y en la prosa*), Niš, 1980.

Propp, Vladimir: *Morfologija bajki* (*Morfología del cuento folklórico*), Belgrado, 1982.

Rabelais, François: *Gargantua i Pantagruel* (*Gargantúa y Pantagruel*), Novi Sad, 1972.

Radakovic´, Bojana: *Nakit kod Srba* (*Las joyas de los serbios*), Belgrado, 1969.

Radovic´, Ranko: *Antologija kuc´a* (*Antología de las casas*), Belgrado, 1991.

Rasprave o ratnoj veštini (*Discursos sobre el arte de la guerra*), Belgrado, 1991.

Raškovic´, Viktorija: *Tehnika i praktika levitacije* (*Técnica y práctica de la levitación*), Belgrado, 1985.

Religiozni obredi, obic˘aji i simboli (*Ritos, costumbres y símbolos religiosos*), Belgrado, 1980.

Rostovtsev, Mihail: *Istorija staroga sveta* (*La historia del mundo antiguo*), Novi Sad, 1990.

Rushdie, Salman: *Deca ponoc´i* (*Hijos de la medianoche*), Belgrado, 1979.

Rushdie, Salman: *Harun i more pric˘a* (*Harún y la mar de historias*), Belgrado-Gornji Milanovac, 1991.

Sam, Edward: *Med-unarodni vozni red* (*Itinerario internacional de

trenes), Subotica, 1938.

Sve o rucˇnim radovima (*Todo acerca de los trabajos a mano*), Belgrado, 1987.

Serpentiana

Sims, R. F.: *Stene i minerali* (*Rocas y minerales*), Belgrado-Sarajevo-Zagreb-Murska Sobota, 1990.

Singer, Isaac Bashevis: *Gimpel luda* (*Gimpel el loco*), Belgrado 1979.

Srbija i susedne zemlje na starim geografskim kartama (*Serbia y los países vecinos en los antiguos mapas geográficos*), Belgrado, 1991.

Srednjovekovni medicinski spisi (*Escritos medievales de medicina*), Belgrado, 1989.

Stojiljković, Srboljub: Psihijatrija sa medicinskom psihologijom (Siquiatría con la sicología médica), Belgrado-Zagreb, 1986.

Subhi, Anwar Rasid: Musikgeschichte in Bildern, Leipzig, 1984.

Šalinic´, Andrija: *Lokalitet Zmajevac kod Kraljeva-lebdec´i portal nasmejanog and-ela* (*Situación de Zmajevac cerca de Kraljevo -portal flotante con el ángel sonriente*), Belgrado, 1990.

Tasevski, Mariola: *Problematika prevod-enja nemuštih jezika* (*Problemática de la traducción de lenguas inefables*), Skopje, 1975.

Techniques of Designing Maps Representing neither Heavens nor Earth, Volume I-LII, Oxford, 1858-1963.

Tolkien, John: *Hobit* (*Hobbit*), Belgrado, 1991.

Tomkuhc, Ralph / Tomkuhc, Ruth: *Velika istorija kartografije* (*La gran historia de la cartografía*), Belgrado, 1989.

Trifunovicˇ, Đord-e: Primeri iz stare srpske književnosti (Ejemplos de la antigua literatura serbia), Belgrado, 1975.

Uzeirbegovic´, Kemal: *Arapski putopisci* (*Cronistas árabes*), Sarajevo, 1980.

Ustrojstvo Novih Hiperboreja (*Organización de los nuevos hiperbóreos*), Belgrado, 1968.

Vargas Llosa, Mario: *Tetka Hulia i piskcaralo* (*La tía Julia y el escribidor*), Belgrado, 1990.

Veskovic´, Helena: *Tri hiljade magijskih sastojaka* (*Tres mil ingredientes mágicos*), Belgrado, 1971.

Vian, Boris: *Vadisrce* (*El arrancacorazones*), Belgrado, 1971.

Vujic´, Joakim: *Zemljeopisanie celoga sveta* (*La geografía de todo el mundo*), Budim, 1825.

Zgrablalic´, Milan: *Anatomija i fiziologija* (*Anatomía y fisiología*), Belgrado-Zagreb, 1986.

Zecˇevic´, Slobodan: *Kult mrtvih kod Srba* (*El culto de la muerte entre los serbios*), Belgrado, 1982.

Zecˇevic´, Slobodan: *Mitska bika kod Srba* (*Los seres míticos entre los

serbios), Belgrado, 1981.

CATALOGACIÓN CON LA TINTAAZULCIELOALTO

Todo esto, todos estos libros a nuestro alrededor, son apenas una parte pequeña de la pared de la Torre, una o dos capas de la construcción, apenas unos adobes del prístino panal. Sólo en un lugar de los pliegues del espacio y del tiempo existe una habitación intacta que da fe del antiguo resplandor de la biblioteca de Babilonia, hoy día dispersada por todo el mundo.

Allí, en esa habitación, dos lámparas parpadeantes, una de luz dorada, otra de la plateada, separan con persistencia la luz de la oscuridad. En medio del cuarto hexagonal está sentado, bajo las lámparas, el Anciano que recuerda el tiempo en que los hombres se lavaban la cara con la bóveda celeste. El suelo alrededor del Anciano no se ve por las pilas de pergaminos, papiros y papeles, por las plumas de ganso rotas, por los frasquitos de vidrio soplado, por los haces de portaplumas de junco, por los marcos donde se seca la piel de la serpiente uróboro, por los raspadores de hueso, leznas, agujas e hilos, y por una infinidad de papelitos con apuntes…

En la mesa cercenada por los vientos filosos del desierto de Sennaar, frente a la paciencia del Anciano y debajo de su barba canosa, está la *Serpentiana*. Sobre la enciclopedia yace un libro, no muy grande, con letras solemnes, titulado «Atlas». En las tapas de este libro nuevo descansa un cuenco con la tinta azulcieloalto.

En la mano derecha, el Anciano sostiene una pluma de bordes temblorosos. Sumerge la punta de la pluma en el remolino de la tinta azulcieloalto y alrededor del título «Atlas» traza un círculo.

Luego se yergue un poco. Espera un instante que la tinta se seque y entonces abre al azar la *Enciclopedia Serpentiana*, el palimpsesto de entradas infinitas, el libro universal, el único libro que preserva el plano completo, piso por piso, cuarto por cuarto, adobe por adobe, de la biblioteca-torre de Babel. Dos lámparas, una de haces dor ados, otra de haces plateados, iluminan la página con el dibujo preciso de una parte de dicha edificación alta. Al igual que cientos de miles de veces antes, el Anciano cuenta algo con cuidado, con los dedos de la mano izquierda expulsa de su barba las equivocaciones, vuelve a evaluar

dicho libro, el no muy extenso «Atlas», devuelve su mirada al plano de la edificación en la *Serpentiana*, escoge un adobe libre e inscribe en él un pequeño círculo con tinta azul. La pluma dejada descansa sus bordes temblorosos en el cuenco de azulcieloalto.

Como cientos de miles de veces antes, el Anciano verifica si ha registrado el nuevo libro de manera correcta y si la Torre crece para el bien. Por un instante observa el aire, recoge una hebra de luz de la lámpara de oro y una hebra de luz de la lámpara de plata y las trenza con cuidado. Suavemente apoya el hilo delicado como la cuerda de la plomada contra la edificación.